

tiempos nuevos

1978



© 1978

SERVICIO DE LIBRERIA

Las ventas se hacen por adelantado o contra reembolso.
A corresponsales y suscriptores 25 por 100 de descuento.
Todos los giros a TIERRA Y LIBERTAD, calle Unión, 19, 1.º, 2.ª

BARCELONA

OBRA NUEVA LA VIDA DE MALATESTA

POR LUIGI FABBRI

Un volumen de 256 páginas, 3 pesetas. Encuadernada, 4 pesetas.

Nuevo tomo de la Biblioteca Universal de Estudios Sociales.

Jóvenes y viejos leerán esta obra con la misma fruición y el mismo provecho que han leído «El pensamiento de Malatesta».

IGNOTUS

EL ANARQUISMO EN LA INSURRECCIÓN DE ASTURIAS

La C. N. T. y la F. A. I. en el movimiento de octubre de 1934.

Segunda edición

Juan Lazarte: <i>La crisis mundial del capitalismo</i>	1'50	Yarchuk: <i>Cronstadt</i>	2'—
A. Souchy: <i>Erich Muhsam</i> (Su vida, su obra, su martirio)	1'—	S. Faure: <i>Mi Comunismo</i>	2'—
R. Flores Magón: <i>Tierra y Libertad</i> (drama revolucionario).	0'40	P. Kropotkín: <i>Palabras de un rebelde</i>	2'—
C. Berneri: <i>El incesto y la eugenesia</i>	0'60	J. Prat: <i>Crónicas demoledoras</i>	2'—
Pedro Kropotkín: <i>El apoyo mutuo</i>	2'—	Varios: <i>Dinamita cerebral</i>	1'50
Max Nettlau: <i>La anarquía a través de los tiempos</i>	3'—	P. Kropotkín: <i>Campos, fábricas y talleres</i>	2'—
P. J. Proudhon: <i>Confesiones de un revolucionario</i>	3'—	Darwin: <i>El origen del hombre</i>	2'—
J. Lazarte: <i>La locura de las guerras</i>	0'50	J. S. Rosa: <i>El abogado del obrero</i>	4'—
Varios: <i>El matrimonio y el amor</i>	0'60	C. Malato: <i>Correspondencia escolar</i> (primero y segundo tomo)	3'—
D. A. de Santillán: <i>La bancarrota del sistema económico y político del Capitalismo</i>	0'50	E. Borrás: <i>El proceso Ferrer</i>	1'—
D. A. de Santillán: <i>Las cargas tributarias</i>	2'—	Conde de Volney: <i>Las ruinas de Palmira</i>	2'—
D. A. de Santillán: <i>La F. O. R. A.</i>	3'—	E. Reclus: <i>Evolución y revolución</i>	2'—
Max Nettlau: <i>De la crisis mundial a la Anarquía</i>	3'—	Almanaque de «Tierra y Libertad», 1933 y 1934.	2'—
		Ibarreta: <i>La religión al alcance de todos</i>	2'—
		P. Kropotkín: <i>La conquista del pan</i>	2'—
		P. Kropotkín: <i>La ciencia moderna y el anarquismo</i>	1'50

REVISTA DE SOCIOLOGÍA, ARTE Y ECONOMÍA

TIEMPOS NUEVOS

◆ ◆ Redacción y Administración: UNIÓN, 19, 1.º, 2.ª - Teléf. 23658 - Barcelona ◆ ◆

La voluntad de poder y las condiciones económicas en el proceso histórico

por

RUDOLF ROCKER

La voluntad de poder. Cuanto más hondamente se examinan las influencias políticas en la historia, tanto más se llega a la convicción de que la «voluntad de poder» ha sido, hasta aquí, uno de los resortes más vigorosos en el desenvolvimiento de las formas de la sociedad humana.

La concepción, según la cual todo devenir político y social es sólo un resultado de las condiciones económicas eventuales y que se puede explicar totalmente por ellas, no resiste a una consideración más detenida. Todo el que se esfuerza seriamente por llegar al conocimiento de la razón de los fenómenos sociales sabe que las condiciones económicas y las formas particulares de la producción social desempeñan un papel en la historia del desarrollo de la humanidad. Este hecho se conocía muchísimo tiempo antes de que Marx se dispusiera a enseñarlo al mundo a su manera. Una gran serie de destacados socialistas franceses, como Saint-Simon, Considérant, Louis Blanc, Proudhon y algunos otros han señalado en sus escritos esa comprobación, y es sabido que Marx llegó al socialismo precisamente por el estudio de esos escritos. Por lo demás, el reconocimiento de la significación de las condiciones económicas sobre la conformación de la sociedad es la esencia misma del socialismo.

No es esa interpretación históricofilosófica lo que más llama la atención en la formulación marxista, sino la forma apodíctica en que se expresa ese conocimiento, y la modalidad de pensamiento con que Marx cimenta su concepción. Se siente aquí claramente la influencia de Hegel, de quien Marx ha sido discípulo. Sólo el «filósofo de lo ab-

soluto», el inventor de las «necesidades y de las misiones históricas» podía inculcarle semejante seguridad del juicio e infundirle la creencia que había llegado al fondo de las «leyes de la física social», a consecuencia de lo cual todo acontecimiento histórico ha de ser considerado como manifestación forzosa de un proceso económico. En verdad, los sucesores de Marx han comparado el «materialismo histórico» con los descubrimientos de Copérnico y de Keplero, y no fué nadie menos que el propio Engels el que afirmó que, con esa nueva explicación de la historia, el socialismo se había convertido en una ciencia.

Ciencia e interpretación histórica

El error fundamental de esa interpretación consiste en que equipara las causas de los acontecimientos sociales a las causas de los fenómenos físicos. La ciencia se ocupa exclusivamente de los fenómenos que se operan en el gran cuadro que llamamos naturaleza y, en consecuencia, ligados al tiempo y al espacio y accesibles a los cálculos del intelecto humano. Pues el reino de la naturaleza es el mundo de las conexiones internas y de las necesidades mecánicas, en el que todo suceso se desarrolla de acuerdo a las leyes de causa y efecto. En ese mundo no hay ninguna espontaneidad, toda arbitrariedad es inimaginable. Por esta razón cuenta la ciencia sólo con hechos estrictos; un solo hecho

TIEMPOS
NUEVOS 65

que contradice las experiencias hechas hasta aquí, que no se deja integrar en la teoría, puede echar por la borda el edificio doctrinario más ingenioso.

En el mundo del pensamiento científico y de la acción práctica puede tener validez el principio según el cual la excepción confirma la regla, para la ciencia no. Ciertamente, las formas que produce la Naturaleza son de diversidad infinita; pero cada una de sus formas está sometida a las mismas leyes inmutables; todo movimiento en el todo se realiza de acuerdo a reglas estrictas, inflexibles, lo mismo que en toda creatura sobre esta tierra. Las leyes de nuestra existencia física no dependen de la arbitrariedad de la voluntad humana; son una parte de nosotros mismos, sin lo cual la existencia humana sería inconcebible. Nacemos, nos alimentamos, expulsamos las substancias inasimiladas, nos movemos, nos reproducimos y morimos sin poder modificar ese curso regular. Operan aquí necesidades independientes de nuestra voluntad. El hombre puede poner a su servicio las fuerzas de la Naturaleza, puede dirigir sus efectos en determinados carriles hasta un cierto grado, pero no puede suprimirlos. Tampoco somos capaces de excluir los acontecimientos que condicionan nuestra existencia física. Podemos afinar sus manifestaciones externas y adaptarlas a menudo a nuestro deseo personal; pero los procesos mismos no podemos extirparlos de nuestra esfera de vida. No estamos obligados a consumir el alimento que tomamos tal como nos lo ofrece la Naturaleza, ni a extendernos a descansar en el primer lugar bueno; pero no podemos impedir que hayamos de comer y de dormir, si no queremos que nuestra existencia física tenga un fin prematuro. En este mundo de necesidades ineludibles no hay espacio para finalidades humanas.

Fué precisamente esta regularidad férrea en la oscilación eterna del devenir cósmico y físico, lo que llevó a algunas cabezas ingeniosas la idea de que los acontecimientos de la vida social de los hombres están sometidos a las mismas necesidades férreas del proceso natural y, en consecuencia, se pueden calcular y señalar de acuerdo a métodos científicos. La mayor parte de las interpretaciones históricas se basan en esa noción errónea que sólo pudo anidar en el cerebro de los hombres porque confundió las leyes del mundo físico con las finalidades que cimentan todo acontecimiento social; en otras palabras: porque confundió las necesidades mecánicas del desarrollo natural con las intenciones y los propósitos de los hombres, que han de valorarse simplemente como resultados de sus pensamientos y de su voluntad.

Insuficiencia del materialismo No negamos que, también en la historia, hay relaciones internas que se pueden atribuir, como en la Naturaleza, a causa y efecto; pero se trata, en los procesos sociales, siempre de una causalidad de fines humanos, y en la Naturaleza siempre de una causalidad de necesidades físicas. Estas últimas se desarrollan sin nuestro asentimiento; las primeras no son más que ma-

nifestaciones de nuestra voluntad. Las nociones religiosas, los conceptos éticos, las costumbres, los hábitos, las tradiciones, las concepciones jurídicas, las formaciones políticas, las condiciones de la propiedad, las formas de producción, etc., no son condiciones necesarias de nuestra existencia física, sino, simplemente, resultados de nuestro impulso finalista. Pero toda finalidad humana es cuestión de fe y ésta escapa al cálculo científico. En el reino de los hechos físicos sólo hay el *debe ocurrir*; en el reino de la fe, de la creencia, existe sólo la probabilidad: *puede ser, pero no debe ocurrir*.

Todo acontecimiento que emana de nuestro ser físico y se refiere a él, es un proceso que está al margen de nuestra voluntad. Todo acontecimiento social que procede de intenciones y de propósitos humanos, y se desarrolla en los límites de nuestra voluntad, no está sometido, pues, al concepto de lo naturalmente necesario.

Cuando una india de Flathead comprime entre dos tablas el cerebro del niño recién nacido para que adquiera la forma deseada, no hay en ello ninguna necesidad, pero sí una costumbre que encuentra su explicación en la creencia de los hombres. Si los seres humanos viven en poligamia, en monogamia o en el celibato, es un problema de conveniencia humana que no tiene nada que ver con las necesidades de la evolución física. Toda concepción jurídica es un asunto de fe que no está condicionada por ninguna necesidad física. Si el hombre es mahometano, judío, cristiano o idólatra del Estado, es asunto que no tiene la menor vinculación con su existencia material. El hombre puede vivir en no importa qué condición económica, puede adaptarse a todas las formas de la vida política sin que, por ello, sean afectadas las leyes a que está sometido su ser fisiológico. Una falla repentina de la ley de la gravitación universal no podría calcularse en sus consecuencias; una paralización repentina de nuestras funciones corporales es equivalente a la muerte. Pero la existencia física del hombre no habría sufrido el menor daño por no haber sabido nunca nada de la legislación de Yamurabi, de las doctrinas pitagóricas o de la interpretación materialista de la historia.

No se pronuncia con esto un juicio de valor, sino simplemente se constata un hecho. Todo resultado de una finalidad humana es, para la existencia social del hombre, de indisputable importancia, pero habría, por fin, que cesar de considerar los acontecimientos sociales como manifestaciones forzadas de una evolución naturalmente necesaria, pues semejante concepción tiene que conducir a los peores sofismas y sólo contribuye a extraviar incurablemente nuestra comprensión de los hechos históricos.

Sin duda la tarea del investigador está en perseguir las relaciones internas del devenir histórico y explicar sus causas y efectos; pero no debe olvidar nunca que esas relaciones son de carácter muy diverso al de las relaciones del proceso físico-natural y, por eso, han de merecer otra aprecia-

ción. Un astrónomo es capaz de predecir un eclipse solar o la aparición de un nuevo cometa con segundos de exactitud. La existencia del planeta Neptuno ha sido calculada de esa manera antes de que el ojo humano lo haya visto. Pero semejante previsión es sólo posible cuando se trata de acontecimientos del mundo físico. Para los cálculos de motivos y de finalidades humanas no se encuentra ninguna medida exacta, porque no son accesibles, de ninguna manera, al cálculo. Es imposible calcular y predecir el destino de pueblos, razas, naciones u otras agrupaciones sociales; ni siquiera nos es dado encontrar una explicación completa de todo lo acontecido. La historia no es otra cosa que el gran dominio de los propósitos humanos: por eso toda interpretación histórica es sólo una cuestión de creencia, lo que, en el mejor de los casos, puede basarse en probabilidades, pero nunca tiene de su parte la seguridad inmovible.

La afirmación que el destino de los cuerpos sociales se puede reconocer por las supuestas leyes de una «física social», no tiene más significación que los juramentos de aquellas mujeres sabias que presumen leer el destino de los hombres por la borra del café o por las líneas de la mano. Ciertamente se puede presentar un horóscopo también a pueblos y naciones; sin embargo las profecías de la astrología política y social no tienen mayor valor que las predicciones de aquellos que quieren conocer el destino del hombre por la constelación de las estrellas.

Que una interpretación de la historia puede contener también ideas de importancia para la explicación de hechos históricos, es indudable; nosotros sólo nos resistimos a la afirmación que la marcha de la historia depende de las mismas o idénticas leyes que todo acontecimiento físico o mecánico en la Naturaleza. Pero esa falsa afirmación, en modo alguno fundada, oculta además otro peligro. Si uno se ha habituado a mezclar en una misma olla las causas del devenir natural y las de las evoluciones sociales, se es llevado muy a menudo a buscar una causa básica que encarne, en cierta manera, la ley de la gravitación social, y sirva de cimiento a todo desarrollo histórico. Y si ha llegado hasta allí, se pasan por alto tanto más fácilmente todas las otras causas de la formación social y de las reciprocidades que de ella brotan.

Las leyes del devenir físico y la «física social»

Toda concepción del hombre relativa al mejoramiento de sus condiciones sociales de vida es, primeramente, una representación del deseo, que sólo tiene en su favor motivos de probabilidad. Pero donde se trata de eso, tiene su límite la ciencia; pues toda probabilidad asienta en suposiciones que no se dejan ni calcular, ni pesar, ni medir. Se puede, es verdad, recurrir, en la fundamentación de una concepción del mundo y de la vida, como por ejemplo el socialismo, también a conocimientos de la investigación científica,

pero por eso la concepción del mundo y de la vida no se convierte en una ciencia, pues la realización de sus objetivos no está ligada a procesos forzadamente comprobables, como todo acontecimiento en la naturaleza física. No hay ninguna ley en la historia que muestre a la actuación social del hombre su curso. Donde se hizo el ensayo de presentar como verídica semejante ley, se ha establecido bien pronto la insuficiencia de esos esfuerzos.

El hombre no está sometido incondicionalmente más que a las leyes de su vida física. No puede modificar su constitución, suprimir las condiciones fundamentales de su existencia fisiológica o transformarlas de acuerdo a sus deseos. No puede impedir su aparición en la tierra, como no puede impedir el fin de su trayectoria terrestre. No puede hacer salir de su curso al planeta a que está ligado el círculo de su vida, y tiene que aceptar todas las consecuencias de ese movimiento de la tierra en el universo, sin poder modificarlas en lo más mínimo. Pero la conformación de su vida social no está sometida a esas necesidades y es sólo el resultado de su voluntad y de su acción. Puede tomar las condiciones sociales en que vive como predestinaciones de una voluntad divina o considerarlas como resultados de leyes inmutables ajenas a su voluntad. En este caso la creencia paralizará su voluntad y le llevará a adaptarse al ambiente dado. Pero puede también convenirse de que todo existir social posee sólo un valor condicionado y puede ser cambiado por mano humana y por espíritu humano. En este caso intentará suplantarse por otras las condiciones sociales en que vive y abrir el camino, mediante su acción, a una nueva conformación de la vida social.

El hombre puede abarcar las leyes del todo lo más profundamente que quiera, pero no las podrá modificar nunca, pues no son obra suya. Pero toda forma de su existencia social, toda institución social que le haya dejado el pasado como herencia de lejanos abuelos, es obra humana y puede ser transformada por la voluntad y la acción humanas o servir a nuevas finalidades. Sólo ese conocimiento es verdaderamente revolucionario y está inspirado por el espíritu de los tiempos que llegan. El que cree en la ineludibilidad de todo desarrollo social, sacrifica el porvenir al pasado; interpreta los fenómenos de la vida social, pero no los modifica. En ese aspecto, todo fatalismo es idéntico, sea de naturaleza religiosa, política o económica. El que se deja coger en sus lazos, priva a la vida del bien más precioso: el impulso de la acción de acuerdo a necesidades propias. Es especialmente peligroso cuando el fatalismo se presenta en las vestiduras de la ciencia, que suplantando hoy, con mucha frecuencia, el hábito talar de los teólogos. Por eso repetimos: las causas que originan los procesos de la vida social no tienen nada de común con las leyes del devenir natural físico y mecánico, pues no son más que resultados de las tendencias finalistas humanas que no se dejan aprehender de un modo puramente científico. Desconocer esos hechos es



◀ Por un amplio acuerdo para la liquidación social de un régimen

por
D. A. de SANTILLAN

Se ha vuelto a poner en discusión el problema de la confluencia de fuerzas obreras y revolucionarias para oponer un dique al desborde de la reacción fascizante. Y resurgen, como por encanto, las recetas habituales: frente único, alianza obrera, unidad revolucionaria, fusión de las diversas centrales sindicales en una sola, etc., etc.

¿Para qué el frente único? ¿Para qué la fusión? ¿Para qué la alianza? Se intensifica esa propaganda precisamente en vísperas de la consulta electoral, y por eso mismo tiene un cierto sabor extraño. Tal vez sería cuerdo dejar el tema para después, a fin de no consentir que a la sombra de una necesidad proletaria y revolucionaria medren propósitos y objetivos que persiguen finalidades mezquinas de simple escalamiento político. Por nuestra parte no hacemos sino continuar el desarrollo de nuestros pensamientos, indiferentes al resultado de las contiendas en torno a las urnas. Lo que queremos decir tiene su validez antes, durante y después de las elecciones, que no pueden dar en ningún caso más que un simple cambio de timoneles del estatismo, nunca una superación del capitalismo y de la opresión estatal, es decir, nada de lo que pretenden con todo derecho los trabajadores y los campesinos, los productores del músculo y los productores del pensamiento.

un funesto autoengaño, del que no puede brotar más que una interpretación deforme de la realidad.

Esto se aplica a todas las interpretaciones históricas que parten de un desarrollo obligado de todos los procesos sociales; se aplica especialmente al materialismo histórico, que atribuye todo acontecimiento en la historia a las condiciones eventuales de la producción y pretende poder ex-

No podemos separar el hoy del mañana, pues el mañana debe estar contenido en el hoy, en la hora que pasa, y brotar lógicamente de ésta. Cuando se habla de frente único, de alianza obrera, de unidad revolucionaria en las corrientes proletarias, no suele hacerse para objetivos realmente proletarios y revolucionarios, sino para conquistas que no son tales o como mera maniobra de partido para especular con un sincero y honesto sentimiento popular. Naturalmente, eso tenía que producir nuestro disgusto y nuestra aversión.

Quizá porque los anarquistas somos los únicos partidarios y propulsores sinceros de la unidad de los trabajadores, nos hemos significado tan acremente contra todos los que hicieron suya una bandera que no les es y un propósito que no sienten, pues pocas veces se han operado tantas escisiones en el seno del mundo del trabajo como desde que un partido político vino al mundo, después de la revolución rusa, a pregonar el frente único proletario.

Nosotros veríamos con el mayor agrado, como la cima de un nobilísimo empeño, un acuerdo de todos los sectores de opinión socialista sobre la base del socialismo — que implica socialización (socialización y no estatificación) de la riqueza social, supresión del parasitismo, libre disposición sobre los

plicarlo todo por ellas. Ningún hombre que piense medianamente desconocerá hoy que es imposible juzgar un período histórico sin tener en cuenta sus condiciones económicas. Pero es mucho más unilateral el que quiere hacer pasar la historia únicamente como resultado de las condiciones económicas, sólo bajo cuya influencia adquirirían forma y colorido los otros fenómenos de la vida social.

medios de producción y libre entente de los productores para resolver sobre sus destinos y para la creación de las instituciones económicas y sociales que han de substituir a las heredadas del viejo régimen; para ello insistimos, como voz demasiado aislada, en la renuncia formal y espiritual a la dictadura totalitaria, que en el fondo lleva siempre el germen del fascismo, y, respecto del socialismo verdadero, está en la relación que tienen el agua y el fuego. Y si apelamos a la serenidad y a la comprensión de propios y extraños en vista de la gravedad de la hora, para aprovechar la oportunidad que aun nos queda, con los hombres tales como son, en la situación tal como se nos presenta, es que tenemos ante nuestros ojos el panorama de los países donde ha triunfado el fascismo — la teología moderna del nacionalismo —, y quisiéramos ahorrar a España esa tragedia.

No vacilamos en sostener que, si los anarquistas cumplirán con su deber de resistencia en todos los terrenos — individual y colectivamente —, no tienen la pretensión de ser la única fuerza social de progreso, aunque sean la más esencial y caracterizada, ni de ser la única posibilidad existente para contener el alud de la reacción nacional e internacional. Y nuestra mano amiga y solidaria se extiende a todas las fuerzas de transformación social que comprenden realmente la gravedad de la hora y convienen que no significa ningún progreso ni vale la pena ningún esfuerzo la simple substitución de una dictadura por otra, de una forma totalitaria de dominación por otra forma totalitaria. La transformación que conviene a todos los que odian la explotación y la dominación del hombre por el hombre y quieren que cada ser humano disfrute del bienestar a que tiene derecho como resultado de su trabajo y de las grandes conquistas de la inteligencia y de la técnica, está contenida en los postulados básicos del socialismo, que los anarquistas no hemos abandonado jamás ni hemos pospuesto a mitos nefastos como el de la democracia burguesa o la dictadura del proletariado, a cuyo amparo y en cuyo nombre se puede proceder contra el progreso y contra las reivindicaciones socialistas lo mismo que con la dictadura del fascismo.

INESTABILIDAD DEL RÉGIMEN CAPITALISTA

Todas las tendencias sociales saben, o debieran saber, que vivimos en un período de inestabilidad, de transición, y que urge

que esa transición se haga según el anhelo de los productores y no según el interés de las clases privilegiadas. Si cabe un frente único, es el frente de la revolución; para la revolución, para la liquidación social del régimen en que vivimos, que no es ya viable, y para echar las bases de una nueva convivencia y de una nueva cultura.

La llamada democracia, que los anarquistas han denunciado siempre como una mixtificación y un engaño, no es una negación ni una garantía contra el fascismo, puesto que lleva en germen, sobre todo en estos tiempos en que no es posible la demagogia desde el poder, todo lo que el fascismo importa como negación de la libertad y de la dignidad humanas.

A poco que se observe el panorama mundial, se advierte que si los trabajadores, los hombres del progreso y de la justicia no imponen su criterio y su medida, el camino de la reacción fascista quedará abierto y por él harán su invasión un día u otro las hordas devastadoras de la reacción moderna.

La elección no está, como se propaga insistentemente, entre democracia o fascismo, sino entre fascismo o revolución social. Así lo han entendido las extremas derechas, aun incluyendo entre las últimas a las fuerzas democráticas que no harán más que allanarles el camino, y así lo revela la lógica de los acontecimientos y de las cosas. ¿Qué queremos resolver, por ejemplo, con facilitar, por medio de las urnas, la reposición en los puestos de comando del Estado a los hombres que se proclaman representantes de la democracia? ¿Es que los trabajadores, es que los amantes de la justicia han podido constatar, en las épocas en que esos hombres estaban en el poder, una adquisición efectiva de libertad, de justicia y de bienestar por obra o por virtud de su gobierno?

Si es factible la polémica con los fieles de la democracia sobre la ineficacia y la impotencia de esta forma gubernamental para encarnar y realizar ideales superiores a los de la dictadura franca, no creemos que sea necesario poner de relieve a los trabajadores que, con democracia o con fascismo, su suerte será muy semejante y que sólo cambiará su situación cuando tomen en sus manos la gestión de la propia vida, dueños al fin de la riqueza social que han producido y que hoy detentan privilegiados y usurpadores defendidos con todos los medios por la sagrada legalidad estatal, cualquiera que sea la ideología de los gobernantes.

LA LIQUIDACIÓN DEL RÉGIMEN

De lo que se trata no es de conservar ni de apuntalar el régimen de la propiedad privada y del parasitismo estatal, sino de liquidarlo, como se liquida una sociedad o una empresa comercial que trabaja a pura pérdida y que no tiene absolutamente ninguna perspectiva de ponerse a flote. Este es el caso de la sociedad actual.

La liquidación se pide por dos extremos: por el fascismo y por el socialismo (hagamos abstracción del fascismo que es puramente instrumento de las grandes empresas y de las altas finanzas contra la revolución del pueblo, y no, esencialmente, una corriente hacia el capitalismo de Estado o hacia la intervención soberana del estatismo en la esfera económica; y hagamos abstracción también de la posición del socialismo político parlamentario, que tiene tanto odio a la revolución como a la peste y que se declara en favor de la democracia burguesa como ideal supremo para el mantenimiento del statu quo).

No hace falta decir cómo entiende el fascismo la liquidación del régimen presente. Basta mirar a Italia, a Alemania, a Hungría, a Austria, a Yugoslavia, a Bulgaria, etcétera.

Lo que importa es llegar a un acuerdo en el otro extremo, en el extremo del socialismo, sobre la manera de rescindir un contrato que no hemos firmado y en el que sólo figuramos como objetos destinados a producir beneficios para el capital y tributos para el Estado. Nada nos liga, ni material ni moral ni socialmente, al régimen del capitalismo, hecho por los privilegiados a su imagen y en su beneficio.

¿Es que hay trabajadores y campesinos — que no conocen de la vida más que los sinsabores, las privaciones, los sufrimientos — interesados conscientemente en la conservación del actual orden de cosas, en tiempos en que hay un desocupado por cada uno que trabaja, en que la muerte por inanición frente a los graneros abarrotados no es ya una figura retórica sino una realidad mundial?

Es para la liquidación de la economía capitalista y de su convivencia social entre lobos y ovejas, entre víctimas y victimarios, entre hartos y hambrientos, para lo que consideramos urgente el gran acuerdo de los productores, de los que viven del producto precario y mermado de su esfuerzo y de los que reconocen la justicia que asiste, a los que todo lo producen, para cambiar una es-

tructura social que les priva del fruto de su trabajo.

Para ese objetivo no podemos rehusar, los anarquistas, el frente único o como se quiera llamar a la confluencia, a la coincidencia, al acuerdo de los interesados. Y esa liquidación es tan necesaria hoy, antes de las elecciones, como después, cualquiera que sea el resultado.

Leemos en el Sunday Dispatch (Londres, 10 de noviembre de 1935) que 2.400.000 seres humanos murieron de hambre en el mundo en 1935; que 1.200.000 se han suicidado por falta de medios adecuados de vida; que del total de los habitantes de la tierra, que pasa de 2.000.000.000, al menos 500.000.000 no saben lo que es satisfacer sus necesidades materiales primarias. Tal resulta de los estudios, investigaciones y estadísticas de los organismos ginebrinos.

¡Y eso en un período en que las fábricas no trabajan siquiera en el cincuenta por ciento de sus posibilidades, en que los especuladores cerealistas restringen el área de siembra para evitar la superproducción y la caída de los precios!

La humanidad corre a pasos agigantados al abismo de la ruina fisiológica porque hay demasiado trigo, porque abundan las fábricas, porque se puede producir lo suficiente para una existencia de bienestar y de holgura.

Ahora bien, ¿qué pesa en ese destino un gobierno democrático o un gobierno vaticanista?

La solución está en los trabajadores en tanto que tales, junto a las máquinas, tras del arado o en los medios de transporte; el día que decidan ponerse de acuerdo en sus lugares de trabajo, entrarán en la historia como factor determinante y salvarán a la humanidad de su decadencia y de su degeneración.

En una palabra, la solución está en la realización del socialismo, puesto que no es una panacea para el año 20.000, sino una medicina eficaz e inmediata, la única que puede curar al mundo de las gravísimas y mortales dolencias que origina la bancarrota del capitalismo y el cáncer creciente de su aparato gubernamental.

¿QUÉ PUNTOS DE CONTACTO EXISTEN ENTRE LAS DIVERSAS FUERZAS SOCIALISTAS?

Ninguna de las fuerzas sociales anticapitalistas puede hoy, por propia cuenta, aisladamente, llevar a los hechos de la vida

práctica su propio programa. El acuerdo es indispensable si se quiere una solución en el plazo de urgencia que nos deja la amenaza del fascismo. Si tuviésemos el porvenir de nuestra parte, años y años de relativo equilibrio para la propaganda y la organización, no hablaríamos así. Pero de la noche a la mañana podemos encontrarnos frente a un golpe de mano de la reacción, que no se duerme, y entonces de poco valdrá que la «democracia» tenga una mayoría de diputados en el Parlamento; entonces sólo quedará el proletariado, su voz y su acción insurreccional.

Después de las experiencias hechas en Italia, en Alemania, en Austria, y en vista de las condiciones que se manifiestan en España, ¿se cree que una dictadura fascista se ha de contentar con la lucha de exterminio solamente contra los anarquistas, o más bien es de esperar que procurará hacer tabla rasa con todas las corrientes sociales socialistas, sin distinción? No creemos que haya dos opiniones en este punto. Como no habrá dos opiniones tampoco sobre esta otra perspectiva, ya señalada: ninguna de las fuerzas sociales de progreso puede, por cuenta propia, llevar a la práctica su programa de reivindicaciones y de realizaciones.

Queda, quiérase o no, el examen de una posibilidad de acción conjunta, de coordinación, de mancomunidad de fuerzas para salvarnos del naufragio de un mundo y de un sistema económico y político que ha fracasado y no sabe rejuvenecerse más que mediante la barbarización que supone el fascismo.

¿Existen bases de posible acuerdo? Creemos que sí.

Primera base de acuerdo: Los obreros y los campesinos, los que lo son — no los que lo han sido y han dejado de serlo —, si en parte aun tienen alguna fe en la eficiencia de sus diputados y ministros, no quieren ni aspiran ellos mismos a ser diputados o ministros. Comprenden con sana intuición que su puesto está en los lugares de trabajo y que es desde allí desde donde deben pesar sobre los destinos sociales. En cambio, todos, blancos y negros, cenetistas y ugetistas, para referirnos a un país determinado, consideran que son despojados del fruto de su sudor, y que no habrá ningún régimen de justicia mientras ese despojo subsista. La primera base de acuerdo podría lograrse en la defensa del derecho al producto integral del trabajo, del que

hoy saca su tajada el capitalismo y su parte del león el Estado. Ahora bien, un sistema de convivencia social que dé a los productores el fruto de su esfuerzo no puede conciliarse con el salariado, que es una forma de esclavitud y de dependencia. ¿No podemos encontrar en la abolición del salariado un primer punto de convergencia en el campo de las fuerzas socialistas?

Segunda base de acuerdo: Al suprimir el salariado se suprime el capitalismo, una forma económica que entraña una parte de la sociedad que produce y otra que vive del esfuerzo ajeno. ¿Es mucho pedir cuando pedimos a los trabajadores que se llaman socialistas la liquidación del capitalismo y la instauración de una economía social sin propiedad privada, en la que las tierras, las fábricas, los medios de transporte, las minas, los servicios de sanidad, las escuelas serán socializados, es decir, pasarán a ser propiedad de todos y funciones de utilidad pública? También sobre la supresión del capitalismo y la socialización de la riqueza social es posible el acuerdo de todos los sectores socialistas.

Tercera base de acuerdo: No es ningún mérito concertarnos en lo que proclamamos como doctrina común; lo importante es encontrar una fórmula para hacer posible la coincidencia de acción aun allí donde no pensamos lo mismo. Si la fe en el Estado fuese cuestión de razonamiento y no de creencia, como lo es la fe en la providencia divina, acumularíamos todos los razonamientos imaginables para demostrar que el socialismo y el Estado son términos antagónicos y que un socialismo estatista es forzosamente una negación del socialismo. Pero más que en esos razonamientos confiamos en la vida real y por eso no vacilaríamos en recomendar la acción conjunta revolucionaria entre el socialismo que afirma el Estado y el socialismo que lo niega. ¿A base de una concesión? De ninguna manera. Si por nuestra parte hemos de sucumbir ante el autoritarismo, arriar la bandera ante un nuevo Estado, que será necesariamente dictatorial, enemigo de la libertad, intolerante y aplastador de toda iniciativa individual y de toda dignidad humana, nos importa poco que esa anulación sea hecha en nombre del fascismo o en nombre del socialismo. En un caso y en otro habríamos de defendernos y defender nuestra posición con todas las armas.

Se puede, sin embargo, encontrar en la libre experimentación social una tercera

base de coincidencia. Eso implica, por parte de todos, la renuncia al totalitarismo, a la fórmula única, a la hegemonía de una tendencia sobre la otra. Es de esa libre experimentación de la que puede surgir un socialismo práctico, único en su espíritu, aunque sea múltiple en sus expresiones. Ya hemos dicho algo en otras oportunidades sobre la libre experimentación social, la tolerancia de las diversas interpretaciones socialistas y su actuación autónoma, mediante el respeto y hasta con el apoyo y la solidaridad del conjunto. A nosotros no nos puede hacer daño una localidad que ensaya una interpretación propia del socialismo, siempre que esa localidad no sea agresiva ante las que se inspiran de diverso modo y no quiera imponer a las demás, a sangre y fuego, sus propias experiencias o concepciones.

Indudablemente, como el espíritu autoritario no ha desaparecido de la ideología socialista, y a veces hasta lo encontramos en los propios ambientes que han hecho de la libertad su bandera suprema, será difícil hacerse a la idea de la tolerancia, renunciar al absolutismo, a la experiencia totalitaria. Rusia nos da un magnífico ejemplo. Sin embargo, no descubrimos otro camino inmediato, so pena que enarbolemos la simpleza de pretender que los socialistas autoritarios se sumen de repente a nuestras filas, o bien lo contrario, que nosotros vayamos a aumentar las filas del socialismo autoritario. Entender la unidad, el frente único de esa manera, es tanto como rehusarse categóricamente a toda tentativa de acuerdo y de mancomunidad de fuerzas. Nosotros no dejaremos de ser anarquistas, y los socialistas autoritarios no deben tampoco dejar de serlo, hasta que la experiencia nos demuestre a nosotros o a ellos cuál es la mejor solución y la más factible y humana.

Para los que sueñan con decretar desde una sede central cualquiera la felicidad universal, ha de serles seguramente costoso el sacrificio de su ambición totalitaria en favor de la libre experimentación, del derecho de cada tendencia a organizarse y a vivir conforme quiera, lo que no impide todos los acuerdos de intercambio, de ayuda mutua,

de relaciones en el orden económico y cultural. Sin embargo, tenemos por delante esa perspectiva, y la otra: la del triunfo del fascismo y la pérdida de todas las posibilidades progresivas por un período histórico de cuya duración nada podríamos hoy adelantar.

En resumen: a) Supresión del salariado; b) Abolición del sistema capitalista; c) Libre experimentación social.

Tales nos parecen las bases fundamentales sobre las cuales es posible de inmediato la salvación.

UN PELIGRO PARA EL SOCIALISMO ANARQUISTA

Aparte del peligro común que significa el encumbramiento en el poder de las hordas del fascismo, hay en la negativa a la libre experimentación social un peligro mortal para el socialismo anarquista. Supongamos que mañana, ante un golpe de Estado de la reacción, el proletariado responde, como ha de responder, sin duda, con la huelga general y la insurrección, y así como en enero de 1933 el movimiento quedó circunscrito a Cataluña sobre todo, en diciembre del mismo año a Aragón y Rioja, en octubre de 1934 a Asturias, esta vez, generalizado, derriba al fin el aparato de dominación de la burguesía y los trabajadores quedan dueños de la situación. ¿Qué hacer entonces? Frente al totalitarismo del socialismo autoritario, los anarquistas responderán con la resistencia armada y se entablaría la guerra civil. En algunas regiones podríamos conservar la hegemonía y, querrámos o no, habremos de replicar entonces al absolutismo ajeno con el propio absolutismo, y entonces dejaríamos de ser anarquistas. Esa evolución sería incontenible; en cambio, si desde ahora se conviene por ambas partes en un mutuo respeto, en arreglos pacíficos y en la tolerancia de las diversas expresiones socialistas, sin que ninguna se sienta agresiva ante las demás, nos ahorraríamos una guerra civil que pondría en peligro la revolución y el socialismo.

De los males, el menor. Y el menor es el acuerdo sobre la libre experimentación social postrevolucionaria.

Con el presente número adjuntamos, en lámina suelta, una reproducción en dos tintas del retrato al óleo de Anselmo Lorenzo, obra de nuestro colaborador Gus-

tavo Cochet. Lo mismo que el anterior, de Errico Malatesta, acompaña a la revista y es gratuito para sus lectores.

La literatura española en el

por
FELIPE
ALAIZ



albor de 1936



A literatura española tiene dos grandes vertientes: la vertiente del conceptismo y la del realismo. Hagamos expresa declaración de que el concepto puede ser realidad, como es realidad una tierra profunda, aunque no la veamos. Pero en la vertiente conceptual, los protagonistas y epígonos de ésta se caracterizan como definidores exclusivamente y no como hacedores de conceptos o de motores. En la vertiente realista se fabrican y elaboran los hechos artificiosamente con molde teórico. Todo es superávit de literatura escrita como *trágala* de unas minorías contra otras. Todos son remendones de remiendos, pero sin materia de obra prima. Cosedores de humo.

¿No cabe intentar un modesto estudio del lamentable fin de fiesta que presenta la literatura española en los albores de 1936?

Empecemos por el conceptismo. Leamos un ensayo de Ortega y Gasset, figura más destacada del gremio. ¿Es un escritor denso o superficial? Lo que es indudablemente lo advertimos sin demora: es preciosista. Dentro del preciosismo típico de Ortega hay un conceptismo patente de cazador, cazador de gazapos más o menos elegantes, pero siempre gazapos. Veamos.

Nunca nos explicará Ortega lo que hacía en Marburgo, la pequeña ciudad alemana universitaria, tradicionalmente minuciosa y apuesta, ordenada sin esos resabios tibetanos de ahora. No nos dirá cómo pasaba las tardes. No hará una pausa trascendental en sus disquisiciones frívolas para hablarnos de cierta cervecera lozana, no tan maciza como las alemanas de novela. Estudió como un hombre añoso siendo joven, siendo tal vez tímido, a pesar de que en España derribó al rey derribado con un artículo. Las referencias que nos ofrece tienen una herida mortal. Las cazó en Alemania y a Madrid llegó con ellas.

Era como un pausado Tartarín que venía a deslum-

brar a la gente mesocrática, más amiga de cazar a orillas del Manzanares o del Jarama que a orillas del Rin. Los de por acá eran cazadores de dotes y de cátedras, gente congelada en el velatorio de Krausse o en las atroces citas de aquel frailazo impulsivo, poco enterado de hechos, empollón, rudo y agreste que se llamó Menéndez Pelayo; o bien era gente azucarada en una computera francesa con los restos del siglo XIX, restaurador de Borbones y Bonapartes, personificado en España por Larra, que se suicidó creyéndose desgraciado. El tradicionalismo suavemente tozudo es el de Mesonero Romanos, que estuvo a punto de suicidarse por exceso de felicidad.

Cuando irrumpió Ortega en el mandarinato madrileño dirigente de gacetas, actividad universitaria y política conceptista, sin ríos ni puertos, la levita britanizada de Azcárate estaba apollillada; lo *nuevo* tendía a ser un té con matronas preciosas molierescas y a ratos castizas; Ortega se sentía ya un doctor Fausto entre ellas, conversando más a gusto con madrileñas arnichescas y vitales que con alguna *sosia* de lady Halmilton. La camilla empezaba a verse suplantada por la estufa eléctrica. ¡Galdós quedaba arrinconado!

El calor ya no era tan entrañablemente español y de hogar con tizones y jaras. Junto a la estufa eléctrica quedaba deshumanizado y disecado el pobre gazapo alemán cazador por Ortega en Alemania. El adiós al cerco hogareño era Unamuno, con sus toques de ánimas y sus candentes charadas de ultratumba, mientras Ramón Pérez de Ayala actuaba de tímida gacela para todo menos para los sueldos, y Valle-Inclán disimulaba su ancianidad con cuentos de viejo verde, tan parecido a Delgado Barreto en las gansadas y en la petulancia de filisteo rencoroso.

El conceptismo privaba en el Madrid de la Sublime Puerta del Sol, pero fuera de los círculos de trasnochadores madrileños que forman mil o mil quinientas partidas de la porra sin porra. Ortega era profesor de

TIEMPOS
NUEVOS 73

Metafísica y odiaba a aquellas partidas de la porra sin porra que se creen indebidamente comadronas de la República por el hecho de haberse puesto a mamar desesperadamente en las ubres de la zarandeada señora abriñea tan poco respondona para los maleantes políticos y tan amiga de la farra.

Tuvo Ortega imitadores, pero a mitad de la vereda se le llevó la clientela el incipiente marxismo. Antes de que Romain Rolland coreara las consignas de Moscú, escribió su a ratos recusable *Juan Cristóbal*. Para intermedio de esta obra bosquejó unos cuadros muy logrados reproduciendo la vida de una pequeña ciudad alemana cuajada de furtivos y premiosos motivos socialistas. ¡Los de hoy en España! Ortega ve estos rebrotes ibéricos del marxismo y no sabemos lo que pensará de ellos, pero los rebrotes derrotarán sin porra a las mesocráticas partidas republicanas de la porra para inaugurar una era política de disputas literarias con dominio alterno de tiros y troyanos incongruentes que dejarán arrinconado a Ortega.

¿No hay un ciclo iniciado de marxismo literario? Las Editoriales de arranque bolchevique han publicado en España material no mal elegido del todo, aunque romanesco para una biblioteca. El grupo *Leviatán* sigue su camino de parsimonia y compás, aunque se ve a cada paso el borbotón pasional español admirativo, sin recodos marxistas. ¡Hasta hay marxistas católicos como Bergamín! *El Socialista* se debate entre dos tendencias literarias: la tendencia juvenil representada por el anciano Largo Caballero y la tendencia madura o chamuscada representada por otro rematado anciano: Besteiro. Sender rehace las historietas literarias con un criterio que hasta el estuquista teórico Largo Caballero desdeñaría por ser criterio burgués, y Stalin desdeñaría como calomelano servil y falsamente proletario.

En Cataluña, Nin traduce a Dostoievski. André Gide, autor del decadente y ultraliterario burgués *Corydon*, es hoy el equívoco figurín bolchevique de Occidente, invadido también por la literatura oficiosa bolchevique de Erenburg. Alberti, Arconada y otros escritores notorios llegaron a las playas marxistas desde la literatura, como Barbusse. Benavides está ahora en pleamar de marxismo y tal vez sea uno de los socialistas inteligentes porque puede comprender el socialismo o comunismo del italiano Bordiga, sin estrambote parlamentario, o como Andrade en su último libro: actividad ajena a la burocracia.

Maurin supone en el socialismo una consistencia literaria acusada. Recuérdese su pretenciosa interpretación del siglo XIX, tan literaria y poco marxista como la de Galdós. Vidiella y los demás neomarxistas, primerizos aún al borde trágico de la cuarentena, no serán más que amigos de la literatura, como Pérez Solís, devuelto a la literatura por el padre Gafo. Alomar es socialista patriota de Cataluña y literato. Barjau dejó de ser barbero para figurar en el censo literario del partido socialista catalán, apéndice de la Izquierda. Todos estos señores en nada se parecen a los mineros de Asturias, socialistas de varia tendencia que no tienen tiempo de hacer literatura en la mina y que hasta ahora no la hacen tampoco en la cárcel, monopolizando el concepto literario los marxistas de cuota, absueltos cuando quieren por los mismos antimarxistas que fusilaron

al sargento Vázquez y martirizaron a los mineros.

La pléyade marxista es como un sustraendo que esquivó a Ortega, quedando éste más solo con los escolásticos de *La Revista de Occidente*. Nombre es este excesivamente compendioso para un humanista de hoy sin gota ni suspiros. Nombre excesivamente expansivo para un especialista que quiere revisarlo todo con textos de Leipzig.

Recuérdese que los hebreos se presentan como eternos revisionistas de todo. Ahora sostienen que son la fusión de Oriente con Occidente. Y esto al margen del sionismo — accidental episodio para muchos judíos, orientación equivocada para casi todos —, al margen de la Banca, del rito y del complejo Londres-Palestina, al margen del socialismo piadoso de Steinberg, ex comisario de Justicia como socialista revolucionario con los bolcheviques, perseguido luego por éstos y por Hitler, refugiado ahora en Londres. Ortega puede recordar que Cohen, uno de sus maestros, fué judío y sagaz revisionista de Kant, como Einstein es revisionista de Newton. Pero el revisionismo crítico judío queda estancado por el nacionalismo. ¿Se puede hablar de fusión de Oriente y Occidente si hay la grave cuestión previa de las nacionalidades, la cuestión insolvente del judaísmo con patria y bandera? No hace mucho tiempo, el presidente de una Liga de ex combatientes judíos de Francia envió una protesta airada a Hitler contra el agresivo antisemitismo de los secuaces de éste. Y el judaizante Hitler contestó al espontáneo corresponsal: «Usted peleó en las filas francesas contra las filas alemanas; en éstas había judíos; usted es judío y mataba a los judíos; es ilógico que proteste». Los católicos creen que Hitler es un mito oriental. El catolicismo es otro mito oriental.

Oriente y Occidente son territorios y a la vez conceptos. Bien. Pero cuando un español autodidacta se refiere al Occidente territorial, los pedantes le contestan con alusiones al Occidente conceptista. Esto es Spengler. Y cuando el autodidacta atareado pregunta por el Occidente-concepto, le señalan el Occidente estricto y cerrado o reducido del mapa. Esto es fascismo ruso, centroeuropeo o alpino. Es excesivo el propósito hebreo de tenerse Israel por aleación de Oriente y Occidente, y excesivo el afán occidentalista de Ortega.

La España de emulsión — contacto de elementos heterogéneos ligados artificiosamente a base de goma arábiga y tragacanto — es ahora un mapa de probabilidades autoritarias, no solidarias. Hay un puntero que señala conceptos totalitarios marxistas. Max Nettlau, la primera figura de la didáctica social, el historiador más probo del socialismo, ya demostró que Marx, al revés de Engels, nunca vivió en contacto con los trabajadores. Fué Marx uno de tantos ideólogos hegelianos a ojo de buen cubero asustados por el maquinismo. A fin de siglo, Echegaray escribió un artículo para vulgarizar la dinamo. La clase media, tan conceptista y abogadesca, se asustó como se había asustado Marx en Inglaterra años antes. Y hoy, aquel susto de la clase media congelado en abstracciones, aspira al marxismo. Vive fuera del radio de clase. El marxismo furtivo del Bloque Obrero y Campesino sólo prendió en la clase media, en la dependencia mercantil antimarquista que considera al fundidor como una especie de monstruo. Reclus es lo opuesto, lo vital. Lo opuesto

a Marx es Lassalle. Lassalle era odiado por Marx, mucho más que éste odió a Proudhon y a Bakunín. ¿Por qué? Lassalle era para Marx judío, pero sin abolengo holandés y nórdico; era socialista, pero meridional. Marx miraba a Lassalle — los dos socialistas, los dos judíos — como un imperialista británico mira a un colono de Jamaica, como un banquero holandés a un súbdito no conformista de Borneo.

España adentro queda la fuerte telepatía del *roman paladino*. Ortega es rector de una tendencia intelectualista escueta, de una tendencia adversa a la España invertebrada y desordenada, pero cree que puede vertebrarla y ordenarla un estatuto nuevo hecho expreso y no un acuerdo viejo y tácito de los mejores inéditos que se encuentren para todo lo necesario menos para gobernar y explotar. La España de economía dirigida es un caos y sólo la sostiene lo hacendoso sin estampilla mientras se hunde lo gubernamental de derecha o de izquierda. Falta cosas fáciles de tener como escuelas y florestas; pero ante todo, lo que falta es decencia pública; no falta decencia privada. La política se derrumba, pero queda la inédita. Sabemos que será peor.

Ortega se apartó honestamente de la política por saber que ésta iría de mal en peor. Tal es su mérito. Sus diputados fueron desfilando de cara a las nóminas. Quedó dignamente solo. Pero en melancólica morbidez literaria, en condimentos, en imágenes torturadas sin necesidad, Ortega es un maestro desafortunado. Es una exageración echarse a llorar por los males de España, sin permiso de España, y considerar que la República es la plaza y el surco, la polea y el mar. España es el español que mejora su huerto y nunca el gobernante, recaudador y arbitrista. Los ingleses decapitaron a un rey porque quería aumentar los impuestos a razón de dos chelines por cada libra; hoy están contentos los contribuyentes ingleses con un impuesto sucesorio del 50 por ciento y un impuesto *inter vivos* que llega al 85 por ciento de la renta. Esto es el Estado, burgués o socialista: la tasa de todo; la tasa en Rusia en el trabajo forzado sobre y contra la *clase*, la tasa en Londres sobre y contra la misma *clase*. Aunque los burgueses ingleses paguen no inventan libras en un laboratorio, ni las libras descienden del cielo.

Los españoles independientes no parecen tan desesperados como Ortega, porque la República es una señora triste, sino que están indignados porque la República es una señora deshonesto. Ellos saben lo que es intemperie, clima, vida vecinal, calle, lucha, iniciativa, sociabilidad, hasta egoísmo legítimo de no pagar a los oficinistas ni a los mayordomos; saben lo que es esfuerzo, aislamiento superado y revés; lo que es volver a empezar cavando la viña de nuevo en seco y sacando de uva barata sin asalariados, por cooperativa familiar de cultivo, más pesetas al año de las que supone la nómina de catedrático. Esta es una España naciente, no representada todavía en la literatura. El conceptismo preciosista y el marxista desembocan en la literatura. Se sitúan en lugares de mando y prescinden de cualquier acuerdo no pasado por el embudo del Estado ni por sus nudos gordianos.

Hay plumas supletorias como casi todas las del grupo disperso de *La Gaceta Literaria*, cacicato del hoy marmeluco de los patronos: Jiménez Caballero. Poemas de

capirote, artículos escritos con *rimel* por aspirantes a manducarse el Estado. La burocracia será el peor dragón extremista y se tragará al Estado burgués, después al proletario. En vano hay aspirantes resueltos a reintegrar al quieto y linfático romanticismo burgués sus pobres elegías: García Lorea, Péman, «Cruz y Raya» con los otros *nuevos*, sin excluir a Fernando de los Ríos con su *emoción liberal*, ni a Prieto con su optimismo de turista romántico en rebeldía, *manager* de los socialistas en apariencia, *manager* de concordia del socialismo de los burgueses como él con los otros burgueses.

Hasta principios del siglo hubo en las regiones españolas vida cultural independiente de Madrid, iniciativas y deseos concretos de aflorar y movilizar la riqueza oculta; sobre todo de moralizarla. Hoy no existen núcleos apreciables de cultura grande y autónoma, sino de cultura local sin autonomía, cultura chica equiparada a la banalidad de la patria chica, según los patriotas y catalanes y castellanos; tampoco existe como *hecho* total, aunque sí como consigna, la moralización de la riqueza de todos; como *hecho* disperso, sin aglutinar, existe en la negación de renta y dosificación de trabajo, los dos fenómenos más originales de Europa, que se dan en España espontáneamente, arruinando a los burgueses territoriales y a la vez desvalorizando las hipotecas en medio de la ignorancia más absoluta de los organismos llamados de *clase*. Tampoco estas sugerencias tan nuevas se advierten en los libros.

¿Y la literatura realista? Baroja es su pontífice. Muchos lectores no le perdonan su academicismo vidrioso. Sin ser intransigentes, creemos algunos que es poco despreocupado escuchando al doctor Marañón, que tiene más influencia que Tórtola Valencia, y como ella, hace quince años se cuela en todas partes sin oposición incluso en el profesorado universitario.

Hay realistas que no son realistas de la escuela barojiana, pero el realismo literario queda siempre ahora como un grado de milicia voluntaria. El realista es hoy el *amateur* y el conceptista el profesional de la pluma. La novela y el teatro están en completa ruina. La biografía es más apasionante que toda creación imaginada, pero no se hace en España más que con parcialidad.

El teatro decae porque el escenario es muy poca cosa comparado con los escenarios callejeros de las grandes concentraciones políticas. Hay más *tablas* en el mitin, en los pasillos del Parlamento y en la misma espectacularidad del deporte y de la vida familiar, que en el teatro. Por esta razón el teatro se hunde. La poesía queda reducida a bordados.

¿Por qué no hay obras maestras de literatura áspere o no, realista o no, cruda o no? Porque la literatura es sede vacante. Todos los novelistas desempeñan gobiernos civiles, secretarías políticas, embajadas y otras suculentas funciones. El escritor desaparece cuando tiene manera de vivir sin escribir. Esto prueba que escribía por afán de martirizar al querido prójimo y que sigue martirizándolo desde una poltrona política. El escritor es un ciudadano tan benemérito que pierde horas de sueño escribiendo para dar sueño a los demás. Pero va desapareciendo mientras queda la literatura en los huesos y vence a la disquisición literaria la dialéctica marxista de los destinos, literaria también. Aquí no vive



Pinceladas

por M. MAUCCI

ETERNIDAD



N tu derredor la Vida cambia; el mundo sigue el curso de los siglos, y a veces la sangre mana por sus costados, convulsiones que son, quizá, el resultado de un materialismo y de una combatividad que en los hombres despierta el afán por las

conquistas terrenas.

Las nubes y los cielos recogen las proyecciones rojas de la tierra.

En estas oscilaciones grandes, tu alma sufre y participa del sentir universal; una angustia oprime tu pecho y un sudor frío recorre tus sienas. Es la angustia humana, que se refleja en los seres atenazándolos con su garra áspera y ruda.

No te engañes entonces, ¡oh, espíritu! «Aquello» es verdad; «aquello» es realmente veraz; son síntomas de descomposición.

No te engañes, porque si escudriñas en tu corazón, no tendrás un sentimiento de eternidad; todo pasa. «Aquello» no es la Vida. ¡Quizá tú también serás cogido en sus redes, como eres partícipe en el engranaje de eso que llaman civilización!

Sólo tu intimidad, sólo tu grandeza recogida del pasado, que se dispone al camino desconocido de un más allá, es lo Eterno. Recógelo, en profunda meditación; no es lo convulso; no es lo caótico; ni siquiera este sudor frío, de angustia humana.

Todo eso pasará, pasará contigo; pero Tú quedarás solo, aislado, triste y formidable como una rosa en un desierto.

ASPIRACIÓN

Mi alma olvida sus vagas tristezas, y es sólo anhelo para penetrar en el hondo arcano de las cosas.

Yo no quiero ser como la roca gris, solitaria e inmóvil al borde del camino; quiero ser manantial, fuente, agua que corre, río que canta, vida que fluye

clara, con precisión y fuerza, y lograr esa armonía, que es la resultante de los esfuerzos de las luchas, donde, confundidos con nuestras propias complejidades, vamos poco a poco conociéndonos, siendo más y más nosotros mismos. Quiero ser sereno, con una serenidad hecha de paz. Quiero ser todo anhelo, un anhelo que va agrandándose a medida que se desenvuelve, como el vuelo del cóndor, que parece hecho del deseo de llegar a la cima más alta del picacho para dilatar la Visión, en una grandeza de perspectivas y horizontes... que son un más allá... un más allá...

Y en lo alto, no me importa estar solo, como la roca al borde del camino...

Allá arriba, en la cumbre, elegiré mi senda, y bajaré al llano hollando con paso firme la arena del circo...

EL CAMINO

Sumérgete como un buzo en el mar, en las profundidades de tu yo; trata de ver y aquilatar todo lo que pasa en sus aguas espirituales. Sumérgete lentamente; así irás llenando tu mente de dulces visiones y de pensamientos que serán sabias palabras de paz y de buen vivir; allí aprenderás a conocerte, a sentirte y despertar este aliento divino y este suave embate para el camino de la Vida.

Allí de la oscuridad has de ver la fulgencia; no desesperes ni desalientes si todo es caos; si las tinieblas lo circundan como negra noche, espera; un alba, una resurrección de claridad quizá pronto o tarde la llenará y serás tú, siempre tú, el único, el glorificado; que llevará en su pecho el aliento para caminar por lo agreste, por lo resquebrajado que hiere y da dolor.

Sumérgete como un buzo en las profundidades de tu yo, pero no te asemejes luego a un Budha o a un asceta en contemplación; camina, entonces, camina; la perfección es lucha; no se adquiere por un milagro espiritual, mas sí por los choques que nos encontramos con la existencia, cuando el alma se encuentra a sí misma, purificada por las grandes alegrías, en las grandes tristezas.

como en Francia el literato propiamente dicho que se va a hacer redichos reportajes por el mundo, ni el escritor inglés a lo Wells, tan estudioso y concentrado; ni puede haber un Hauptmann como el de *Los tejedores*, ni un Ibsen. Aquí hay conceptistas pedantes como Zulueta que escriben igual que si propagaran arcángelicas esencias de pulverizador. Hay realistas que van a la Academia para pulverizar el idioma. Podemos

estudiar en la novela picaresca la España picaresca. Las obras de hoy, dentro de doscientos años, sólo serán notas oficiosas amplificadas. Y esto es vergonzoso tanto si se está en la Academia como fuera de ella.

Al iniciarse el año 1936, el pueblo sigue desconocido por los escritores, el marxismo sigue siendo amena literatura y tanto conceptistas como realistas viven en pleno delirio de mando o de persecución.



Los Sentimientos y el Talento

por F. FALASQUI

LA SUBLIME PRESIÓN

ALGUIEN que podía saberlo, Leonardo da Vinci, dijo que los sentimientos son el abono de la inteligencia y del saber. Hay una fuerza que activa esa peculiar inquietud del creador de belleza y de conocimiento, ese espíritu de empresa y de investigación que hostiga la existencia del talento desde sus balbuceos, incoherentes pero luminosos, hasta la floración esplendorosa de sus facultades. En todo artista y en todo sabio hay una inexplicable e intensa energía que alimenta el fuego sagrado de su vocación, que enerva su sensibilidad perceptiva, que organiza y estimula el trabajo de su mente, que afina y atempera el ingenio de su imaginación, que empuja el desarrollo de su fantasía elaboradora, que inspira la eutimia en la esencia y en la forma de sus obras, que perfila a lo lejos el ideal perfeccionado, que substancia el nexo social de la creación de su amor. Porque el arte y la ciencia son eso, amor. Y la matriz potencial de este amor de los amores son los sentimientos.

CREACIÓN Y RUTINA

La formación de esta potencia que medula y preside las facultades creadoras se substancia gota a gota del segregado milenar de la convivencia societaria. A mayor riqueza de sentimientos corresponde una mayor reserva de posibilidades creativas. Más grande es el hombre y más grande es su amor, afirma el mismo Leonardo. La condición indispensable del creador es sentir lo «humano» en su individualidad. El indiferente y el escéptico cuando salen de la norma caen en lo absurdo, tras la persecución de lo sobrehumano que sólo es lo extrahumano, lo *asocial*. El trabajo de los intelectos asociales son burbujas que se disuelven en lo efímero del tiempo. Las creaciones humanas de los talentos que suman en los sentimientos la potencia de la especie son fuerzas que actúan en lo infinito de la evolución. Por eso Homero transmite la vibración perenne de la virilidad de su pueblo; Dante será, por los siglos de los siglos, el esteta sublime del pensar hondo, intenso y bello que graba el ingenio toscano en la mente universal; Cervantes, genio del gracejo y del saber que deleita, inoculará lo español en lo humano en el ilimitado porvenir.

En el cultivo del espíritu, el hombre escasamente dotado del abono cerebral de los sentimientos está, por naturaleza, excluido de la ideación genuino creativa. La vida interior que no se ilumina del sentido humanista es la existencia vegetativa de los instintos en cuyo desierto sin amor no eclosiona el oasis vivificador de las maravillosas elaboraciones de la mente original, la que crea porque es adición magna de sentires infinitos. El indiferente nunca será otra cosa que una mente rutinaria, un frío practicante de las normas que no requieren más condiciones que la memoria y el hábito manual. Lo ético florece fuera de su círculo.

LA ADAPTACIÓN DESVIRTÚA LA NATURALEZA CONSCIENTE DEL TALENTO

La sociedad histórica impone al hombre una ineludible y denigrante adaptación. Esta ventosa coercitiva se adhiere con más ahinco en la persona del esteta y del investigador que en los demás individuos. No puede tener compradores el que no tiene nada que vender. Por eso abundan las vidas rectilíneas, en cuya entereza no hay mérito real.

El creador arde en la llama de la vocación, su energía total se concentra en el objeto de su vehemente deseo y su arte le atrae con una seducción obsesional e irresistible; la materia de su ensueño se convierte en el eje de su concepción de la vida: negarse al atemperamiento a las condiciones existentes significaría malograr su plenitud profesional, a tronchar verticalmente el curso de su realización creadora.

Es así que el artista y el sabio, bajo el peso de las reacciones ambientales, suelen desviarse de la senda natural de los sentimientos y devirtúan con su ser y con su obra los verdaderos intereses sociales de la humanidad. La esencia del saber está siempre en la conciencia y si ésta no evoluciona a consciencia es porque una educación coercitiva y artificiosa desplaza al intelecto de lo general para conducirlo por lo particular, concebido así su función como un separado específico del conjunto. Tal es como nace y obra la práctica y la teórica del arte por el arte, de la ciencia por la ciencia.

Mas, no obstante, como por su origen y por su substancia lo bello y lo docto son encarnaciones del amor societario, una parte de sus efectos siempre se traducen al beneficio colectivo.

EL ARTÍFICE AL SERVICIO DEL TIRANO Y DEL MITO

La autoridad es una fuerza artificiosa que todo lo hace girar en torno a su centro. De ahí que el fuego interior que se alimenta en el calor social, repulsa su propia función, incita al talento a negar su verdadera naturaleza humana y a convertirse en frío y servil instrumento del tirano y del mito. Esta inversión no se realiza blandamente, sin lucha. La más intensa congoja espiritual se agita, desde la noche de los tiempos, en el corazón de todos los artífices superiores. El déspota lo puede todo y el mito todo lo llena. Y el creador, que es atalaya del porvenir, tiene que subordinarse al pasado, porque debe adaptarse a su presente. Tal es la angustia histórica que empaña el destello radioso e inmortal del talento.

Ferduci despreciaba al déspota; mas si no le agasajara, no habría escrito su poema. «Las geórgicas» señalan con claridad meridiana el culto natural y el temple humano de Virgilio; pero, el poder protector de Mecenas y la omnipotencia universal de Augusto desorientaron la ruta de su potencia creadora. Dante nos cuenta *come sa di sale lo pane altrui*. El gran espíritu liberal de Leonardo se ve extorsionado a realizar la estatua ecuestre del tirano Sforza. La vida entera de Miguel Angel no es más que una tormentosa batalla entre el sentimiento y la necesidad. Galileo...

EL DESDOBLAMIENTO DE LA PERSONALIDAD EN EL ARTÍFICE

En nuestros días se ha ampliado considerablemente el margen de libertad y de posibilidad del albedrío creador. El peso despótico de la fuerza no cae tan ruda y directamente sobre el ingenio; pero las condiciones sociales son aún harto hoscas para la libre ideación. Todavía el sabio y el artista tienen que adaptarse y hasta venderse para realizar.

Y aun en el caso de que esto no gravite sobre el talento, el determinismo ambiental desvirtúa la dirección y el valor del hombre y de sus obras. Vivimos en un período de transición donde se gesta una nueva moral que repulsa los hábitos y las instituciones existentes. En esta pugna el individuo sufre un desdoblamiento de personalidad: su idiosincrasia instintiva y egoísta se adapta a lo convencional para satisfacer sus apetitos; su naturaleza consciente vive espiritualmente en un plano moral superior: las manifestaciones de esta ética repudia las groseras sollicitaciones del aparato animal. Los intereses materiales y todos los de naturaleza ergotista y a veces aun la psicología están contra los sentimientos y la autodeterminación.

Como puede, porque es un mercader de la literatura, Pirandello nos muestra el palpitante y grave conflicto suscitado entre lo que somos y lo que desearíamos ser. Esta lucha interior resulta sencillamente terrible en las personalidades creadoras. En esta honda tragedia espiritual, sólo puede surgir victorioso e incólume el sentimiento si la vocación central del intelecto trabaja sobre la materia moral, sobre el estudio de las relaciones sociales, porque halle en su misma creación la necesaria energía ética para vencer.

EL DRAMA INTERIOR DE TOLSTOI

La estupenda franqueza de Tolstoi nos permite acercarnos a su drama interior, que sin duda es una de las borrascas espirituales más intensa de la vida contemporánea. El joven Tolstoi intenta luchar contra el medio, pero es vencido y asimilado. El hombre maduro consigue libertarse intelectivamente del convencionalismo social (o antisocial), y recobra su albedrío, busca la verdad y la propaga cuando cree poseerla. Mas al mismo tiempo se entabla la lucha interior entre lo corporal y sus afectos y la orientación humana y rectilínea de sus sentimientos y de su espíritu, entre lo individual y vegetativo y lo social y filosófico. De resultas de este espantoso conflicto, el insigne artista estuvo al borde del suicidio. Vencieron, al fin, los sentimientos espirituales; el anciano abandona los afectos individuales y camina hacia lo infinito. ¿Buscaba la soledad para entregarse á Dios, como se dice? Es preciso recordar que el Dios tolstoiano no es una entidad abstracta que vive a se, más o menos separado del universal conflicto de las cosas humanas, sino que es el conjunto mismo de las cosas y de los seres integrándose en el espíritu. Así, pues, ir a Dios, según Tolstoi, significa ir hacia los hombres práctica y espiritualmente purificado de todos los males y privilegios que puedan obstruir la expansión de los sentimientos personales hacia el amor universal. Y así fué que el eximio cultor de los sentimientos abandonó las inmerecidas comodidades de una existencia privilegiada que repudiaba moralmente. Ese era el supremo anhelo de su vida. Quiso demostrar, de hecho, el verdadero camino de la liberación.

Después de una larga y ruda batalla, Tolstoi pudo libertarse a sí mismo y retornar a la vida de los sentimientos. ¡Qué pocos lo consiguen!

EL TALENTO FERROZ

Como todo el dolor del batallar contra las cosas, los seres y contra sí mismo trabaja la psicología del talento y hasta desquicia sus hábitos, la extravagancia pasa a ser la característica más relevante del ingenio. El desequilibrio de sus pasiones conforma un temperamento que a veces puede ser hostil y aun feroz para sus semejantes. De ahí que el criterio superficial concluya que la belleza y la sabiduría pueden consubstanciarse con el mal, ya que sus creadores demuestran tendencias a la inhumanidad.

La Estética y la Ciencia pueden utilizarse y también crearse para el mal, pero su naturaleza y su finalidad general tienen un propósito actuante: la utilidad social.

El sabio puede descubrir e inventar para la muerte, el artista resultar el glorificador del homicida; pero lo que preside sus obras son los sentimientos. El falso criterio social es lo que les determina a colaborar en la destrucción.

Nadie puede expresar ideas grandiosas y bellas sin sentir las verdaderamente. En el creador hay una naturaleza de fondo humano y superativo. Cuando su moral práctica está subvertida, su naturaleza crea la moral de su obra: aquélla es transitoria, ésta es permanente.

Con ferocidad sólo igualable a su talento, Benvenuto Cellini se bate a puñaladas por su arte. ¿Y qué? No veis, amigos, que el cielo, los montes y los valles de la Toscana, la gracia, el ingenio y las pasiones de los florentinos acumulan una fuerza incontenible en su receptiva artística y todo él vibra al son sensitivo de una música creadora que quiere y debe plasmar mágicamente en su orfebrería. Y los grajos de la rutina le chillan por doquier, la envidia de los rivales mediocres y la imbecilidad suprema de los insolventes pretenden obstruir su labor, falsear y obscurecer su arte magistral. Tenía consciencia de su propia grandeza. Y las menudencias y razones de Lilliput le salían al paso. Su defensa era el ataque, y atacaba iracundo. Su ira santa es un recuerdo que se esfuma. Su arte está ahí, siempre grande y siempre nuevo, viril y eterno como el amor. El mundo estético de la orfebrería benvenutiana es fuente perenne de inspiraciones poderosas y sublimes: es Cellini purificado, diamantino, que se da en el tiempo.

A veces el ataque es una necesidad defensiva hasta para el labrador de sublimidades. En el mismo ambiente florentino, Brunelleschi, el talentoso creador de la sin par cúpula de Santa María del Fiore, no supo atacar, y fué víctima del escarnio de sus adversarios y del pueblo que le consideraban loco. Hemos visto la mascarilla del genio contraída por la profunda mueca de un afioso dolor intenso y resignado en el marco de una sonrisa dulce y trágica. ¿Quién arrojará piedras sobre la chusma que nos robó vilmente, causando tamaña angustia en la persona del excelso artífice, limitando las enormes posibilidades de creación que pujaban en ese espíritu inmortal?

LAS CONTRADICCIONES DEL INGENIO

Es lógico hacernos esta pregunta: Si los sentimientos presiden la creación del talento, ¿por qué los ingenios y sus realizaciones no tienden de un modo más directo hacia la unidad de los intereses humanos? A esta uni-

dad sólo se puede concurrir cuando la libre obración sintética lo varío en lo general. La cristalización forzosa y artificiosa de lo varío por el localismo y la escolástica estatales es el gran disolvente de la unidad de sentimientos y de cooperación del género humano. En la historia se puede constatar que toda vez que la elaboración intelectual obra dentro de una atmósfera de cierta libertad, todas las mentales concepciones del espacio buscan, por esencia y fin, la unidad humana en el tiempo. Lo contrario sucede cuando el talento gravita dentro de la opresión autoritaria: cada país es un círculo cerrado que, vuelto a sus tradiciones, intenta, en vano, subyugar a lo universal bajo el *standard* de su única cultura. Como todas las culturas locales absolutistas tienden al mismo fin, del choque general sólo puede resultar lo azaroso, desequilibrado y contradictorio.

En nuestra época, la descomposición general de la vieja moral que conexionaba sobre la base de ciertos principios las actuaciones cerebrales, surge el fenómeno extraordinario de que la razón fundamenta las concepciones más contradictorias, humanas e inhumanas, lógicas y absurdas. El relativismo, absolutamente aplicado a machamartillo, se pregona como argumentación del punto de vista individual absoluto. En tal estado de cosas, la degeneración se reputa tan lógica y ética como la superación. Mas este infructuoso desconcierto de los criterios y las obraciones mentales evolucionará progresivamente hacia la unidad en la variedad, en la misma proporción que se vigorice la nueva ética que se gesta en los corazones que miran al porvenir.

Aunque las reacciones locales, porque se ven acosadas, recrudescen su concentración y su tendencia absorbente, ya se perfila con nítidos caracteres la orientación hacia la síntesis entre el pensamiento científico de Occidente y la metafísica filosófica de Oriente; la recíproca infiltración concluirá la consubstanciación de una conciencia universal, matriz y esencia de las creaciones creativas del devenir y del imperio del sentimiento sobre todas las manifestaciones del consorcio humano.

El consumo de papel de oficio en España

España es un gran país consumidor de papel de oficio, lo que quiere decir que es un país burocrático, de expedientes, de papeleos, de triquiñuelas, de trapatuestas legales. Se ha hablado del consumo de jabón como de un barómetro de la cultura de un país; el consumo de papel de oficio nos parece más elocuente.

He aquí los datos del papel de oficio que los tribunales ordinarios de justicia y de lo contencioso administrativo, así como los funcionarios auxiliares y los procuradores, consideran necesario para 1936:

Galicia, 1.463,260 pliegos; Vascongadas, 414,200; Andalucía, 4.804,250; Castilla la Vieja, 2.104,550; Castilla la Nueva, 3.333,000; Valencia, 1.571,025; Extre-

madura, 939,900; Cataluña, 1.676,500; Aragón, 662,000; Murcia, 245,750, y Asturias, 434,100.

El orden de las regiones por el gasto de papel de oficio es el siguiente: de menor a mayor, y teniendo en cuenta el número de provincias que integran cada una de ellas:

Vascongadas, Castilla la Vieja, Aragón, Murcia, Galicia, Cataluña, Asturias, Extremadura, Valencia, Andalucía y Castilla la Nueva. Es decir, que en Castilla la Nueva es donde se gasta más papel; pero es de advertir que en esa región está Madrid y en Madrid radica el Tribunal Supremo, donde se sustancian pleitos y diligencias sumariales procedentes de toda España.



MAPA DEL TRIGO
(Según «El Norte de Castilla»)

El trigo en España. Su producción actual y sus perspectivas para el porvenir

Por el

Ing. P. ALSINA

ESPAÑA ha sido en tiempos antiguos el «granero de Europa», pero la influencia de la centralización política, la expulsión de los árabes y de los judíos, las ilusiones que trajo el descubrimiento de América con sus cargamentos de oro y de plata, la dominación eclesiástica hicieron que poco a poco este país se convirtiese en un semidesierto, sin industria, sin agricultura, sin centros de estudio. Cayeron en ruinas las instalaciones de los árabes para el fomento de la producción agrícola, desaparecieron los lugares de producción industrial, famosos en toda Europa; se cerraron las universidades; se hizo guerra sistemática a la cultura; se denigró el trabajo manual; surgió la casta de los hidalgos y de los hijo-dalgos muertos de hambre, y aun estamos sufriendo las consecuencias de aquella decadencia. Parece como si estuviésemos aún fatigados de la lucha de siete siglos contra los árabes y sin fuerzas todavía para reemprender la marcha ascendente que es posible en España por todos los factores geográficos, climáticos y humanos favorables.

Si un día fué este país exportador de trigo, hoy está lejos de serlo, y si la producción se equilibra con el consumo es porque el consumo, a causa de la miseria, de la disminución del poder de compra de las grandes masas, se ha reducido considerablemente.

LA PRODUCCIÓN DE TRIGO

Se ha sembrado en el año 1935 una superficie de 552.753 kilómetros cuadrados, contra 432.900 en el año agrícola anterior. Se obtuvo un rendimiento de 37.471.000 quintales métricos, lo que nos da un término medio de 8,65 quintales por hectárea.

La zona triguera por excelencia la constituyen ambas Castillas y Aragón y Rioja. Pero se cultiva el trigo en toda la península, con mayor o menor rendimiento. Mientras en Ávila se tiene un promedio de 11,50 quin-

tales métricos por hectárea, de 10 a 10,50 en Palencia, Salamanca, Valladolid, Zamora, Toledo, Navarra y Vizcaya, en Canarias no se cosecha en promedio más de 4,50 quintales por hectárea; en Lugo, Pontevedra, Murcia el promedio es de 5 quintales. Andalucía da 7,85 quintales.

El panorama no es tentador, como hemos de ver al comparar esas cifras con las correspondientes a otros países.

LA PRODUCCIÓN TRIGUERA EN OTROS PAISES

Si en Francia en el primer decenio de este siglo se cultivaban 13.083.680 hectáreas de cereales y se obtenían 166.352.356 quintales métricos, en 1933, por ejemplo, no se cultivaban más que 10.619.060 hectáreas y se obtenía una cosecha de 176.094.500 quintales métricos. Lo que indica que el campesinado francés sabe utilizar mejor la tierra o tiene a su disposición mejor instrumental y más modernos conocimientos de agricultura que el campesino español.

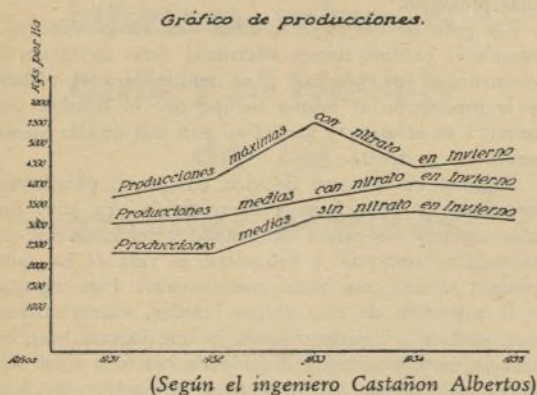
El rendimiento del suelo español es casi invariable, excepción hecha de años muy favorables por las lluvias oportunas, como el de 1906, el de 1915, el de 1923, el de 1925, y los últimos, de 1932 y 1934. Cuando se echa una ojeada a la producción triguera española en lo que va de siglo solamente, se advierte el estancamiento, la rutina, la ausencia de todo progreso en esa esfera importantísima de trabajo.

El promedio de la producción europea, a excepción de Rusia, es de unos 13 quintales métricos por hectárea. De 13 a 8,65, resulta una desventaja para el productor español de 4,35 quintales métricos por hectárea. En la cosecha de 1933 el promedio europeo fué de 15 quintales, casi el doble de la producción de España.

Pero es bueno detallar más esta cuestión.

El promedio de la producción triguera en Francia es de 15,50; el de la alemana de 23; el de la checoslovaca de 16 quintales.

Esas cifras nos dicen cuánto queda por hacer en España. Si los millones gastados en los últimos veinte años en Marruecos se hubiesen consagrado a mejorar los procedimientos agrícolas, a abonar las tierras, a instruir a los campesinos, a la adquisición de máquinas, a construir pantanos de riego, indudablemente la conquista habría sido muy diferente en efectividad y en beneficios sociales. El promedio de la producción



de trigo en Alemania nos hace ver que podemos muy bien aspirar a duplicar el rendimiento de la tierra en España. Es decir, si se cultivan 5.000.000 de hectáreas, al obtener en ellas doble producción se constata el mismo resultado que si se hubiese hecho en el exterior una conquista territorial equivalente.

Un ingeniero de la Confederación Hidrográfica del Duero, Guillermo Castañón Albertos, ha resumido sus experiencias sobre los efectos de la adición de nitrato en invierno para la producción del trigo, obteniendo cosechas en 1933 de 5.600 kilogramos por hectárea (120 fanegas), lo que redundaba en beneficio a pesar de los gastos de los abonos. (El Norte de Castilla, 19 noviembre 1935.)

Aun cuando se trata de una obra de fines del siglo pasado, basta ojear Campos, fábricas y talleres de Kropotkin, para adquirir una idea de lo que es posible en cuanto al rendimiento de la tierra por los abonos, la selección de semillas, los riegos, etc., y lo que falta en España para llegar a modernizarse un poco, aliviando el trabajo de los campesinos y haciendo más renditivo su esfuerzo.

LAS NECESIDADES DEL CONSUMO

Las necesidades de la siembra se calculan a razón de 150 kilogramos por hectárea, pues si en algunas zonas es menor, en otras excede esa cifra. Se requieren, pues, para una superficie de siembra como la de 1935 no menos de 6.000.000 quintales métricos. La cosecha fué de 37.471.000 quintales, lo que deja para el consumo 31.411.000. ¿Cuáles son las necesidades del consumo de trigo en España?

La Inspección central de intervención y abastecimiento calculaba en febrero de 1934 el consumo por habitante en 146 kilogramos al año, lo que, sobre una población de casi 25 millones de habitantes, da en cifras redondas 37.500.000 quintales métricos. El Anua-

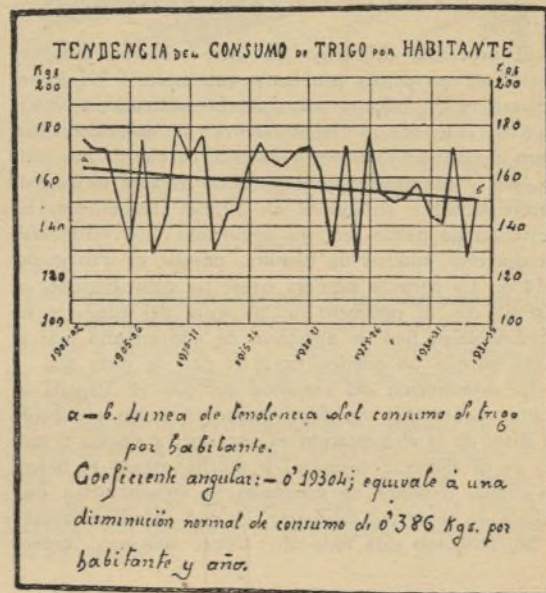
rio estadístico de Cereales 1935, que cifra el consumo por habitante en 150,7 kilogramos, se aproxima a esa cantidad. El Norte de Castilla nos da como necesidades del consumo 36.467.260 quintales métricos.

Sumando a esta última cifra lo necesario para la siembra, tenemos un total de 42.527.860 quintales métricos. Ahora bien, siendo la cosecha de 1935 de 37.471.000 quintales, resulta un déficit de 5.056.860 quintales.

Se asegura que ese déficit se puede cubrir con los excedentes de la cosecha de 1934.

Pero otro año malo implicaría forzosamente el recurso a la importación para suplir el déficit.

Un industrial panadero de Barcelona, Arturo Riera, en una conferencia en el Rotary Club estimaba el consumo de harina por habitante en España en 103,32



(Del «Anuario estadístico de cereales 1935»)

kilogramos, lo que equivale más o menos a 132 kilogramos de grano. Las cantidades, como se ve, no coinciden en toda la línea. Pero lo que está fuera de duda es que los españoles consumen cada vez menos pan, y no porque sustituyan ese alimento básico por otros, sino porque no pueden adquirirlo en el mercado. La línea descendente del consumo no varía por el simple hecho de los cambios de gobierno ni se nota en sentido favorable por el triunfo de las derechas sobre las izquierdas o de las izquierdas sobre las derechas.

INTERDEPENDENCIA DE LAS REGIONES

Sin referirnos a otro producto que el trigo, vemos ya la interdependencia de las regiones españolas. Mientras en Castilla la Vieja hay un excedente de trigo disponible de más de 5 millones de quintales, en Castilla la Nueva de más de 4 millones, en Aragón y

Rioja de más de 750.000 quintales, en Andalucía faltan más de 3 millones de quintales métricos, en el país vasco-navarro el déficit es de más de medio millón de quintales, en Cataluña de cerca de tres millones, en Levante ídem, en Galicia y Asturias faltan más de cuatro millones de quintales.

Lo que quiere decir que la autonomía de las regiones debe estar acompañada de la interdependencia en los asuntos económicos. O sea, que la autonomía no debe interpretarse como aislamiento, que sería nocivo en el aspecto económico y mortal desde el punto de vista moral e intelectual. Ya un hombre tan comprensivo como Eliseo Reclus había señalado la expresión histórico-geográfica del federalismo como algo substancial en España.

LO QUE HA DE HACER LA REVOLUCIÓN

El problema del trigo no tiene solución independiente de los demás problemas económicos. No lo resolverá el capitalismo más que favoreciendo a determinados estratos de especuladores, de intermediarios, pero agravando cada vez más la situación de los campesinos y disminuyendo el consumo a causa de precios artificiosamente sostenidos en alturas inaccesibles. La situación no puede ser más angustiosa: los verdaderos productores mueren de hambre, porque el trabajo del año no les permite siquiera pagar las contribuciones al Estado con el producto de la venta del trigo, y los consumidores han de apretarse de año en año más el cinto porque no pueden pagar el pan de cada día.

La disminución del consumo del pan en España es infinitamente más significativo que en países en donde el nivel de la alimentación es superior, y donde el pan no es el alimento principal y mucho menos el único. ¡Cuántos millones de españoles se considerarían hoy felices si tuviesen solamente el pan en abundancia!

Sin embargo está todo ahí: tierra suficiente, brazos

sobrantes, conocimientos técnicos para mejorar los cultivos.

La revolución hará lo que no puede hacer ya el capitalismo: convertirá los campos desolados en lugares habitables y hará del trabajo agrícola una combinación de trabajo manual y de dedicación técnica, intelectual, llevando la explotación mecánica al mayor grado posible para que el hombre gaste sus energías con más provecho.

Los pantanos de riego servirán simultáneamente para establecer grandes usinas eléctricas; éstas facilitarán la construcción de fábricas y se multiplicará el trabajo y la producción al mismo tiempo que el hombre disminuirá su esfuerzo y ganará su pan con mucho menos sudor de su frente.

Figuraos un régimen de vida en que el parasitismo económico y político haya desaparecido. Ya hoy, con sólo suprimir las cargas del Estado y las ganancias del capitalismo comercial y financiero, la vida de los campesinos sufriría una honda metamorfosis. Pero agregad a la supresión de esas cargas inútiles, improductivas, que agobian a los campesinos, lo que logrará hacer el trabajo inteligentemente dirigido de cuatro o cinco millones de obreros más dedicados a repoblar los bosques, a construir canales de riego, a transportar abonos de Chile o del Perú, a construir caminos y carreteras, a fabricar medios de transporte. España sería una colmena laboriosa y feliz, porque no habría obstáculos a la iniciativa fecunda y porque el trabajo sería fuente de vida y de prosperidad social, en lugar de ser, como hoy, una maldición y un calvario.

La revolución no podría descansar hasta duplicar el rendimiento de la tierra, y duplicar el rendimiento de la tierra, simultáneamente a una duplicación de los productos industriales, es tanto como abrir el camino a una población de diez o quince millones de habitantes más, donde hoy no pueden sostenerse 25 millones más que a costa de sufrimientos ingentes y de ruina fisiológica irreparable para millones de seres humanos.

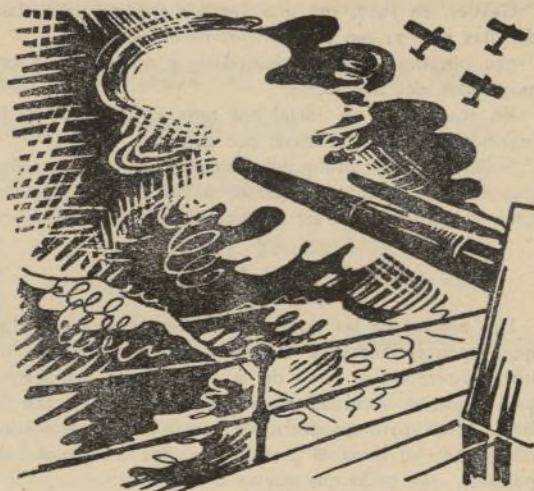
Municiones de artillería empleadas en guerras recientes

Años	Guerras	Naciones	Dólares
1859	italiana	Austria	15.326
1861-65	civil	Estados Unidos	5.000.000
1866	austroprusiana	Austria	96.472
		Prusia	36.119
1870-71	francoprusiana	Alemania	817.000
1904-05	rusojaponesa	Rusia	954.000
1912-13	balcánica	Bulgaria	900.000
1918	Gran Guerra	Francia e Inglaterra (en solo un mes)	12.710.000

Para el equipo de los cinco primeros millones de hombres por los Estados Unidos para su intervención en la Gran Guerra, se gastaron en armamento, equipo y provisiones de 12.000 a 13.000 millones de dólares. Esa cifra es la mitad de todos los presupuestos sancionados por el Congreso norteamericano desde los días de la independencia hasta la declaración de la guerra contra Alemania, incluyendo el costo de la guerra civil y todos los gastos del Gobierno en 140 años.

Dinero al agua

Noticias, apuntes, informes sobre el costo y el tonelaje de las grandes Marinas



Reina agitación en las esferas oficiales y en los centros de la gran industria española sobre la paralización de las construcciones navales. Y se argumenta que es una obra de caridad urgente el trabajo seguro para los obreros de nuestros astilleros. No se buscan otras motivaciones para que el Gobierno haga encargos de nuevas unidades de guerra a los talleres nacionales. Sí, también se habla de proteger con eso la industria nacional. Y para los efectos consiguientes, sobran esos dos refranes: *el pan de los obreros que quedarán sin trabajo y los intereses de la industria nacional*. Habrá dinero, se construirán más barcos de guerra, se defenderán nuestras costas, se echarán millones y más millones al agua. Ya en la *Gaceta* del 2 de enero leemos un decreto facultando al ministro de Marina para presentar a la Diputación de las Cortes un pedido de autorización para construir dos destroyers tipo «Antequera», dos cañoneros de 1,500 toneladas, cuatro barcasas de 200, dos de 400 y tres remolcadores. Si los acontecimientos políticos han interrumpido esas gestiones, eso no quiere decir que en los sucesivos no habrá nada que esperar. Podrá faltar dinero en las arcas del Estado para atender a la desocupación, para dar empleo a 12,000 maestros sin ocupación, mientras pasa de un millón la cifra de los niños sin escuela; podrá faltar dinero para hospitales, para obras de riego, etc., pero no faltará nada al ejército, ni a la marina, ni a las instituciones policiales. Se continuará echando a espaldas el dinero al agua. ¿Qué importa que un pueblo entero sucumba en la miseria y en las privaciones siempre que los dividendos de las grandes empresas financieras y metalúrgicas ofrezcan beneficios contantes y sonantes a los interesados?

...

El presupuesto italiano para 1936 prevé 1.544.000.000 liras para el Ministerio de Marina, sin contar los créditos extraordinarios ni los gastos de la guerra en Africa, que se computarán aparte. La *Gazetta Ufficiale* publicaba el 23 de septiembre de 1935 un decreto sobre trabajos y necesidades extraordinarias en las colonias, señalando presupuestos extraordinarios y dedicando a la marina 150.000.000 de liras para concluir el año 1935.

Italia ha resuelto construir dos grandes acorazados de 35.000 toneladas, con una serie de innovaciones que han dado base suficiente para estimular una fiebre mundial de nuevos armamentos navales.

...

La marina japonesa tenía para 1934-35 un presupuesto de 402 millones de yens; para 1936-37 esa cantidad se elevó ya a 712 millones. La mitad aproximadamente de los gastos del presupuesto del Japón se destina a fines militares.

El programa de construcciones comprende noventa navíos de guerra con un total de 221,000 toneladas. De ellos, 28 navíos, con 56,000 toneladas, están terminados; 40 se hallan en construcción y 17 han sido ya lanzados. Los 25 restantes comenzarán a ser construídos en 1936.

...

Alemania ha duplicado en siete meses su marina de guerra, que cuenta ya con 168 unidades construídas y en construcción, según la *Marineverordnungsblatt*, órgano oficial. La marina fué una preocupación permanente de la Alemania de la post-guerra.

Aunque quedó reducida a muy poca cosa, el aparato de su reconstrucción fué celosamente sostenido incluso por los socialdemócratas, que votaron la construcción del primero de los llamados «acorazados de bolsillo», una de sus mil abdicaciones.

Cuando en la vida pública, por efecto de la efervescencia popular, había retrocedido la vieja Alemania imperial, encontró su refugio en la marina y en la Reichswehr.

En 1918 el presupuesto de la marina era de 79,4 millones de marcos; en 1924 era ya de 104,26 millones; en 1927 la cifra era de 223,39 millones; y los gastos actuales son ya los de una gran potencia.

Guillermo II necesitaba para su flota en 1914: 3,160 oficiales, 10,000 suboficiales y marinos y 3,224 empleados del ministerio, teniendo una armada de 1.138,000 toneladas, de ellas 746,000 en servicio.

Gessler, en 1927, con una flota de 154,000 toneladas, de ellas sólo 71,000 en servicio, necesitaba:

940 oficiales, 14,000 suboficiales y marinos y 3,526 empleados del ministerio.

En 1913 había un oficial por cada 22 personas de la marina; en 1927 un oficial por cada 15.

Sólo bastó el triunfo del hitlerismo para desarrollar ininterrumpidamente el aparato naval alemán, que llegará en pocos años a ser un formidable poder ofensivo.

Los precios de las nuevas unidades navales son algo que espanta. Antes de la guerra se calculaba en 108 libras esterlinas el costo de la tonelada de los destroyers ingleses. Actualmente se pagan a 210 y 215 libras. Si en 1910 un destroyer costaba en total 50,000 libras, hoy se eleva el precio a 293,872 (14.000,000 de pesetas), que es lo que cuesta el «Grafton».

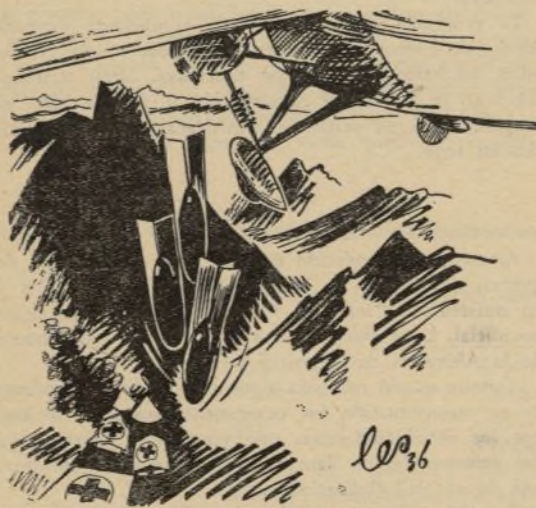
Francia, sirviéndose del pretexto de Alemania y de Italia, ha comenzado la construcción de dos acoraza-

dos de 35,000 toneladas. Y en consecuencia no quedará atrás Inglaterra y continuará la competencia.

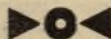
Los técnicos aseguran que por el tratado de armamentos navales de Washington, que puso algunas limitaciones, los países signatarios se ahorraron hasta su término en enero del año en curso no menos de 1,500 millones de libras esterlinas, es decir unos 54.000,000,000 de pesetas. Eso sólo a tres países: Estados Unidos, Inglaterra y el Japón, y otros tantos, probablemente, al resto del mundo. Fracasada la Conferencia de Londres de diciembre de 1935, hay que disponerse, sin duda, a ver caer estérilmente al agua sumas astronómicas.

Francia cuenta con unas 77,000 toneladas de submarinos, Inglaterra con 50,000 aproximadamente, Estados Unidos con 58,000, Japón con 79,000 e Italia con 46,000 toneladas.

«Los caballeros del aire»



Se ha escrito mucho y muchos films se han rodado en honor a los «héroes del aire»; el bombardeo de la Ambulancia Sueca demuestra, sobriamente, la trágica verdad de que el verdadero honor y dignidad humana se deja a la puerta de los cuarteles y de las Academias que enseñan a asesinar con ventaja.



84 TIEMPOS
NUEVOS

«La guerra hace mayor número de hombres malos de los que barre.»

Antístenes

«Toda guerra europea es una guerra civil.»

Voltaire

«No hubo nunca una buena guerra ni una mala paz.»

Benjamín Franklin a J. Quincy, 1773

«La sangre sólo sirve para lavar las manos de la ambición.»

Lord Byron

«Nada, exceptuada una batalla perdida, puede ser siquiera a medias tan triste como una batalla ganada.»

Wellington, 1815

«La guerra es la libertad de ciertos bárbaros, por eso no es ningún milagro que la quieran.»

Hebbel (Tagebücher)

«Todo patriotismo se apoya en la guerra; por eso no soy patriota.»

Jules Renard

«Soy un enamorado de la libertad y de la paz, y nunca me daré a partido. Busco la verdad, y no la he encontrado hasta ahora. Engancharme con unos o con otros sería, a mis años, una falta de decoro.»

Erasmus de Rotterdam

Situación revolucionaria actual a causa de la crisis del capitalismo, y misión de los anarquistas en la reconstrucción social

Encuesta del grupo «Los Iconoclastas», de Steubenville (Ohio)

RESPONDE ATENEOFILO (Lima, Perú)

I



MUY a pesar de que estadistas y financieristas aseguran que la crisis del capitalismo ha pasado, y que el Estado, en su vida hacendaria, y el capitalismo, en sus relaciones de crédito y comercio, van mejorando con tendencia a equilibrar el bienestar general, la verdad es que, los que tenemos que reventar al pie del trabajo para ganarnos un ínfimo salario, no vemos esa mejoría por ninguna parte, ni mucho menos vislumbramos ese bienestar general de que nos hablan capitalistas y gobernantes.

Cierto que algunos Estados — como el Perú — en estos últimos años han podido equilibrar su presupuesto y arrojar un superávit. Pero, ¿caso esta aparente solvencia del Estado se traduce en un beneficio para todos los ciudadanos? De ninguna manera. Porque esa inflación de los presupuestos nacionales que hacen ver una época de bonanza, se funda en la rebaja de sueldos de los pequeños burócratas del Estado, en la supresión de puestos de menores sueldos, en la recarga de algunos impuestos y creación de otros y, hasta podemos creer, en una mejor recaudación de los dineros fiscales, tapando algunas grietas por donde se deslizaban cantidades de soles, aparte de las mayores entradas por un mayor movimiento en las importaciones y exportaciones comerciales. Es decir, el Estado tiene ojos para ver los insignificantes robos de sus modestos servidores, como tiene manos para borrar de sus gastos mezquinos sueldos, arrojando a la calle a indefensos y pobres empleados; pero se muestra ciego ante los grandes magnates, ante las combinaciones fraudulentas y los vergonzosos latrocinios de los pudientes y de los que tienen la *sartén por el mango*.

No cabe duda que el capitalismo, dentro de su crisis, se esfuerza por tener confianza en sí mismo e inspirar confianza en los demás. Y contando con las facilidades que le reporta el perfeccionamiento de las máquinas y el avance de la ciencia y el tecnicismo aplicados al trabajo humano, hace producir lo suficiente para conservar los precios convenientes a su mayor ganancia.

Mas nada de esto resuelve el problema de la miseria, ni siquiera suprime la desocupación, que no es un fenómeno social que va extinguiéndose paulatinamente, como dicen ciertos sociólogos bienhallados, sino un mal endémico del régimen capitalista, que se agudiza según las desastrosas convulsiones económicas y políticas del mismo régimen.

Por otra parte, de nada han servido los impuestos creados para evitar la desocupación. Por el contrario,

el mal se agrava porque las Juntas Pro Desocupados no cuentan con el dinero suficiente para terminar unos trabajos y emprender otros; o porque, muchas veces, los fondos no llegan a tiempo o no los hay. Además, todos los trabajos fomentados por el Estado son temporales, eventuales, duran un corto tiempo, y, después, todos los cientos de obreros ocupados en dichos trabajos vuelven a encontrarse con los brazos cruzados y sin pan. Y esto no es resolver el problema de la desocupación, cuyo mal sigue latente como un cáncer de la sociedad presente.

Hay quienes gozan del privilegio — ¡triste privilegio en la sociedad capitalista! — de tener donde ocupar sus brazos, ganan salarios o sueldos tan reducidos, que se aceptan sólo para no seguir aumentando privaciones y angustias y no caer de golpe en el abismo de la inanición: salarios o sueldos reducidos repetidas veces por el capitalismo, a manera de sangrías en la gente de trabajo, como uno de los medios a que ha recurrido el capitalismo para capear el temporal de su crisis, y que ha dado por resultado que, mientras el costo de la vida ha aumentado en un 50 ó 60 por ciento, los salarios han bajado en un 40 y 50 por ciento, imposibilitando así que las clases que viven de un salario, puedan satisfacer siquiera sus necesidades más primordiales, mientras en los almacenes y en los mercados abundan los productos del vestido y la alimentación, permitiéndose muchas veces que los frutos se pudran, sin que hayan podido calmar el hambre de muchos necesitados. Esto que decimos no es literatura barata y sensiblera, sino realidad palpable, demostrable, que sólo los cegados por los intereses creados o por una crasa ignorancia pueden negar.

Ahora bien: si el Estado no es capaz de suprimir la desocupación, porque ésta es un mal endémico, hemos dicho, tampoco puede suprimir el malestar que agobia a las clases sin bienes ni fortuna. Mientras tanto, la miseria aumenta con su secuela de degeneración física de los necesitados, de abyección moral de los pueblos, que ha hecho perder, en muchos, la fe y el valor para proseguir en las generosas luchas de rehabilitación social.

Como consecuencia de la crisis del capitalismo ha venido el marasmo, el pauperismo de los trabajadores, con la consiguiente relajación espiritual. El mejor termómetro social que marca el alto grado de temperatura de esta dolorosa situación, lo tenemos en el aumento progresivo de la tuberculosis, la sífilis, el raquitismo infantil, la prostitución y otras tantas plagas que tanto

alarman a gobernantes y médicos, a higienistas y a *filántropos*, quienes, asustados de su propia obra, se preocupan de crear ligas antituberculosas, de hacer campañas antivenéreas y de higiene, de instalar dispensarios y sífilicomios y de construir grandes hospitales, a manera de suntuosos palacios, para asilar en ellos a los miles de tuberculosos, hijos de la miseria, que deambulan por las ciudades esparciendo su contagio: es así como se piensa suprimir el mal venéreo, consecuencia de la prostitución hecha profesión pública y legal por el Estado, y de la cual recibe buenas entradas; es así como se quiere acabar con la terrible peste blanca que, como una *flor* de fatigas, de hambre y angustias, produce el *hermoso jardín* de la burguesía.

Es decir: las clases poseedoras y dirigentes miran las llagas del malestar social con repugnancia, tal vez con algo de conmiseración para sus víctimas que sufren pobreza y enfermedades muchas; pero no son capaces de desentrañar ese malestar y encararlo de frente, y, como el diestro cirujano, cortarlo de raíz. No. Tanto el Estado como el capitalismo sólo saben aplicar inútiles cataplasmas que no curan nada y que ponen de manifiesto su impotencia para conjurar el malestar social.

Hacen falta la gran operación y el eficaz remedio. El pueblo mismo, animado de un ideal emancipador, será el inteligente cirujano; y la revolución será el mejor remedio: esa revolución que, suprimiendo el hartzago y holgazanería de los menos y la pobreza y esclavitud de los que trabajan, ponga a disposición de todos, la casa saneada con el confort necesario, la comida abundante y nutritiva, el trabajo saludable y útil, adecuado a las fuerzas humanas, rigiendo como ley natural la solidaridad, el apoyo mutuo entre asociados con los mismos derechos y deberes.

• • •

Hay otro aspecto de esta crisis. El Estado, con el propósito de proteger a las industrias, a la agricultura y otras fuentes de producción nacionales, a fin de que en ellas tengan trabajo los obreros del país, grava con subidos impuestos aduaneros y otras gabelas adicionales, los productos extranjeros similares a los que se producen o fabrican en el país. ¿Qué se consigue con esto? Que los productos nacionales, evitada la libre concurrencia en el mercado y sin competencia por parte de los productos extranjeros, suben de precio, a tal punto que encarecen la vida, generalmente los artículos indispensables a la subsistencia. Y es inútil que los Gobiernos y los Municipios nombren Juntas que controlen la producción alimenticia, como son el trigo, el arroz, azúcar, pan, etc., a fin de que no falte a los consumidores y no suba el precio señalado oficialmente, porque, a lo mejor, tales Juntas, coaccionadas por el poderío de los grandes capitalistas y negociantes, dejan que los productos suban de precio cuando así conviene al interés personal de los negociantes o a los fines especulativos de las voraces Empresas explotadoras, u obedeciendo a las leyes económicas y financieras que fija la balanza comercial internacional, o a las combinaciones bancarias y los juegos de bolsa. Y ocurre entonces que el Estado se encuentra en un callejón sin salida: toda su prepotencia y todo su apoyo al capitalismo, a quien defiende siempre, resultan nulos cuan-

do se trata de dar pan abundante, bueno y barato a todos los menesterosos. Porque el Estado, llámese libre-cambista o proteccionista, totalitario, nacionalista, como el fascismo de Italia, o bolchevista marxista como la Rusia impropriadamente llamada soviética, no puede burlar aquellas leyes que, como flujo y reflujo del comercio interno e internacional, fijan las altas y las bajas del cambio monetario y de consiguiente el precio de los productos, llegándose actualmente a regular a tal extremo la producción, que hay convenciones capitalistas internacionales que señalan a cada país la cantidad que debe producir en algunos productos como el azúcar, el algodón, etc., con el propósito, desde luego, de no abarrotar el mercado mundial y verse obligadas a bajar los precios. ¿Acaso no sabemos que los dueños del café en el Brasil, de acuerdo con el Gobierno, arrojaron al mar miles de toneladas de café, y en Estados Unidos, los reyes algodonereros hicieron quemar miles de hectáreas de esa planta, a fin de mantener el alto precio de dichos productos? Además, está tan ligada, tan entrelazada la vida comercial, financiera y económica del capitalismo, que el Estado sólo sirve a los fines de los explotadores, a veces en comandita, a veces como apañador o mero asesor y contralor burlado por los poderosos del dinero, pero siempre como guardián dispuesto, a todo trance, a defender el *orden social* de los satisfechos. Mientras las clases jornaleras, como juguetes del sube y baja de la balanza comercial, no pueden nunca mejorar su condición de pobreza y desamparo moral: mucho menos conseguirán su emancipación económico-social dentro del círculo de hierro que les han forjado el Estado y el capital.

Resulta, entonces, que la prosperidad económica del Estado, como el florecimiento de las industrias y la agricultura y demás fuentes de producción: todo ese maravilloso engranaje internacional del capitalismo, cuyo reajuste — dicen algunos — va salvando su agobiante crisis, se fundan, precisamente, en el trabajo, mejor dicho: es el esfuerzo, es la energía y la inteligencia, es el trabajo manual e intelectual de los obreros, quienes sólo perciben por ese trabajo colosal e incesante una ínfima retribución y un trato doloso e inhumano, que les mantienen en la oprobiosa condición de esclavos.

Toda esa riqueza acumulada por el Estado y el capitalismo es el resultado de las succiones económicas inferidas a los trabajadores, cuya miseria trae como corolario la tuberculosis, la sífilis, la prostitución, el raquitismo infantil y otras enfermedades que tanto alarman a los privilegiados y que roen la actual civilización, y lo que es peor aún, trae el conformismo servil, el achatamiento de la inteligencia, pues estómagos con hambre perenne no pueden dar vigor al cerebro y hacer que éste piense y vislumbre un punto de salvación social.

RESPONDE JEAN GRAVE (Robinson, Seine)

El amigo Gille me comunica el título de vuestra encuesta, rogándome que os conteste.

Os confieso que me encuentro muy embarazado.

«¿La misión de los anarquistas en la reconstrucción social?» Esto me será fácil, porque desde hace mucho

tiempo, en mis folletos, trato (en vano) de llamar la atención de los anarquistas sobre esta cuestión.

En cuanto a la crisis económica, se han escrito abundantes tonterías desde que existe, sin que nadie haya comprendido nada.

Esta crisis es el resultado de la organización económica capitalista, cuya imbecilidad demuestra con el hecho de que el sobrante de la producción engendre la miseria, en lugar de poner a los productores en condiciones de consumir mejor y aumentar su comodidad con la abundancia de los productos.

Los propios capitalistas son impotentes para atenuarla y ni siquiera pueden prevenir su retroceso. El único remedio consiste en destruir el régimen actual, y organizar una sociedad en donde los individuos podrían asociarse con arreglo a sus gustos, a sus necesidades y a sus afinidades, para producir y cambiar entre ellos el sobrante de su producción sin molestarse en hallar un valor de cambio, de salario, ni de moneda.

Precisamente a esto es a lo que los capitalistas no se decidirán nunca.

En cuanto a los anarquistas, he aquí su error:

Hasta ahora, la mayoría (si no todos) creyeron que no había más que gritar: «¡Revolución! ¡Revolución!...» para que ésta fuese un hecho, y para que, por encanto, surgiera la sociedad de nuestros sueños, sin haberse preocupado de lo que esta sociedad sería y sin haber preparado sus cimientos. Y este razonamiento es falso.

De lo que urge preocuparse no es de la revolución, ya que ésta es inevitable por la intransigencia de los capitalistas, sino de estar en condiciones de poder llenar el vacío que pueda producir entre la sociedad presente y la venidera, para que, como ha dicho Kropotkin: «no haya interrupción de la producción ni del consumo; de no ser así, nos acarrearía un aumento de miseria y predispondría al pueblo en contra nuestra».

Todo lo que puede hacer la revolución, es barrer los obstáculos que interpone la sociedad actual contra la instauración de una sociedad mejor: despejar el terreno para plantar los jalones de una sociedad más justa.

De producirse en las condiciones actuales, constituiría una gran derrota que nos retrasaría en medio siglo, aunque triunfase en el hecho violento.

No se establece una sociedad nueva con vagas teorías y mucho menos con vagas aspiraciones. Y por el momento, eso es lo que los anarquistas de todos los países pueden aportar a la revolución.

Cada vez que quisimos discutir sobre «lo que debería ser la sociedad futura», se nos acusaba de antirrevolucionarismo — crimen enorme —, replicándonos que lo que importaba «no era la sociedad del año 2000, sino preparar la revolución y hacer revolucionarios».

Vino la guerra que creó una situación revolucionaria que nadie comprendió. Después de la guerra, los obreros italianos se apoderaron de las fábricas que hubieron de abandonar poco después por no saber qué hacer de ellas.

En Alemania y en Hungría, la revolución triunfó militarmente, pero los revolucionarios tampoco supieron aprovechar su victoria; después de algún tiempo hubieron de dejar a la organización capitalista reconstituirse y ceder la plaza a la reacción.

Igual ocurrió en Rusia. Más afortunados los marxistas-bolcheviques vencedores, supieron instalarse en el Poder; pero, incapaces de realizar plenamente su programa marxista, hubieron de permitir que ciertos capitalistas continuaran ejerciendo su comercio en el régimen sedicente socialista. «Por no haber podido encontrar los hombres necesarios», explica Rykoff en uno de los congresos del Partido.

Nosotros, los anarquistas, no debemos crear «los hombres necesarios», pero sí las formas de asociación capaces de reemplazar los estamentos económicos burgueses que habremos de destruir al iniciar la revolución.

Adversarios de la autoridad, entendemos que no es desde arriba, por la voluntad de unos cuantos, que deberá organizarse la sociedad en gestación, sino en el seno de la masa, por los propios individuos que se organizarán para los fines convenidos, y según las formas más adecuadas, siempre cambiables, si en el curso de la experimentación dichas formas no responden a lo que se proponían, y que les permitan continuar produciendo sin interrupción.

De esta clase de asociaciones, que deben crearse desde hoy, al hacer la propaganda, existe ya alguna: las cooperativas que ya tienen un personal numeroso, en el seno del cual sólo falta hacer una propaganda activa, a fin de hacerles entrever la nueva finalidad.

Otras formas de agrupación siguen aún en proyecto, y podrían realizarse si los anarquistas quisieran ir a su realización, pasando de la teoría a la práctica.

Estas agrupaciones, ¡cuántas veces las he descrito!, no solamente pueden ayudar a construir la sociedad soñada, sino también ser útiles a sus adherentes en la sociedad actual.

Hubo, en principio, el proyecto de crear talleres colectivos adonde los adherentes hubiesen ido a elaborar objetos de su agrado.

Hubo también las «colonias agrícolas» que en su época causaron furor en los medios anarquistas, pudiendo igualmente, bien comprendidas, librar a sus componentes en la actual sociedad, de algunas de sus imposiciones.

Asimismo, se propuso la creación de entente entre los camaradas de diversas regiones, para informarse mutuamente dónde podrían procurarse los mejores productos y a mejor precio.

Sin contar otras que eludo, pero que pueden sugerir otros camaradas.

RESPONDE PAUL GILLE (Bruselas)

Querido amigo: Encontrándome bastante delicado y mi compañera muy enferma, no puedo responder conformemente a vuestra encuesta.

¿Qué puedo yo decir sino es para recordar, una vez más, la necesidad de la expropiación eliminadora del capital — que no tendrá, por consecuencia, a pesar de todos los sofismas, ninguna semejanza con el robo, siendo la única puerta de salida del estorbo capitalista —, y que, por otra parte, el terrorismo por principio, procedimiento dictatorial, autoritario y jacobino, no tiene nada de común con el ejercicio de un derecho a la legítima defensa, ni conduce a ninguna solución de la verdadera salud social y libertad humana?

Morbilidad y mortalidad maternales

Factores sociales



Amparo Poch y Gascón

ADEMÁS de las causas médicas que determinan primitiva o secundariamente la mortalidad maternal, existen otros factores que influyen claramente las cifras de la morbilidad y la mortalidad de las madres. Se trata de los *factores sociales*. Ellos preparan las condiciones en que ha de evolucionar la maternidad y permiten o impiden, según su calidad, la actuación de los factores de orden médico. Expondremos los más importantes:

Raza La *mortalidad maternal* varía de una raza a otra. Woodbury afirma que ello es debido a un conjunto de estados fisiológicos y anatómicos, así como a las condiciones de educación y de higiene; todo variable según las razas. Más adelante damos un cuadro detallado de este aspecto; pero podemos adelantar que la mortalidad maternal es mayor entre los húngaros, los ingleses, y sobre todo los negros; mientras tiene cifras más reducidas entre los americanos, los canadiense, alemanes, etc.

Medio urbano o rural En regla general y mientras se obtengan conclusiones de las estadísticas, la mortalidad maternal es mayor en las ciudades que en los campos.

Según las estadísticas reunidas por los Estados Unidos en 1921, la mortalidad maternal en el medio rural es de 5,9 por mil nacimientos de niños vivos, de los que 2,1 representa la mortalidad por infección puerperal y 3,8 la mortalidad por las demás causas; mientras que en las ciudades, la cifra de mortalidad alcanza 7,7 por mil nacimientos de niños vivos, de las que 3,3 son por infección puerperal y 4,4 por diversas causas.

Estas conclusiones, sin embargo, solamente son ciertas para los países cuya población está constantemente transformándose a consecuencia de las inmigraciones y donde la asistencia urbana está medianamente organizada; en estos medios, todas las enfermedades se extienden con suma facilidad.

Pero cuando la asistencia urbana se organiza bien, y el nivel intelectual e higiénico de la colectividad es más elevado, la mortalidad maternal rural se eleva notablemente con relación a la urbana. Al final va un cuadro demostrativo.

Situación económica La mortalidad maternal es tanto más elevada cuanto menores son los ingresos de la familia. Woodbury deduce de sus estadísticas que la mortalidad maternal es de 5,3 o/oo cuando los ingresos del padre son inferiores a 850 dólares; mientras no sobrepasa la cifra de 3,3 o/oo cuando los ingresos son superiores a la cifra anterior. ¡Qué amargas reflexiones sugieren estas cifras! No es bastante el tributo de la fuerza, del brío, del ingenio... ¡El sistema capitalista exige también el tributo de la más preciada vida maternal! En Francia, las cifras obtenidas son:

Ricos	8,2	%	nacidos vivos
Acomodados . . .	7,00	%	»
Pobres.	8,8	%	»
Muy pobres . . .	9,8	%	»

La multiparidad La mortalidad maternal es tanto mayor cuanto mayor es el número de embarazos que la mujer ha experimentado. Esto puede explicarse por las sobrecargas repetidas que las sucesivas gestaciones representan, la debilitación del organismo y la influencia nociva que, repetidamente, han ejercido los diversos factores sociales en los anteriores embarazos.

También es grande la mortalidad maternal en los embarazos gemelares por el mayor número de intervenciones obstétricas que es preciso realizar y la mayor sobrecarga que para el organismo femenino representa la gestación gemelar. En los embarazos dobles, la frecuencia de intervenciones viene a ser doble, también, que en los simples; y además las intervenciones practicadas en esos casos dan una mortalidad más elevada que las realizadas en embarazadas con un solo feto.

La mortalidad maternal, viene a ser de 34,5 % en los embarazos gemelares; y de 16 % en los únicos, lo que representa más del doble (estadísticas noruegas).

Orden de los nacimientos A igualdad de las demás condiciones, la maternidad maternal es tanto mayor cuanto mayor ha sido el número de embarazos anteriores. Según estadísticas de Baltimore, en las grandes múltiparas, la mortalidad maternal alcanza durante el primer trimestre la cifra de 8,2 o/oo y es mucho menos en las que han tenido menos de ocho partos. Sin embargo, la mortalidad en las primíparas alcanza la cifra de 6,2 o/oo, debido a la falta de experiencia y cuidados higiénicos y a las malformaciones y obstáculos que aparecen en el primer parto. La cifra menor de mortalidad maternal se observa en el tercer embarazo, con 1,9 o/oo y su razón es la madurez de la mujer para esta época así como la experiencia que ha adquirido por el hecho de su maternidad.

Edad de la madre Este factor influye en el sentido de que la cifra de mortalidad maternal es mayor en las mujeres por debajo de veinte y por encima de cuarenta y cinco años.

No quisiera hablar de la influencia de la habitación, de la alimentación y del estado civil de la madre sobre la mortalidad de las mismas. Al tratar de los dos primeros, se haría patente una vez más la dura consecuencia de las injusticias sociales, de la irritante desigualdad que hasta en la función social de la maternidad deja su huella. Y del estado civil ¿qué diremos, sino que nos avergüenza que todavía sea una razón que trueque en gloria sin límites o en vergüenza sin fondo el hecho maternal? ¡Pobres puras conciencias, pobres almas sin manchas, las defensoras ciegas de la regla moral, estricta, severa e inhumana! Habría que gritarles con voz de corazón: ¡Dejad que las mujeres amen; dejad que tengan sus amantes elegidos, que se fundan y pierdan en los brazos y en la vida del amado, y que puedan levantar como el más humano y sencillo de los trofeos, el hijo bienvenido, el hijo de su amor... el niño que tanta falta hace en toda vida de mujer...!

MORTALIDAD MATERNAL EN DIVERSOS ESTADOS (1920)

ESTADOS	Mortalidad maternal por 1.000 nacidos vivos		
	Todos los factores puerperales	Septicemia puerpera	Otras causas puerperales
Estados Unidos.	7,99	2,67	5,32
Chile	7,48	2,09	5,39
Francia.	6,64	3,30	3,34
Nueva Zelanda.	6,48	2,24	4,24
Escocia.	6,15	1,77	4,38
Bélgica	6,09	2,62	3,47
Irlanda	5,53	1,66	3,87
Alemania	5,15	2,86	2,29
Austria	5,01	1,83	3,17
España	5,01	3,10	1,91
Inglaterra y País de Gales	4,33	1,81	2,52
Unión Sudafricana	4,10	1,93	2,16
Italia.	3,67	1,41	2,26
Finlandia	3,60	—	—
Japón	3,53	1,33	2,20
Uruguay	3,38	2,06	1,32
Noruega	2,97	0,82	2,15
Suecia.	2,58	1,26	1,31
Holanda.	2,42	0,84	1,57
Dinamarca	2,35	1,34	1,01

MORTALIDAD MATERNAL SEGÚN EL MEDIO URBANO O RURAL

Número de habitantes	Mortalidad por factores puerperales (Por 1.000 nacidos vivos)		
	Conjunto de causas	Septicemia puerperal	Los demás factores reunidos
10,000 a 25,000 . . .	8,3	3,4	4,9
25,000 a 50,000 . . .	8,1	3,6	4,5
50,000 a 100,000 . .	7,9	3,3	4,7
100,000.	7,5	3,2	4,2

Mortalidad infantil en Cataluña

Calculan los médicos en 17,200 niños los que mueren por año en Cataluña y a quienes una atención debida en su alimentación y cuidados podría salvar.

Entre 1919 y 1926 murieron en la región 2,226 niños que no habían pasado de las 24 horas. Entre 1920 y 1929 fallecieron anualmente 5,200 niños que tenían más de un día y menos de un año. Y entre 1915 y 1926 murieron anualmente 9,777 niños que tenían más de un año y menos de cinco.

«La muerte anual de 17,200 niños constituye una acusación permanente», se dice. Y somos nosotros los que en ese aspecto podríamos con más razón levantar el índice acusador, porque, al revés de quienes sólo se preocupan de curar los efectos, nuestra medicina quiere suprimir las causas no sólo de esa mortalidad infantil, sino de la mortalidad prematura de millones de españoles a quienes ha desgastado el hambre crónica.

LA PROPIEDAD

por LEON DE HUELVES

CAPÍTULO PRIMERO

LA PROPIEDAD ANTE EL DERECHO NATURAL

(Continuación)

Hay una riqueza social formada con los dones que la Naturaleza nos ofrece espontáneamente, y con esa otra riqueza producida y productora obtenida por el trabajo, la observación y el estudio de las generaciones precedentes, todo lo cual forma el patrimonio universal, a que en justicia nadie tiene derecho exclusivo ni privilegiado, y del que no puede ser desheredado nadie, porque los bienes naturales no los han producido sus poseedores, y los sociales son obra de todos los hombres.

Y la ley establece que la propiedad da derecho al uso y al abuso, y que el propietario no tiene por acción derecho a apropiarse el fruto del trabajo del proletario, mediante el escatimado salario.

¿Y la función social de las cosas? Argente en una conferencia sobre los *Derechos económicos naturales del hombre*, decía: «Hablar de la función social de la tierra, por parte de los partidarios de la propiedad privada de la misma, equivale a reconocer que al definir la propiedad no se ha tenido en cuenta su aspecto social. ¿Y ese aspecto social, cuál es? Sencillamente, que el uso de la tierra es necesario para satisfacer las necesidades vitales de los no propietarios. Pero reconocer que la propiedad de la tierra tiene que tomar en cuenta estas necesidades, vale tanto como reconocer que tiene deberes hacia los individuos no propietarios, y si a todo deber corresponde un derecho, precisa concluir que la función social en la propiedad de la tierra implica la existencia de un derecho sobre esa tierra en los individuos que no participan en su propiedad. ¿Qué derecho es éste? El de actuar sobre la tierra para obtener de ella los frutos con que proveer a sus necesidades. Por tanto, proclamar la función social de la propiedad, es reconocer el derecho igual de todos los hombres al uso de la tierra, derecho incompatible con la propiedad privada de la misma.»

La frase «función social de la tierra», en boca de los defensores de la propiedad privada de la misma, es la expresión ambigua de un pensamiento confuso, que percibe la existencia de una injusticia y no acierta a ver cuál es o no se atreve a concretarla.

Los escritores burgueses quieren que el trabajo sea la fuente más natural de la propiedad. El trabajo es una ley natural y no hay razón para que justifique la apropiación de las cosas comunes. El trabajo es una condición del derecho a poseer y, por tanto, este derecho sólo debe durar mientras se cumple la condición.

Si el trabajo fuera la verdadera causa de la propiedad, nunca dejaría de producirla. A trabajos iguales corresponderían propiedades iguales y el mayor trabajo tendría una mayor propiedad. Pero no sucede esto. La realidad es que un obrero gasta toda su vida sobre el yunque del trabajo y nunca llega a sus puer-

tas la fortuna, y en cambio un banquero gana grandes cantidades de dinero en un juego de bolsa.

El trabajo sólo puede ser origen de propiedad en cuanto a los frutos. Proudhon sostiene que el poseedor está recompensado de su trabajo y de su industria por la doble cosecha; pero no ha adquirido ningún derecho sobre el fundo. Que el trabajador haga suyos los frutos, convenido; pero no comprendo por qué la propiedad de los frutos envuelva la propiedad de la materia. El pescador que sobre la misma costa sabe sacar más peces que sus compañeros, ¿se hace por esta habilidad propietario de los lugares donde pesca? ¿La destreza de un cazador ha sido jamás mirada como un título de propiedad sobre la caza de una comarca? La paridad es perfecta: el cultivador diligente encuentra en una cosecha abundante y de mejor calidad la recompensa de su industria: si hace sobre la tierra mejoras, tiene derecho a ser preferido como poseedor; pero nunca, de ningún modo, puede ser admitido a presentar su habilidad de cultivar como un título a la propiedad del terreno que cultiva.

Charles Gide observa que «el trabajo en la antigüedad no pudo servir para adquirir la propiedad, puesto que era casi únicamente servil, y aun hoy, el trabajo, por sí solo, no puede hacer ganar sino un salario, no pudiendo adquirir la propiedad más que por este salario, pero entonces por vía de compra. Hagamos el inventario de nuestro patrimonio:

— Esta casa, ¿es producto de vuestro trabajo?

— No; me viene de mi familia.

— Esos bosques, esas praderas, ¿son producto de vuestro trabajo?

— No; no son producto del trabajo de nadie.

— Esas mercancías que llenan vuestros graneros, ¿son producto de vuestro trabajo?

— No; son producto del trabajo de mis obreros o de mis arrendatarios.

— Pues, ¿entonces...?

El hombre no debe trabajar aislado, porque su trabajo produce poco. La división del trabajo multiplica el número de los productos. El trabajo de la colectividad crea mayores riquezas. Si el trabajo debe ser colectivo, el producto de ese trabajo rechaza la propiedad individual.

Bossuet dice que «según el derecho primitivo de la Naturaleza, todo es de todos», concepto que viene a fijar las palabras que dicen que pronunció Jesús y relata Mateo en el capítulo XX de su Evangelio, cuando afirma la famosa máxima comunista: «A cada uno conforme a sus necesidades».

La propiedad no puede ser natural por su esencia y resultados, porque atenta contra la misma naturaleza.

«Si se comparan entre sí los derechos de propiedad, libertad, seguridad e igualdad, se observa que la propiedad en nada se parece a los otros; que para la mayor parte de los ciudadanos sólo existe en potencia como facultad dormida y sin ejercicio; que para los que la disfrutan es susceptible de determinadas transacciones y modificaciones, que repugnan a la cuali-

dad de derecho natural que a la propiedad se atribuye; que en la práctica los Gobiernos, los Tribunales y las Leyes no la respetan.

La libertad es un derecho absoluto porque es al hombre una condición *sine qua non* de su existencia. La igualdad es un derecho absoluto, porque sin igualdad no hay sociedad. La seguridad personal es un derecho absoluto, porque a juicio de todo hombre su libertad y su existencia son tan preciosas como las de cualquier otra. Estos tres derechos son absolutos, no susceptibles de aumento ni disminución, porque en la sociedad cada asociado recibe tanto como da. No sucede lo mismo con la propiedad.

La propiedad es un derecho que vive fuera de la sociedad; pues es evidente que si los bienes de propiedad particular fuesen bienes sociales, las condiciones serían iguales para todos, y supondría una contradicción decir: la propiedad es el derecho que tiene el hombre a disponer de la manera más absoluta de unos bienes que son sociales. Por eso, o la sociedad mata a la propiedad o ésta a aquélla.

Si la propiedad es un derecho natural, absoluto, imprescriptible e inalienable, ¿por qué en todos los tiempos ha preocupado tanto su origen? Este es todavía uno de los caracteres que la distinguen. ¡El origen de un derecho natural! ¿Y quién ha investigado jamás el origen de los derechos de libertad, de seguridad y de igualdad?

No se permite sacar agua de una fuente enclavada en terreno particular sin permiso del propietario, porque, en virtud del derecho de accesión, la fuente pertenece al poseedor del suelo, a no haber posesión contraria; ni tener vistas a un patio, jardín, huerta, sin consentimiento de su propietario; ni pasearse por porque ajeno contra la voluntad de su dueño; pero, en cambio, a éste se le permite cercarlo. Pues bien, todas estas prohibiciones son otras tantas limitaciones sagradas, no sólo del uso de la tierra, sino del aire y del agua.

El hombre no puede renunciar a su libertad de trabajar; reconocer el derecho de propiedad es renunciar al trabajo, puesto que es abdicar el medio para realizarlo, es transigir sobre un derecho natural y despojarse de la cualidad de hombre.

Lerroux, en su libro *Al servicio de la República*, páginas 130 a 133, escribe: «La tierra para el que la trabaja. Lo han dicho antes que yo autoridades indiscutibles en religión, en ciencia, en sociología, en economía, en política.»

El hombre no nace porque quiere, sino en virtud de leyes naturales cuya base fundamental es la existencia del mundo físico en que habita; y sujeto a leyes impositivas, la de nutrirse, por ejemplo, sin cuyo cumplimiento perecería. Pero unas y otras leyes arrancan precisamente de la tierra: ella origina y sustenta la vida.

Cuando el hombre nace no encuentra acaparado el sol ni el aire, sin los cuales no podría vivir. Pero encuentra acaparada y repartida la tierra entre un tanto por ciento de la Humanidad, no siquiera entre toda ella. Supongamos que ese tanto por ciento se fuera reduciendo en virtud de herencias y adquisiciones; no es absurdo admitir la hipótesis de que un día la propiedad de la superficie de la Tierra esté en unas

solas manos, la de un solo hombre. Y si éste quiere, con arreglo a derecho, puede dedicar la superficie entera de la Tierra a cazadero, a criadero de reses bravas... o sencillamente y porque le dé la gana a no producir nada artificial, no permitiendo tampoco que se aprovechen los frutos naturales o silvestres; hoy ocurre en pequeño, en los cazaderos de Inglaterra, en las dehesas de Andalucía, en los pueblos de señorío. ¿Por qué no podría pasar en grande?

Ahora bien: si admitimos la posibilidad de ese acaparamiento, cabe preguntar: ¿De qué vivirían entonces los demás hombres que no fueran propietarios?

Pues tal es el caso: unos cuantos propietarios acaparan la tierra, la monopolizan, y así como el monopolio del sol produciría la muerte por frío, el monopolio del aire, la muerte por asfixia, el monopolio de la tierra produce la muerte lenta por la pobreza, por la carestía de los solares para las casas en que nos cobijamos, por la carestía de los productos con que nos vestimos, por la carestía de las primeras materias con que se alimentan la industria y el comercio.

Todo un monopolio de artículos de consumo, en cualquier forma que sea, o de oportunidades en que el hombre pudo emplear su actividad productora de bienes es un crimen social. Acaparar la tierra es el más funesto de todos. Y como esto existe y es un mal, hay que buscarle un remedio. Todo remedio se expresa con una fórmula; la de éste se sintetiza en la frase: «La tierra para el que la trabaja».

Esto quiere decir que hay que acabar con los *rentistas*, cualquiera que sea su forma: *laudemos*, *foros*, *censos*, *aparcerías*, *contratos de arrendamiento*, etc. El *rentista* de la tierra, es un hombre que no trabaja, y, por consiguiente, vive del trabajo de otros hombres, que, al dar parte de lo que les produce el suyo, disminuyen su bienestar. Eso no es justo ni ante el derecho divino ni ante el derecho social.

¿Modo de restablecer la justicia sin cometer la iniquidad de convertir los actuales propietarios en mendigos o en proletarios? Hay varios, aplicables según los casos y los tiempos. Hay que hacer habitable el campo y los pueblos, enlazándolos para la vida social, por las múltiples vías de comunicación en uso. Hay que fomentar la enseñanza agrícola para que el trabajo del hombre sobre el surco obtenga su rendimiento máximo. Hay que emplear en el trabajo de la tierra la maquinaria que lo multiplica y ennoblece. Hay que sacar de las urbes la organización del crédito para que el labrador lo aplique a la transformación de los cultivos... Una nueva organización social acaba con el régimen del salario, que al crear el proletariado no sólo ha confirmado la injusticia de la división en ricos y pobres, sino la infamia de dividir a los hombres en explotados y explotadores, gentes que trabajan y no comen y gentes que comen y no trabajan, por cuya causa el trabajo es una pena en vez de ser, como debiera ser, una gloria...

El pueblo venturoso que conserve sus bienes comunales... ese, si lo hay, ha resuelto en parte el problema de no tener pobres, manteniéndoles con la propiedad de su patrimonio colectivo.

Donde ello no ocurra es indispensable apresurarse a resolverlo expropiando jurídicamente a los propietarios de las tierras que se dan en arrendamiento, para

entregárselas a los que personalmente las cultivan.

La tierra es del que la trabaja. (Hasta los escritores burgueses lo reconocen, como acabáis de ver.) Programa netamente socialista. El hidalgo patriarcal no trabaja. Vive escondido tras unos papelotes que heredó de su padre, y éste de su abuelo. Tras de estos papelotes hay un notario, un juez, y una cárcel, que los avaloran terriblemente. El campesino lo sabe. Lo aprendió de su padre, y éste de su abuelo. Por eso suda en la mies ajena y acarrea el fruto al granero del amo. Sabe que su trabajo, su jornada, representa un valor real superior al que se le da. Y en ese dato, puramente mercantil, de valoración estricta del trabajo está el secreto de la rebelión del aldeano.

Se afirma por los defensores de la propiedad privada que ésta es necesaria para mantener el orden. Esto no es cierto. Más diferencias hay entre los dueños y los arrendatarios o entre ellos mismos en los países burgueses, que hay en Rusia, donde reina la quietud entre los poseedores sin amos. Esto fácilmente se comprende: si los trabajadores respetan el derecho del propietario, que les perjudica y excluye, ¿cómo no han de respetar el derecho del poseedor justificado por la Naturaleza y el trabajo?

La propiedad destruye la igualdad política. Exacto. Ha sido frecuente atribuir la soberanía política a los ciudadanos en razón de su propiedad. Esto pone siempre a los desposeídos a merced de los propietarios, quienes pueden esclavizarlos, vender sus hijos, prostituir sus hijas...

La propiedad es insaciable. Una cantidad, por pequeña que sea, amontonando los intereses que le da la Ley, evitando siempre la prescripción, absorbería toda la riqueza existente, puesto que ésta es limitada. ¿Por qué el obrero no puede ganar también intereses sobre su persona, que es su capital, más legítimo que el del propietario? Como vemos, la propiedad rechaza a la igualdad, puesto que todos los hombres son igualmente libres y ella distribuye los bienes desigualmente entre ellos.

La propiedad individual trae no sólo la desigualdad entre los hombres, sino también la desigualdad entre las diferentes clases de trabajo. En los países capitalistas existe el trabajo decente y el trabajo indecente, el noble y el innoble; el primero es para los ricos, el segundo para los pobres. Cuando el pobre escoge un género de actividad, no va guiado por la vocación, por el gusto propio, y sí por los intereses. Lo que origina pereza, demérito, vicio, castigo y, por último, el juez, el esbirro y la cárcel.

Mientras la propiedad de la tierra pertenezca a unos pocos, los hombres que la labran serán sus esclavos. Es indigno de estos tiempos el trabajo familiar, tan exaltado por los católicos-sociales. Dedicar al trabajo el día entero, de sol a sol, sin descanso del jefe de familia. Robar el tiempo a la madre para que ayude con su esfuerzo al cultivo del suelo. Arrancar años enteros a los niños de la escuela, con el fin de que rindan su tributo al trabajo rural, con quebranto de su aprendizaje escolar. Esto es lo que elogian los poderosos. Esta propaganda, digna de un cura de aldea, está en pugna con el sentir del hombre moderno. La causa principal que nos induce a que se aminore la jornada de trabajo obedece a conseguir

tener tiempo suficiente para aumentar el empobrecido caudal de conocimientos. En el campo, igual que en la ciudad, ha de haber jornadas cortas, intensas, ordenadas. De gran rendimiento el empleo de la máquina; explotada colectivamente permitirá realizar estas jornadas. El esfuerzo diario de los hombres del agro será recompensado por el disfrute de la libertad. Y la vida en las zonas rurales no será un sacrificio, como ocurre actualmente.

La tierra ha sido usurpada. Rescátense pronto. Entréguese a quienes la fecundan con su trabajo.

Liberar la tierra es hacer más libres a los hombres.

Que la tierra no esclavice en lo sucesivo a nuestros hermanos del agro; que sea ella, no la esclava de unos pocos, sino de todos.

La revolución rusa, en su aspecto campesino nos ha dado la pauta para la actuación socialista en el campo. Precisa enseñar al proletario de la tierra e inculcarle el hábito colectivista.

Oliveira, en un trabajo periodístico, decía: Un campesino de psicología individualista, acostumbrado al aislamiento, incapacitado por su idiosincrasia para la acción, es, de seguro, un elemento contrarrevolucionario. La revolución rusa ha tropezado con este escollo psicológico en las aldeas. El individualismo es una manifestación, en todos los sentidos antisocialista. Nada nuevo decimos con ello. Pero es menester insistir. Una vieja escuela filosófica atribuye a la propiedad privada la *virtud* de perfilar la personalidad del hombre a través de su habilidad para crearse propiedad, aunque no siempre sea la propiedad de linaje material, o más propiamente, riqueza en circulación. Según la teoría a que aludimos, declarada sofisticada por el materialismo dialéctico, el hombre tiene en la propiedad un estímulo ocasional que le define y le crea fisonomía moral. Es como si dijéramos lo que ya está perfectamente definido por la filosofía liberal: paso libre a los más aptos. ¿Y quiénes son los más aptos? Para aquella vieja escuela, los que en la lucha por la propiedad resultan vencedores. De ahí se infiere la falsa y catastrófica consecuencia, que no resiste la menor diatriba de que el más apto es aquel individuo que logra acumular más propiedad. En el liberalismo es utópico lo de paso libre a los más aptos, y en la filosofía que exalta la propiedad privada, presentándola como vehículo de selección, existe un error capital, desvanecido por el socialismo científico inequívocamente. Por ese discurso se convierte en ídolo el hombre de presa de la época del capitalismo imperialista. La selección es lo menos selección posible, o, en todo caso, una selección al revés. En el régimen burgués, sin embargo, la selección es de todo punto imposible. Triunfan no los más aptos, sino los más fuertes, los que por una serie comprobable de concausas se hallan en condiciones de someter a los demás, a los finos de espíritu, a los incapaces de la felonía y de la expoliación. La propiedad privada hace ese milagro. Trueca al hambre en una fiera, siempre en lucha, no contra las fuerzas naturales, como debería ser y será en la civilización socialista, sino contra sus semejantes. En rigor no puede esperarse otra cosa de un régimen de desigualdad cuya manifestación es el caos de las fuerzas económicas, disparadas en mil direcciones contra la Humanidad.

Queda hecha la afirmación de que en tanto subsista la propiedad privada el hombre tenderá a adquirir personalidad, generalmente, acumulando bienes, ganoso del principio. No obstante, sin llegar al socialismo, dentro de la sociedad presente, se puede gobernar el pensamiento del proletario arrastrándolo a las soluciones que más se aproximen al colectivismo. Y como el futuro será fatalmente colectivista, eso iremos adelantando en la revolución. De manera especial en lo que respecta a la clase trabajadora del campo, urge acometer la tarea de propagar el colectivismo, crear intereses colectivos, desbrozar, en fin, de tendencia individualista al proletariado campesino. Se dará así un paso gigantesco hacia la transformación de la propiedad rural, más dura de subvertir cuando lo que se plantea, al igual que ahora en Rusia, es, más que un problema de distribución de la riqueza agraria una cuestión de revolución psicológica. Estamos viendo cómo en Rusia el campesino se inclina a la propiedad privada, no por necesidad, sino por hábito. Falta hacer la revolución en las cabezas. Mientras no se consiga este tipo de revolución intelectual y psicológica, el campesino tenderá, cayendo al lado de la costumbre, agobiado por el peso de la incompreensión, a despreciar los bienes colectivos. Destruir esa aberración, a virtud de la cual no es nuestro aquello de que no podemos disfrutar libremente con merma de los derechos ajenos, es una labor que debe comenzarse en el régimen capitalista. Con ello se logrará que la transición del sistema de propiedad privada al colectivismo no tenga los caracteres dramáticos que ha tenido en Rusia.

El porvenir de la agricultura es colectivista. Lo fué su pasado remoto. Desde el punto de vista humano de la justicia en el repartimiento de la riqueza, como desde el punto de vista técnico de una mejor explotación y aprovechamiento de esa riqueza, el colectivismo es la forma de trabajo y utilización de la tierra por antonomasia. Un cuadro, un mueble pueden tener propietario. La tierra, no. Como el agua, como el aire, la tierra es un instrumento de vida que nadie ha creado. La propiedad territorial no se justifica, por mucho que se esfuerzen en demostrar su legitimidad los economistas burgueses. Al no ser de nadie, tiene que ser, naturalmente, de todos. Preparemos, pues, al campesino en esa concepción. Será el modo de evitar que mañana, cuando la tierra sea de propiedad colectiva, el instinto haga de él un contrarrevolucionario.

• • •

Veamos si la propiedad es natural por el fundamento que le atribuyen sus defensores.

LA OCUPACION es el primer origen histórico de la propiedad. Racionalmente, no puede aceptarse que el hombre se apropie de cosas que no hayan pertenecido a nadie:

El nacimiento del individuo es involuntario. La vida es una imposición y un derecho que se extiende por la lógica a los medios necesarios para mantener y perfeccionar física y moralmente la humanidad. El hombre debe disponer libremente de los bienes materiales: aire, agua, tierra y demás objetos existentes en el mundo. Si todos los hombres tienen derecho de ocupación, la ocupación de cada uno se limita por la de los otros, que nadie puede ocupar amenazando el de-

recho ajeno. «Como tanto los hombres como las cosas son limitados en un momento cualquiera e ilimitados en el porvenir, resulta que los hombres no pueden adjudicarse o distribuirse de una manera fija dichas cosas en ningún tiempo, y, por consiguiente, la ocupación no puede producir la propiedad, porque ésta destruye el derecho de ocupación».

Hemos dicho que la humanidad no puede vivir sin el dominio sobre el mundo exterior; según esto, la única solución del problema está en el disfrute común de todo cuanto existe. Esta será la única forma de que los que hemos nacido tarde no dejemos por ello de tomar parte en el *banquete de la vida*.

LA PRESCRIPCION. Sucede frecuentemente que una cosa pertenecía a un propietario, y que éste ha sido desposeído por una ocupación que protegen las disposiciones de la Ley. ¿Dónde está el derecho exclusivo de propiedad? La fuerza del nuevo dueño de la cosa no puede fundar un derecho. La fuerza, ni el tiempo, ni nada pueden hacer natural y justo lo que no lo es en su principio. La prescripción no es un medio racional de adquisición. Contra la razón, contra la verdad y contra la vida pudieran citarse prescripciones, pero nada valdrían, porque la razón, la verdad y el derecho a vivir son imprescriptibles.

La prescripción y la propiedad se destruyen entre sí. Veamos: Si la propiedad se ha instituido para garantizar al poseedor, ¿por qué la prescripción arrebató su propiedad al poseedor?

La prescripción es un medio de adquirir la propiedad, posterior a esta misma, puesto que es la legitimación de la propiedad de otro usurpada por el prescribiente.

Abolida la propiedad, no hay para qué hablar de la prescripción.

En conclusión: la propiedad no es natural, por su esencia, por los fundamentos que le atribuyen, ni por sus resultados, porque atenta contra la misma naturaleza.

«El Estado republicano español, la última experiencia política que podía tentarse en nuestro país, contará en todo momento con un Thiers, cruel y sanguinario, capaz de hacer asesinar a muchos miles de revolucionarios. Una revolución política es aún tolerable si ella puede evitar la caída del capitalismo — y precisamente porque es ésta la tendencia de todas las revoluciones políticas — pero, una revolución social, el Estado y el capitalismo, en peligro y como fieras, han de hacer los mayores esfuerzos para evitarla y para ahogarla en último término.

Cataluña *nación*, hoy mismo, tiraniza al pueblo catalán y lo domestica más de lo que antes lo domesticara y tiranizara el poder absorbente de la *nación* española.

Mientras discutimos cómo habremos de construir los cimientos de la Sociedad Libertaria, hagamos porque la Revolución social dé al traste cuanto antes con el régimen del Estado y del Capitalismo.

Una revolución que dé al traste con el Estado, cambia la faz y las esencias del mundo.

Lo que es común a las revoluciones políticas, lo destruye la revolución social.

Destruyamos el capitalismo y el Estado y edifiquemos sobre sus ruínas, hechas polvo, la nueva sociedad de los hombres libres e iguales.

Blancos y Negros

por RODELA



En la *Fisiología de las pasiones*, de Ch. Letourneau, hay una cita que se refiere a Pruner y a otros autores. Tiene relación con un tema de viva y candente actualidad: la cuestión de la raza negra, en flagrante y turbulenta lucha con Italia que apetece un Imperio africano.

Según la cita de referencia coinciden Pruner, Speke y Baker en atribuir al negro estas características dominantes: sensualidad; tendencia a la imitación; falta de iniciativa; horror a la soledad; afición desmedida al canto, a la danza y en general a la movilidad.

Pues bien: estas características atribuidas a los negros sería injusto generalizarlas para todos ellos. Lo indudable es que corresponden exactamente a Mussolini a pesar de que Mussolini no es negro.

Es más: aquellas características son las más corrientes en sociedades blancas dominadas y corroídas por la comodidad, el tabaco, el alcohol, la holganza y el espíritu de rapiña.

La sensualidad es el azote blanco. La novela, el cine, el teatro, el espectáculo en general y la casi total vida de relación quedan en dominio de la sensualidad pervertida. La prostitución no existe en el mundo negro con la extensión que existe en el mundo blanco. Como no hay en Africa la corrupción de menores ni la trata de blancas en la forma que los pueblos que se tienen por civilizados practican tan pésimas costumbres. El hombre blanco obliga a la mujer a que se pinte como una mona y a que sea una gestera mona. El acto sexual tiene los misteriosos prolegómenos acostumbrados en las novelas, escritas casi siempre para contagiar la pedantería sexual con grandes aspavientos sentimentales y elabora una filosofía de mancebía que está por debajo de la sensualidad negra en todos los aspectos.

¿Qué otra tendencia se alega como privativa de los negros? La imitación. ¿Y no es acaso la imitación la musa blanca por anonomasia? Los blancos imitan a los negros en las danzas. En países donde no hay apenas negros el negro vicioso puede tener un harén

blanco, mientras que en Luisiana, con censo negro nutrido, el negro es linchado por el salvajismo blanco. No hay tendencia más corriente que la tendencia imitativa en el mundo blanco. Los subalternos imitan a sus superiores mientras no pueden llegar a la meta. Los hombres que se tienen por elegantes en Europa imitan a los ingleses y las mujeres a las francesas. Por las calles de Barcelona o de Madrid se ven colegiales vestidos como los de Oxford. El deporte no es más que una serie de expresiones mímicas que se reproducen hasta el infinito. Las bailarinas blancas imitan a Josefina Baker. La doncella imita a la marquesa. Las marquesas de la época de Luis XVI imitan a las pastoras. Toda la literatura clásica pastoril es imitación de los poetas grecolatinos. La juventud imita a los cineastas. En un tranvía puede verse quién es delirante por Greta Garbo porque la delirante de Greta se viste como ésta y se peina como ésta. Y cuando no se imita a los cineastas se imita a los deportistas. Los militares españoles se vestían antes como los militares austríacos y hoy como los ingleses. Casi hubo una revolución cuartelera porque los suboficiales querían llevar polainas e impermeable como los oficiales. Los giros de la conversación, la manera de encender un cigarro, todo es imitación y repetición.

La tercera característica negra — falta de iniciativa — es también una característica blanca. Millones de seres blancos viven de hacer lo que ven, de comer como ven comer y lo que ven comer y de trabajar rutinariamente. Sólo una minoría inventa; la gran multitud hace lo que ve hacer. La inventiva se la adjudica el Estado que por cada día se ocupa de más cosas a la vez que los hombres van dejando vacantes sus iniciativas unas tras otras. Incluso la asociación profesional y las profesiones creen en el Estado o no hacen nada radical para derrocarlo. No emplean su iniciativa en construir y elevar sino en multiplicar el número de súbditos para destruir lo que esos mismos súbditos no quieren destruir en su fuero interno. La falta de iniciativa es querer que todo lo resuelva el Estado. Si decimos que el Estado no resuelve la crisis de trabajo es que atribuimos al Estado la misma misión que le atribuyen los reaccionarios. El Estado no puede resolver nada. Y respecto a la burguesía, si no quiere explotar mayor número de brazos es porque con una parte tiene bastante por el superavit que su-

pone la producción maquinista mediante la acumulación de mano de obra en grandes centros y consiguiendo baja de precio, acumulación debida a la falta de iniciativa de aquella misma mano de obra que se amontona sin ver que entonces es cuando el burgués puede elegir y rebajar los salarios aumentando a la vez, para rebajarlos más en potencia o capacidad adquisitiva, el precio de la vida. La falta de iniciativa tiene sin cultivar media España, que es precisamente la España comunal y tierra de todos, que casi todos desprecian por acudir al espectáculo de la capital.

Horror a la soledad... Ni siquiera se sabe afrontar la soledad forzosa. Caso de tener que aceptarla se provee el presunto ser civilizado de su correspondiente espejo. Y no sólo es el espejo la superficie pulimentada que venden en las cristalerías. El espejo es la persona que está delante. La coqueta se mira en los rostros de los admiradores y en los ojos de los transeúntes tanto como en el espejo propiamente dicho. La soledad es indispensable para el esfuerzo intelectual y los intelectuales quieren trabajar aplaudidos como las tanguistas. La soledad es fértil, la compañía es el barullo. La soledad sin ruido no tiene cronistas y el ruido tiene toda una didáctica rigurosa con la radio, las bocinas, la estridencia insufrible de las charangas, la gran violencia chillona de las concentraciones políticas... La

soledad es aburrimiento porque al no estar solos los que se aburren, se aburren juntos haciéndose el amor y haciéndose la corte unos a otros, explicando sus contactos ¿siempre sus contactos? y sus discrepancias. A estas explicaciones se les da el nombre de literatura para embrutecer a los lectores. El contacto de dos epidermis que carece de importancia se hace ascender al quinto cielo. La soledad es una cosa imposible entre blancos y negros. Cuando un blanco quiere fastidiar a otro blanco le hace una visita. ¡Más valdría a veces una puñalada. Le hace una visita el blanco al blanco y ¡cuántas veces le lleva el tifus!

Lo espectacular, la movilidad, la danza... ¿Hay nada que caracterice tanto a los blancos como el espectáculo, el bailoteo y la velocidad inútil? Hay autos que corren como locos para ir a hacer cola y sus dueños antesala. Mussolini se hace retratar segando; se retrata también como un actor en actitudes cesáreas. El espectáculo lo domina todo imperialmente. Medio centenar de tipos van a la terraza de un café lujoso a espiarse unos a otros y a embeberse en las corbatas ajenas. Los paseos son escaparates y los escaparates acabarán por ser paseos. El espectáculo de la calle desvaloriza el del teatro y por ello decae el teatro. Hay mucho más histrionismo fuera de la escena que dentro.

NIETZSCHE



... "monos bulliciosos y trepadores" ...



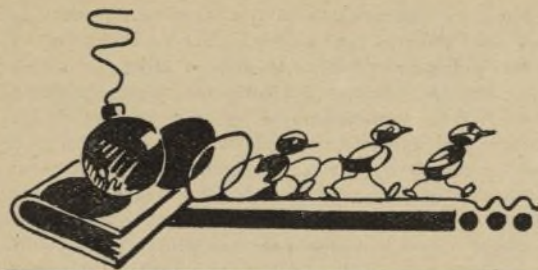
Parece mentira que la gente repita todavía con sonrisa la conocida frase de Alfonso Karr, que contestaba a los enemigos de la pena de muerte, diciendo: «¡Que la supriman primero los criminales!». Es como si un padre para educar a su hijo pidiera de éste el ejemplo.

PROF. HERNANDO



Leed y propagad TIEMPOS NUEVOS

TIEMPOS
NUEVOS 95



Metamorfosis

LA tarde del primero de mayo de 1929 la Federación Obrera Local Bonaerense realizaba un mitin de afirmación idealista y de protesta por las injusticias sociales, en la Plaza Colón de Buenos Aires. Todos los sindicatos que la componían, con sus banderas rojas de redención universal flameando al viento, con los grandes cartelones y letreros que reflejaban sus aspiraciones, todos se habían conglomerado precisamente detrás de la casa de gobierno, a ver si así era posible hacer llegar el eco de los trabajadores, que exigían justicia a los pachorrientos magnates que desde allí nos gobiernan.

Los oradores improvisados surgieron espontáneamente de la multitud descontenta y ansiosa de bienestar, encaramados al pie de la estatua del gran Colón, que desde su altura parecía mirar con benévolo y alentador estímulo a los nuevos emprendedores de titánicas conquistas, los cuales daban rienda suelta a su mal contenida indignación, acumulada durante el año, en talleres y fábricas. Sus sinceras y ardientes palabras penetraban, como bálsamo vigorizante, en el cerebro y el corazón de los esclavos y miserables trabajadores que rodeaban las distintas tribunas, vibrando todos al unísono, en la fe inquebrantable de un próximo porvenir de libertad integral y amor fraterno.

Entre la multitud se encontraba el obrero Sebastián Fiamma, llevado allí más por curiosidad que por adhesión consciente al acto. Criado en el campo, en contacto más con las bestias de la branza que con semejantes suyos, estaba hecho un patán, ignorante por completo de sus derechos, de lo que valía como productor y, por lo tanto, de la posibilidad de emanciparse. De manera que el mitin de la F. O. L. B. y las maravillosas verdades, que exponían con convincente elocuencia los voceros improvisados, unían a todos por un mismo y gran ideal. Las incontenibles explosiones verbales de sagrada rebeldía, cual germen exuberante de un nuevo orden, lo encendieron en un principio; luego, contagiado del general ardor, unía su naciente fe, acompañando con sus gritos y aplausos a los demás compañeros de miseria y explotación. Fue abriendo los ojos, como si en ese momento acabara de renacer, viendo un mundo completamente diferente; mal organizado, egoísta y malvado. Sintió dentro de sí surgir

otro hombre, más clarividente, más consciente y más digno.

Sebastián Fiamma, al descubrir la causa de todos sus dolores y privaciones, sentía brotar de su pecho el ansia de luchar, conseguir los derechos que la avarienta burguesía le había usurpado. Cuando oía el grito de ¡Abajo el capitalismo! él unía su voz a la de los demás en un atronador ¡Abajo! O cuando alguien, levantando el puño exclamaba: ¡Viva la libertad integral del hombre! ¡Viva! contestaba él con todos los demás.

Desde un rincón, algo apartado de la multitud, un señor bien vestido, alhajado, con bastón, lentes y cadena de oro, observaba con filosófica curiosidad el desarrollo de la manifestación obrera. Enterado éste por los diarios, y estando enfermo de aburrimiento, hastiado de toda clase de placeres que la riqueza le proporcionaba, se le ocurrió buscar distracción contemplando con enfermiza curiosidad aquella viril y colectiva protesta proletaria.

Este buen señor había leído Don Quijote de la Mancha, impresionándole agradablemente sobre todo el capítulo que trata de cómo un duque se divierte jugando con la ambición de Sancho Panza para gobernador. Así que vio al obrero Sebastián Fiamma entusiasmarse gritando y aplaudiendo con frenesí, pensó que sería un buen candidato para quitarse el aburrimiento y curarse la molice.

Estudió el plan en todos sus detalles y, al llegar la noche, cuando el mitin se extinguía, se le acercó y le dijo:

— ¿Por qué gritás tanto? ¿No estás contento con tu vida? ¿Qué te falta?

Sebastián Fiamma lo miró extrañado y con desconfianza; luego le contestó altanero:

— ¿A usted que le importa? ¿Acaso es un «perro» de la policía?

— No tenga miedo. No soy nada de eso. Simplemente tengo dinero y quisiera hacer una buena acción ayudando a algún pobre.

— ¡Uh! No puede haber rico bueno y altruista. Usted me quiere engañar. Váyase a freír papas, burgués de miércoles.

— Calma, muchacho; no te sulfures así, ni te vayas. Escucha: ¿Sabes razonar? Sentémonos en este banco y conversemos un rato.

La Plaza Colón había quedado desierta. Cuando se hubieron sentado, el rico prosiguió:

— ¿Te quejas porque sos pobre? ¿No tienes lo qué necesitás?

— Claro. ¿Le parece linda la vida del trabajador, andrajoso, hambriento y esclavo del avariento y criminal capitalista, siendo él el único y verdadero productor de toda la riqueza que hay en el mundo?

— Es verdad. El obrero está muy mal tratado. Pero ni yo solo ni vos solo podemos arreglar el mundo. Si fuera tu caso simplemente... Vamos a ver; séame franco: ¿Qué ambicionás vos?

— Comer, vestir y trabajar sin estar sometido a ningún déspota y tirano.

— Muy bien. ¿De qué trabajas?

— He trabajado de lo que he encontrado. Actualmente soy lustrador de calzados.

— ¿Y te gustaría tener un saloncito y trabajar por tu cuenta, sin que nadie te mande?

— Ya lo creo. Pero no tengo un centavo.

— Pues tendrás todo cuanto necesitás y estarás libre de la «avarienta burguesía». Venga a mi casa y te daré el dinero necesario; buscarás un local que te guste y trabajarás tranquilo.

En vista de que Sebastián titubeaba, agregó:

— No te lo presto el dinero; te lo doy. No tienes que pensar en los intereses ni en devolvérmelo, será tuyo.

Enormemente asombrado, el obrero no sabía si estaba despierto o soñaba. Pronto se serenó y pensó:

— No tengo nada y, por lo tanto, nada puedo perder. Le seguiré la corriente a este «tipo» y veré lo qué resulta de todo esto; si es un filántropo, un loco o un cuentero.

Con el automóvil particular que allí tenía, subieron a él y pronto llegaron a la casa del rico señor. Entraron. Era ésta un lujoso palacio, resplandeciente por todos lados, con un ejército de servidumbre uniformada que se deshacía en reverencias al paso de los dos.

Sebastián Fiamma recibió el dinero que necesitaba y se retiró tan asombrado como contento. Buscó e instaló el salón de lustrar. Empezó a trabajar.

El señor rico, enfermo de haraganitis aguda, iba todos los días a conversar con su «protegido».

El negocio en un principio no marchaba muy bien, por la falta de clientela y, además, por la falta de empeño de parte del obrero en gritar a la puerta como es costumbre en esta clase de negocios.

Al correr los días, y al empezar a invitar a lustrarse a los transeuntes, notó Sebastián que aumentaba la ganancia y la clientela. Fué tomando amor al dinero. Con el guardapolvo oscuro y el trapo en la mano, estaba en la puerta de la mañana a la noche gritando:

— ¡Pase! ¡Hay asiento! ¡Se lustra marchante!

Fué tanto el trabajo que le venía, que al poco tiempo se vió en la necesidad de ensanchar el local y tomar dos oficiales.

A los tres meses tuvo que comprarse una caja registradora, hacer un nuevo ensanche y tomar

más personal. El negocio marchaba viento en popa. Sebastián Fiamma tuvo que dejar de gritar a la puerta para vigilar a los oficiales, cobrar y recibir a la «distinguida clientela» con amables saludos y melodiosas conversaciones.

La psicología del ex obrero iba cambiando sin que él se diera cuenta. Ya se había convertido en un perfecto burgués.

Pero, como la felicidad no dura, máxime si está basada en el egoísmo y la explotación, a don Sebastián, como entonces se le llamaba, le sucedió una catástrofe que lo tiró al suelo de golpe.

Sucedió que la Unión Obrera Lustradores de Calzado, no pudiendo aguantar más la miseria y el horario sin límites que se le imponía, en una numerosa asamblea declaró la huelga del gremio hasta que los patrones firmaran el pliego de condiciones que se les había presentado.

Don Sebastián consideró muy exageradas las exigencias de sus oficiales, y se negó rotundamente a firmar dicho pliego.

A la semana de huelga general, visto de que casi todos los patrones habían firmado, la asamblea acordó parcializar la huelga. Siguió el conflicto solamente con los más reacios, entre los que se encontraba don Sebastián, el cual se afanaba, sudando la gota gorda, en lustrar a los clientes para que no se le fueran.

El negocio, con sus gastos aumentados, se derrumbaba con una velocidad vertiginosa; pero él, terco como una mula, se mantenía intransigente.

La huelga se prolongaba demasiado, y los huelguistas tenían que hacer esfuerzos heroicos para resistir al hambre. A los 16 días de iniciado el conflicto un oficial de don Sebastián, lleno de indignación y cansado de esperar, ideó un plan diabólico. Se puso de acuerdo secretamente con el comité de huelga y se presentó al trabajo.

Al verlo, se alegró mucho don Sebastián, pensando que los demás no tardarían en presentarse también.

Era la una de la tarde. El resto del día lo pasaron los dos trabajando apurados. A las diez de la noche el patrón hizo el balance de costumbre con satisfacción de avaro, cerró el negocio y los dos se retiraron a descansar con un «hasta mañana».

A las 10,15 el salón de lustrar ardía en llamas. El implacable incendio devorábalo todo. Cuando llegaron los bomberos todo era escombros y cenizas. Don Sebastián, avisado urgentemente, se arrancaba los pelos de desesperación.

Se atribuyó el desastre a un corto circuito y no se habló más del asunto. No estaba asegurado, por lo cual el ex obrero se vió de nuevo en la calle «seco y pelado» como el primero de mayo de 1929. Fué a ver a su protector, pero éste se había embarcado para el exterior, en viaje de turismo, hacía una semana. Tuvo que volver a buscar trabajo de oficial, como antes, a fin de ganarse la vida.

En los primeros días era boicoteado por los demás obreros, por el odio a que se había hecho

acreditor; pero al fin, descartada la venganza, se le perdonó el mal comportamiento y pudo encontrar trabajo.

Se organizó en el Sindicato Obrero Lustradores de Calzado, perdiendo el «Don» y la independencia que tanto gusto le había tomado. El horario reducido y el aumento del salario que se había conseguido por la huelga, más, el despertarse nuevamente la conciencia de proletario, lo indujeron a estudiar a fondo y con toda amplitud el problema social.

Leyó con afán los libros de los mejores escritores libertarios. Meditó mucho sobre los hechos de la vida diaria, sus causas y sus resultados.

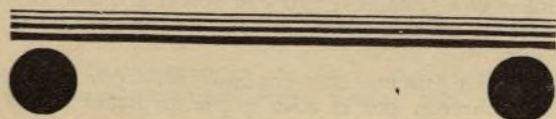
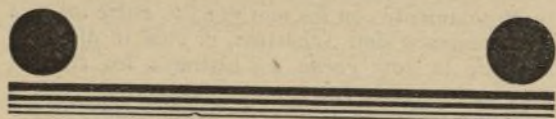
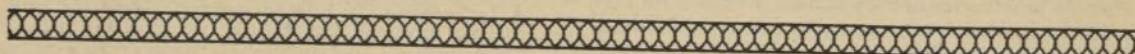
Después de algún tiempo el hombre había sufrido una transformación profunda. El silencio y la reconcentración en sí mismo lo habían hecho un ser enigmático para los compañeros del gremio; hasta que un día, en una asamblea del Sindicato, por primera vez pidió la palabra. Todos

los compañeros quedaron asombrados del inesperado acontecimiento y pararon las orejas como conejos. Sebastián Fiamma habló así:

— Camaradas: Llegó la hora de cambiar la orientación de nuestra organización. Debemos dejar a un lado la lucha por el centavo, el reformismo como finalidad, y encarrilar la acción hacia la abolición completa y radical del régimen capitalista, de la autoridad y del dinero. Debemos prepararnos desde este momento a vivir el anarcosindicalismo. Si los compañeros aquí presentes no aceptan mi moción, yo me dedicaré solo, o con camaradas de otros gremios, a la propaganda del único ideal que nos ha de redimir de la esclavitud que padecemos.

He dicho.

Desde ese momento Sebastián Fiamma se hizo uno de los más grandes apóstoles del nuevo ideal de liberación humana que agita al mundo.



Existen cuatro problemas que, a mi parecer, constituyen para los anarquistas de todos los países los problemas máximos de la hora presente

1.º Contribuir a la insurrección de todas las fuerzas revolucionarias progresivas, sin dejarse absorber y dominar por los partidos más numerosos y mejor organizados.

2.º Utilizar las organizaciones obreras para la demolición y la construcción, conteniendo y evitando los males y peligros del sindicalismo.

3.º Asegurar la alimentación del pueblo sin la intervención de un poder central que, al imponer un monopolio de los artículos de primera necesidad, se convertiría en el peor o en el más poderoso de los regímenes tiránicos.

4.º Proveer de armamento a toda la población, cosa indispensable, pues si alguien (individuo, partido o clase) tuviera el monopolio de la fuerza armada, llegaría al fin a ser dominador de todo y de todos.

ERRICO MALATESTA

Arte y ARTISTAS

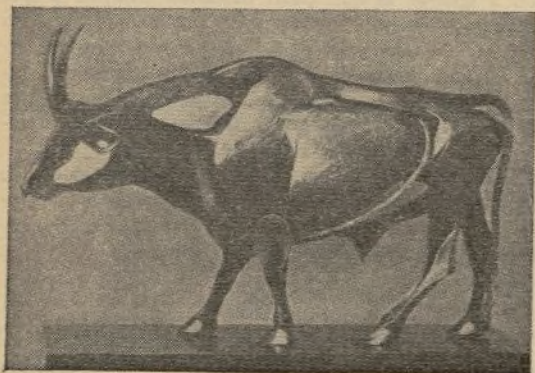
El nuestro, en el momento actual de algunos «ismos»



DESPRECIAR lo que no conocemos es absurdo; despreciar lo que conocimos, a veces, ingratitud: justipreciar. No vivimos del amor ni para el amor; vivimos — dicen y eso es todo — necesariamente. Nuestra necesidad da la medida de nuestra riqueza — parece que nuestra necesidad es un lujo

aristocrático en este tránsito de civilización resignada, a ratos. Apremiamos: nuestro momento exige libertad. ¿Qué interés se establece entre «ismos» geométricos, dimensiones espaciales, cromatismos y esta última posibilidad atómica que, hoy, rebasa lo legislado sobre el átomo — la libertad, disgregación necesaria al conocimiento?

El arte no necesita ser considerado como un fin, un medio o una consecuencia, en relación con la cultura en que aflora; es algo distinto, no independiente, sobre todo, del arte. ¿Personalidades aisladas? ¿Genios? No, cumbres; bien, pero diciendo cumbres significamos



«Buey», en lámina de cobre, por Gargallo

valles, colinas, todo un sistema orográfico, toda una razón geológica o abisal, todo un paisaje.

En Taine encontramos la fórmula para establecer relaciones y valorarlas en diagramas. En la línea de alzas y bajas del arte moderno, Gargallo y Picaso, por ejemplo, no son fenómenos estelares sino puntos cimeros de una matemática cifra de altitud. No copia o plagio sino solución de continuidad, ciclos; asimilación y desasimilación. ¿Una lámina vibrante de Gargallo sin los arlequines cubistas de Picaso y las fantasías de

Archipenko o los resúmenes escultóricos de Brancusi? Los recalcitrantes dirán que «lo de Gargallo es distinto»; puede ser, pero no independiente.

No particularicemos. ¿Combatir al anarquismo trayendo al retortero los descaros del primer sedicente anarquista? Pues con el cubismo y otros «ismos» se



Ya en Goya, lo alegórico «impresiona» como algo más desentrañable, lo que hoy se llama surrealismo.

«La mujer del caballo»

Museo del Prado

hizo eso, se hace, porque se le combate, hoy, que ha pasado a la Historia del arte — el cubismo — y corremos el riesgo de que suceda igual para el anarquismo: que después de no haber sido interesado ni comprendido cuando maduro, se le critique y discuta campanudamente cuando descansa en el seno de la historia — pero del cubismo puede decirse que cumplió su misión.

Ya en el siglo XIX sentía Taine la arquitectura como un juego de volúmenes de valores estrictamente geométricos, concepto cubista que se experimentó, más tarde, en el lienzo; y cuando trasplantando a la pintura esta necesidad geométrica nos dejó — tras la erupción cubista — la victoria de haber visto el volumen en una superficie plana, al descomponer o desdoblarse el objeto en todos sus planos posibles, ello nos dió una síntesis de él y abrió el ciclo de un intento más íntimo, o de desdoble sensorial: el subrealismo.

Surge — antes — otro «ismo», necesitaría consignar de la era mecánica: el dinamismo, que pretendió captar para el arte la escuela futurista italiana. Conquistar Adua es una cosa, señores fascistas; cazar vivo el dinamismo, deteniéndole, inmovilizándolo en un lienzo, es otra cosa: intento de retrasados mentales, también. El dinamismo, para el arte, tiene su lienzo: el lienzo mágico, de la pantalla cinematográfica; lo demás son borracheras patrióticas de esclavistas y delirios histéricos de espiritistas y «prestidigitadores» políticos.

Nos llevaría muy lejos reseñar, siquiera someramente, otros intentos, ensayos o banderitas clavadas en el panorama del arte moderno. El «purismo», el «neoplas-



Un simple objeto, la guitarra, ha liberado su geometría en esta «naturaleza muerta», de Juan Gris, 1916.

ticismo» o «elementarismo» y otros escarceos, algunos, verdaderas regresiones hacia la magia. Pero una magia y un totemismo adoptados por los espíritus incrédulos y jugueteros de artistas del siglo XX no interesan ya — a mi juicio — puesto que el clavo — rebelión contra lo griego o clásico — está suficientemente remachado.

Escribe Georges-Henry Rivière, subdirector del Museo de Etnografía del Trocadero: «La filosofía del arte se ha renovado desde el momento en que el arte griego, el único estudiado durante mucho tiempo, ha podido ser comparado con otras formas del arte, como el arte chino o el arte negro, los cánones de los cuales no tienen nada que ver con los del arte griego. De otro lado el hombre se ha apercebido de que cuanto más antigua es una civilización, menos diferenciados son sus elementos. El arte y la religión, la ciencia y la moral se confunden. Es a medida que las civilizaciones evolucionan que evolucionan estas diversas ramas. Así es como en nuestras civilizaciones modernas el arte se ha convertido en una cosa laica, pero al separarse de la religión perdía virtud y fuerza y ha sido obligado infundirle una vida nueva haciéndole religión en sí: «el arte por el arte». Esto representa una tal separación del resto de la vida que parece que la única salvación del arte sea un retorno a sus orígenes y que los artistas *reencuentren el sentido social de su actividad* inspirándose en el folklore y en todas las manifestaciones del arte popular.»

Subrayo: *el sentido social*. Está muy bien que el objeto de la pintura moderna nos comunique la frialdad del estuche en donde se alinean el bisturí, la lan-

ceta y las pinzas, con otros instrumentos quirúrgicos, pero en éstos encontramos ese sentido social de que carece el virtuosismo sensacionalista del cuadro moderno. ¡Volver a la pintura de tesis, al cromatismo postnaturalista — eco pictórico del Zola de la literatura — ? No; no se trata de volverse sino de encararse con el problema que es nuestra época, y el problema de nuestra época desbordará el marco estrecho de las artes plásticas y sólo se manifiesta con grandeza y unidad artísticas en el cine. ¿Otra vez el cine? Mejor «otra vez el cine» que «otra vez la pintura», porque las variaciones en pintura, dentro de poco, van a ser cuestión de un Jean Patou o un Molineaux de los pinceles que, cada otoño, como cada primavera, verano e invierno, sorprenderán a una élite de diminutos y refinados cerebros con sus «creaciones», ora en beige, en strass o en prosaico popelín rameado.

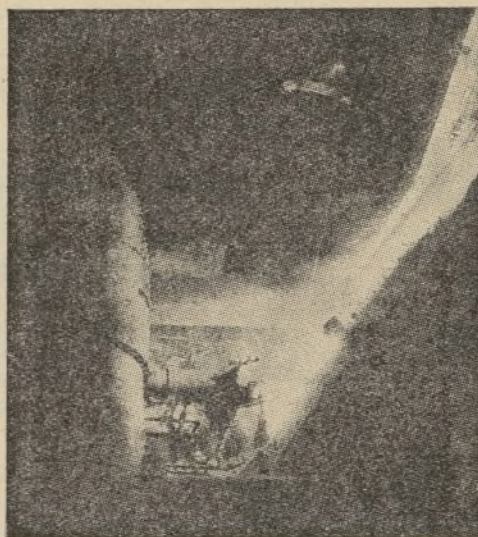
Otra vez el cine, otra vez el dinamismo. Para moverse es preciso no estar trabados, para llevar el dinamismo actual al arte es necesario superar las cortapisas que se oponen a la libertad de expresión y de crítica. Seguir la moda es cosa que puede hacerse con dinero y con humor. Nuestro momento exige más virilidad: ¡Queremos respirar a plenos pulmones! No nos satisfacemos con pastelitos, confituras y bibelots, o con abstracciones... pintadas. Queremos plasmar en arte la inquietud del momento, tan dinámica y tan viva como hasta ahora no pudo trasplantarse. Dispensar si ciertos juegos no nos interesan — no es desprecio —, en parte; el gran juego es conseguir que el hombre no esté coartado por el imbécil ni la inteligencia arrestada por el sable. No es falta de sensibilidad, en nosotros, sino sensibilidad de niños que no se resignan a ignorar lo que están deseando ensayar, y que presienten inmenso, importante. Sólo se permiten las drogas; los revulsivos están proscritos y es necesario que, en lugar de adormecerse, la humanidad reaccione fuertemente, en rojo, en eclosión maravillosa del líquido vital, en el negro de la noche de los tiempos. Sólo así sabremos de lo que somos capaces. Significamos: hay que pasar de las modas a los modos, e intentos no coartados nos darían modulaciones insospechadas, formas nuevas de una nueva unidad desunificada y vital — no religiosa.

Hemos vestido a nuestra época el traje adecuado. «Robes le Corbusier», interiores esterilizados para un amor más higiénico: el amor por el amor que como el arte por el arte necesita, a veces, recrearse en hijos, hijos de la pasión y del instinto en cocktail con el deseo inteligente, con la voluntad consciente de obtener «el último grito», y lo mejor que uno pueda dar a la vida. Mas, escuchad a Kissling, quien confiesa un fracaso o una impotencia de postguerra *et d'avant guerre*: «...La guerra no ha suscitado nada desde el punto de vista de la pintura. En Italia, actualmente, una racha de patriotismo «futurista» exalta la mecánica, la aviación, las nuevas formas aerodinámicas. Pero la mecánica, por el momento, es antipictórica. Puede ser que más tarde suscite grandes obras. Nos encon-

tramos, nosotros artistas, delante de estas nuevas potencias como nuestros padres al nacer el automóvil: desconcertados, y sin «modo» todavía. No tenemos los «reflejos». Comprendemos y sentimos, pero aun no podemos traducir.»

Incomprensión, decimos hoy. No se trata de traducir, sino de *inventar* un idioma, y el idioma está ya inventado. Para que hablase la geometría de las cosas, surgió necesariamente el dibujo; para que hablase el color, surgió la pintura, y en la música habló a los registros de nuestra sensibilidad más inencontrable el susurro de un desplazamiento anímico de las formas en el espacio y en el tiempo, inaprensible por otros medios que los puramente musicales. En nuestra era mecánica, un puente que se eleva, inteligente, al paso de un buque, una grúa, un martillo pilón, son seres y formas de personalidades nuevas que para hablar libre y claramente en Arte reclaman, necesariamente, otro idioma y otro alfabeto que el del pintor, el versificador y el novelista. Una fábrica es un cíclope que alienta vida propia y al que un pintor no puede «entrevistar» sin exponerse a un fracaso más o menos disimulado. Un ser viviente del avant-maquínismo pudo ser inmovilizado, con éxito, en la obra escultórica, pero ¿quién se atreve a esculpir una máquina de hacer zapatos? Y, sin embargo, esa máquina puede hablar bella y emotivamente a nuestra sensibilidad y desdoblarse ante nosotros — en dimensiones espaciales prácticamente reducidas al tamaño de un tapiz — una recia y viviente personalidad dinámica. El lenguaje necesario es el cinematográfico y el alfabeto de este idioma es universal, aunque ahora se enmascare esta cualidad con los acentos diversos de charlatanes empedernidos y a buen sueldo, extraños al verdadero espíritu del cinema.

«Citroën 10 HP.», a la letra — por ejemplo —, es también la máquina a través del obrero; nosotros queremos ver al hombre a través de la máquina para des-



Las entrañas del cíclope que alumbró Henry Ford
(Fábrica de Roug-Plant, Detroit)

cubrir, tal vez, un hombre nuevo: y precisamos libertad.

Por eso nuestro momento *corporalmente* insurreccional en el momento actual de todos los «ismos».

A. LESCARBOURA

Nuestra época dinámica y el arte

Por GUSTAVO COCHET

Hoy se considera el arte como un simple pasatiempo y distracción para unos y, en general, un medio como otro cualquiera para ganar dinero y no el medio por el que el hombre llega a lo más sublime del espíritu.

Por otra parte se cree divulgar el arte y lo que se consigue es manosearlo, desprestigiarlo, vulgarizándolo como bagatelas de bazar; con la radio, por ejemplo, se comete el más grande sacrilegio contra la música. Desde primera hora de la mañana hasta entrada la noche, en la calle, con estridentes altavoces, en los cafés, en el vecindario, nos atiborran de música clásica, tangos, sardanas, jazzband, amenizándose cada final con malos chistes y la propaganda comercial.

La radio podría permitir, hasta al más humilde, gozar de la velada musical que hasta hace poco sólo era permitida al que tenía amigos músicos o podía pagárselos; pero no es así.

Como antes se iba a una sala de concierto, después a sentir música, ahora se escucha la radio, al mismo

tiempo que se despacha la correspondencia se lee el diario o se discute de negocios o política.

Con la escultura y la pintura pasa otro tanto; es incalculable la cantidad asombrosa que se llega a producir, pero cuán exiguo su contenido. ¡Oh, admirable ejemplo de Miguel Angel, que dormía al lado de sus mármoles para poder proseguir su trabajo inmediatamente, al despertarse, no en un delirio de sobreproducción en serie, sino en ansias de perfección y por su apasionado amor al arte!; sólo así se concibe la grandiosidad de su obra, como la de todos los artistas de su temple.

Por más talento y buena fe que tenga un artista, si solamente puede dedicarse a su arte los domingos o en los ratos que le quedan después del trabajo a que está condenado para poder vivir, no será más que un aficionado. Lo mismo los que se consagran enteramente, pero supeditados a la mediocridad del público, absorbidos por sus deberes de sociedad, limitados por las

TIEMPOS 101
NUEVOS

conveniencias de los clientes, como a sus propios apetitos de lucrarse, no podrán nunca hacer más que obras mediocres.

La característica de la mayoría de los artistas de hoy, es lo fácil, la falta de estilo y amor a su oficio y ausencia de compromiso consciente; es el rastrerismo y la adulación; su éxito en la sociedad adinerada, más que de su arte, depende de su gracia de bufón, de su astucia de comerciante o de su amabilidad para con las damas.

El artista tiene hoy menos tiempo que nunca para hacer obra; sin embargo, nunca ha producido tanto;

forzosamente debe perder en calidad. El artista que trabaja en vista del éxito comercial o, como vulgarmente se dice, de cara al público, es el más despreciable de los individuos y sólo es digno el artista que sinceramente se dedica al arte consagrándole todos sus esfuerzos y anhelos para alcanzar su más grande y profunda expresión. De éstos, aunque pocos también, los hay; pero trabajan en silencio y, como la emoción de la obra que ellos crean brota de más hondo, cuesta más llegar a la superficie y quizá, como siempre, sólo la posteridad conseguirá retirar el velo de la incompreensión a los hombres, para que perciban su luz.

Exposiciones en Barcelona

La crítica de arte es casi siempre el juicio de hombres que juzgan según las escuelas a que están afiliados. Por autorizada que sea la opinión de un crítico, no será, pues, inapelable, por ser susceptible de equi-



vocación, cuando no falsa por los principios que rigen sus normas; así, a la crítica directa que puede demoler como afianzar un artista, con sólo cambiar algunas palabras, es preferible el comentario confrontado con la opinión de muchos artistas, resultando sus juicios rectificadas o ampliados; de esta forma es más fácil aproximarse a la verdad.

Hacer Poussin del natural, era el sueño dorado de Cézanne y ese sigue siendo el problema de la pintura; no se puede (aunque muchos lo consigan hasta cierto punto) pretender la emoción pictórica pura, sin una orquestración o arquitectura, que, así como la presen-

cia de la flor aumenta su aroma, aquello da una base y una fuerza que intensifica su emotividad; por consiguiente, al faltarle la parte constructiva que forma el armazón de la composición, toda la emoción, toda la gracia, la sensibilidad y espiritualidad de la obra no pueden ser permanentes sino efímeras, es decir, superficiales.

Sala Parés. — Maragall, Mompou; Sala Syra. — Grau Sala, Olga Sacharoff, Soledad Martínez; Sala Barcino. — Pedro Daura.

Naturalmente hay que reconocer que, de estos artistas, los que están dotados de un verdadero temperamento de pintor y trabajan sinceramente, logran esa gracia espiritual y sensible que agrada, pero no llegan a la expresión honda y aguda de lo más humanamente sentido y son más bien pintores decoradores.

En escultura, diríase que es más difícil prescindir de este equilibrio, y una demostración, de ello, son muchas de las obras del escultor Llaurador, Sala Parés, en las cuales logra aunar el sentimiento y la gracia a una sólida y vigorosa estructura; y así todo lo que es realizado con esfuerzo y trabajo va impregnado de ese sello de vida de que carecen las cosas conseguidas de primera intención.

La pintura de Moncada, Galerías Layetanas, parte de un error básico en el sentido y carácter de la pintura, que no ha sido nunca la imitación fiel de la naturaleza. Cuando una fruta pintada nos dice «Cómeme», significa que nos atrae por su similitud con la fruta real, pero no por una sensación puramente pictórica; estas Galerías se caracterizan por la exposición de toda la mala pintura que se produce en España y sólo en rara ocasión puede notarse una excepción cuando, por azar, expone algún pintor extranjero.

La pintura del profesor Labarta, Sala Pinacoteca, no es mala, pero es pobre y mezquina; la fineza y transparencia de los tonos están conseguidas a fuerza de descoloración, evitando todo compromiso.

El año empieza flojo, a pesar de haberse inaugurado una nueva Galería: «Fortuny», Paseo de Gracia; los cuadros que expone en su inauguración, hacen dudar de lo que será su solvencia artística. Las demás Galerías tienen más interés en vender bibelots y juguetes que cuadros en la ocasión de las fiestas de tradición.

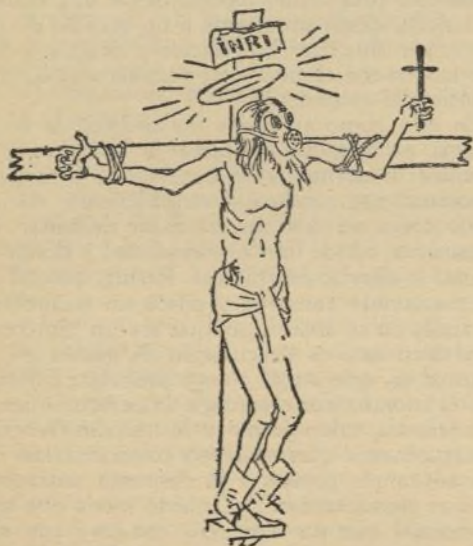
En la Sala Parés, donde no venden floreros, peceras ni lámparas para veladores, y que sólo tienen un anexo de librería artística que no desentona, expone un

pintor de los buenos que hay en Barcelona, Juan Serra. Este pintor tiene, sin embargo, sus faltas. Chevreul, Guignet y otros establecieron de una manera científica la relación de los tonos y su influencia entre ellos; los impresionistas la pusieron en práctica y desde entonces tenemos lo que podríamos llamar una escala de tonos precisos, igual que en la música, que no debiera ignorar ningún buen pintor. Juan Serra, que da una sólida estructura a sus telas, y es rico y abundante en la materia, olvida a menudo el ajuste de la relación de tonos entre sí; por ejemplo, al volver a insistir sobre su tela, se reserva tonos de secciones anteriores que forman verdaderos agujeros y, sobre todo, el exceso de blanco, el mismo blanco lechoso que se encuentra en todos sus cuadros, como en uno de sus bodegones, donde el blanco del conejo es el mismo del mantel y de otros objetos.

Ninguno que tenga un mínimo de conocimiento en

arte, se ocupará de Julio Borell, Galerías Layetanas; yo lo menciono, no por su pintura, sino por lo que significa para la Galería que admite sus cuadros y para el público que los admira; en una parte de la sala, sus cuadros representan desnudos a semidesnudos libidinosos, propios para viejos verdes, y en un rincón, separados por una cortina, asuntos religiosos, o sea que se puede pasar del burdel al santuario.

Decididamente no podrá nunca constituir un orgullo o satisfacción para el artista que consiga una medalla u otra distinción oficial; se acaba de dar el primer premio (diez mil pesetas) en el concurso de pintura de Madrid a Muntaner, que es de los peores pintores catalanes. El mediocre pintor Eugenio Hermoso, que expone en la Sala Barcino, también ostenta, en su catálogo, medallas de oro internacionales y nacionales y es que, en lo oficial, académico, no hay lugar para los que sobrepasan sus normas rutinarias. — G. C.



La Iglesia y el Estado constituyen una banda asociada; forman una vasta asociación de malhechores; están unidos en el crimen y en la impostura. El proyecto de separarlos es vano; el de oponerles el uno al otro es quimérico; tienen demasiada necesidad el uno del otro para romper el pacto que, secreta o abiertamente, les liga; tienen demasiados intereses comunes para combatirse.

Asociados y cómplices lo son; y permanecerán cómplices y asociados en tanto que existan. Una montaña de cadáveres les une para siempre. Juntos viven; juntos sucumbirán.

Su consigna contra el proletariado es: «miseria y servidumbre». La consigna del proletariado contra ellos es: «bienestar y libertad».

SEBASTIÁN FAURE

La civilización moderna tiene otra cosa que ofrecer a los hombres que piensan. Les dice que para ser ricos no necesitan quitarles el pan de la boca a los demás, sino que lo más racional sería establecer una sociedad en la que los hombres, con el trabajo de sus brazos y de su inteligencia, y ayudados por las máquinas ya inventadas y por inventar, creasen ellos mismos toda la riqueza imaginable. No serían las ciencias y las artes las que se quedasen retrasadas si la producción se dirigiese por tal vía. Guiadas por la observación, el análisis y la experiencia, responderían a todas las exigencias posibles. Reducirían el tiempo que se necesitase para producir de todo hasta donde se quisiera, a fin de dejar a cada uno, hombre o mujer, todo el tiempo libre que pudiese desear. No estaría en sus manos, seguramente, garantizar la felicidad, porque ésta depende tanto, o tal vez más, del individuo mismo que del medio en que vive. Pero al menos garantizarían la que puede encontrarse en el completo y variado ejercicio de las distintas facultades del ser humano, en un trabajo que no necesitaría ser exagerado, y en la conciencia de que cada uno no procuraría basar su propia felicidad sobre la miseria de sus semejantes.

P. KROPOTKÍN



TIEMPOS
NUEVOS 103

El fetiche amoroso

por el doctor F. Martí Ibáñez



UNA de las grandes características de la Sexología moderna, es haberse preocupado de investigar hechos que en apariencia pertenecían a la simple categoría de banales accidentalismos del amor. La llama sutil del moderno soplete sexológico ha puesto de manifiesto, al ser proyectada sobre tales hechos, que en su entraña latían inquietantes posibilidades.

Hoy, muchos aspectos hasta ahora desdeñados del sexo y de la lírica amorosa, se nos presentan aureolados de una nueva luz científica, que nos permite descubrir los secretos funcionalismos que les regían. Uno de ellos es el *fetiche*, tan explotado en la literatura amorosa antigua y moderna. Desde la perfumada batista que las manos pálidas de la dama entregaban a sus caballeros, para que las llevaran como un símbolo bajo la férrea coraza en su cruzada a Oriente, hasta la adoración extática de los enamorados ochocentistas por el pelo dorado o la mirada azul de su amada, que el fetichismo se multiplica en esa literatura. Los hechos son tan profusos que resulta imposible abarcarlos, siquiera sea en una ojeada de conjunto.

El correr vertiginoso de los años ha desembozado actualmente en una palestra cultural, en la cual los sexólogos modernos esgrimen sus armas intelectuales contra los viejos problemas. Y ese combate espiritual entre los hombres de ciencia y la cara enigmática de los antiguos hechos, ha finalizado en la espléndida realización de esculpir sobre cada momento de los plasmados por la lírica amorosa, su clave explicativa.

Gracias a tal labor de exploración científica, el fetichismo amoroso comienza a mostrárenos ya, como una pieza engranada entre las muchas que integran la maquinaria psíquica del erotismo. Restan muchos trabajos que hacer para poder indagar los aspectos aun desconocidos del asunto, pero ya nos es posible movernos con cierta soltura en tan intrincado dédalo psicológico. Expongamos con la mayor claridad posible el esquema de la comprensión psicológica moderna del problema.

Fetiche es un vocablo usado en un principio, para designar los ídolos y amuletos a los que se rinde culto por las tribus salvajes; pero en terminología sexológica, expresa un objeto vivo o inanimado, un gesto o expresión, al cual se estima como dotado de cierto valor simbólico-amoroso. Si el creyente considera revestido de un

excelso valor un objeto cualquiera que se le presenta como proveniente o relacionado con una Divinidad, el fetiche resulta para el enamorado, investido de análoga representación erótica. No por lo que en sí signifique el fetiche (puesto que en tal categoría puede entrar todo lo existente, desde una rosa a una piedra, desde una mano a un halcón, desde un guante a un tornillo de maquinaria); sino por las relaciones ocultas y simbólicas que con el amor o la persona amada, tiene a juicio del enamorado.

En este como en todos los asuntos de la Sexología, no podemos establecer la frontera correcta entre lo normal y lo patológico. Una suave pendiente nos conduce insensiblemente de una a otra zona, sin que nos sea dable delimitar concretamente dónde fine la normalidad y dónde comienza la desviación amorosa. Resulta normal que un enamorado conserve y adore un pañuelito o un anillo de su amada, aunque sea un tanto cursi — si bien esto es ya cuestión de gustos —. Lo anormal es, que aquel objeto simbólico o *fetiche* que él adoraba por recordarle la persona querida, adquiera un valor propio y le impulse frenéticamente a buscar tales objetos y coleccionarlos, porque su simple presencia le despierta sensaciones eróticas pronunciadas. Del mismo modo que siendo normal que un ingeniero conserve con simpatía y como recuerdo de una máquina por él construída, una pieza de recambio, sería anormal que la considerase investida de un poder mágico y omnipotente.

De ese fetichismo erótico normal, por el cual un perfume que se aspiró en los cabellos amados resulta evocador para el amante o una flor que se recibió en prenda amorosa, hace renacer en el enamorado cada vez que la encuentra las viejas y nostálgicas emociones eróticas, no nos ocuparemos. La tendencia de las parejas a pasear siempre por los mismos parajes y a retornar al escenario de los primeros encuentros, es un caso de fetichismo normal. Benjamín Jarnés, uno de los más finamente correctos literatos de la nueva España, nos ha descrito de modo insuperable la tragedia de los enamorados que un día dejan de serlo. Al volver a encontrarse tiempo después, comprueban con desaliento que su amor se ha desvanecido, como el aroma de una flor marchita. Entonces intentan buscarlo y para ello vuelven juntos a los lugares donde se desarrolló su antiguo amor. Sin saberlo, comprende el sexólogo, que

tantean a ciegas para ver si el fetichismo del viejo lugar, despierta en ellos las yertas palpitaciones románticas. Pero el fetiche ya no actúa, el embrujo se rompió y aquella decisiva experiencia les convence de la pérdida definitiva de su amor.

Para orientarnos mejor en este intrincado encaje de hechos, veamos de clasificar el fetichismo, al menos con un fin didáctico. Si tal hacemos, podemos considerar, si nos atenemos al sentido de este fenómeno, un *fetichismo positivo o de atracción* (casos citados) y un *fetichismo negativo o repelente*. Del primero de ambos tipos, ya hemos citado ejemplos. Del segundo grupo nos da imagen gráfica, el que en ocasiones un elemento o detalle que figure en nuestras primeras experiencias eróticas, condiciones a veces para siempre en sentido inhibitorio nuestra vida amorosa ulterior, cada vez que nos hallemos ante el mismo detalle.

Aclaremos este concepto. Hace unas semanas, he visitado a un joven, que acudió refiriéndome su incapacidad para las relaciones sexuales, siempre que intentaba verificarlas en una habitación amueblada según es costumbre. Una larga serie de interrogatorios psicológicos mostró la génesis de su anormalidad.

De pequeño y en el cuarto paterno tuvo un conato de relaciones físicas con una sirvienta de la casa, que fracasó, según pude averiguar porque «el cuarto estaba lleno de cuadros en las paredes, con retratos de la familia — según palabras del propio paciente — y aquellos ojos parecían perseguirme y acusarme por mi acción, hasta el punto de hacerme huir llorando antes de realizar mi deseo». Desde entonces, cada vez que intentaba la misma experiencia en un cuarto, le acometía a la vista de un cuadro cualquiera un temor y una angustia que inhibiendo su sexualidad le conducían al fracaso; siendo así que en pleno aire libre, una vez que tuvo ocasión de realizar el mismo acto, no se produjo el fenómeno.

Este es un ejemplo demostrativo, de que al lado de los casos de fetichismo de atracción, existe el fetichismo de negación o repelente; que actúa (como en el caso citado) a veces sin que el interesado se percate del mecanismo por el que influye sobre su sexualidad, un objeto determinado. Ateniéndonos a la clase de objetos que lo producen, podemos con el venerable sexólogo Havelock Ellis clasificarle en: *Fetichismo por seres vivos* (personas, partes del cuerpo, animales o plantas); *fetichismo por objetos inanimados* cualesquiera y *fetichismo por actos o actitudes diversas* (comer, sentarse, colocarse en posturas determinadas, etc.). A base de estos tres tipos, el sexólogo inglés establece una serie de subtipos secundarios, que no citamos para simplificar esta exposición.

De aquí arranca todo el campo tan extenso del fetichismo, que generalmente (en mi práctica profesional lo he visto siempre), va ligado a otras anormalidades sexuales, tales como sadismo, masoquismo u homosexualismo, etc. El anecdotario sería interminable: desde los fetichistas que experimentan el placer sexual robando pañuelos,

cintas, paraguas o anillos, hasta los que tienen el deleite erótico contemplando una máquina en movimiento o hasta los que — como en un caso visto por mí — experimentan el placer sensual al oír el timbre del teléfono. Poseo en mi archivo, testimonios y casos tan asombrosos que al lado de su realidad inquietante, palidecen todas las extravagancias y fantasías creadas por la imaginación del más fecundo folletinista. Casos asombrosos, como el de un paciente mío, cuyo deleite era aproximarse a mujeres ancianas y con vello en la cara; o como el de otro joven cuya sensualidad se desbordaba tan sólo a la vista de mujeres enfermas de un mal incurable.

El anecdotario sería interminable. Si tenemos en cuenta que todos los seres humanos, normales o aberrados poseen su fetiche erótico — a veces sin saberlo —, comprenderemos que sea tan diversa y tan extraordinaria la calidad del fetiche.

Remarquemos como las dos variedades quizá más frecuentes, el *fetichismo del zapato* y el del *pele*. Hombres hay, cuyo impulso amoroso viene condicionado por el zapato de las mujeres. Son capaces de amar tan sólo a mujeres que usen determinado tipo de zapatos; no por ellas en sí, sino por el mágico aliciente que el zapato les presta. Estos seres — más frecuentes de lo que pueda uno figurarse — viven obsesionados por su fetiche y algunos de ellos, llegan a despreciar a la mujer y tan sólo la persiguen a través del símbolo, coleccionando zapatos robados como en muchos casos se puede observar. Otras veces el fetichismo se orienta hacia el pelo, y entonces aman solamente mujeres cuya cabellera tenga tal o cual color o forma — y si su fetichismo se exagera, entonces dejando de lado a la mujer, buscan solamente sus cabellos, que cortan y roban en la calle o en las aglomeraciones, valiéndose de mil artimañas.

Hace años, cuando aun estaba en boga, y sobre el corpiño de las muchachas se estilaba el oro pálido de la trenza, abundó el tipo de fetichistas del cabello, que se dedicaban provistos de tijeras a cortar y robar trenzas, su máspreciado fetiche. El profesor W. Weygandt nos ha proporcionado un estudio acerca de un caso por él visto, de un ingeniero afecto de este singular fetichismo y que además del interés médico-legal y sexológico por su anormalidad, ofrecía como tema de estudio psicológico, una serie de fantasías, en las cuales la trenza rubia era el motivo dominante.

¿Cuál es el mecanismo psicopatológico que rige las extravagantes tendencias del fetichismo?

Dejando de lado las innumerables conexiones del asunto con ámbitos sociológicos, históricos y antropológicos, indiquemos en pocas palabras el inquietante mecanismo psicológico que rige la apetencia hacia un fetiche.

Tres fases atraviesa el fetichista en su tránsito vital hacia su morbosismo: la primera de ellas es aún normal y la presentan todos los enamorados. Se ama a una persona, (hombre o mujer, pues en ambos sexos es común esta anormalidad) y al supervalorizarla, al colocarla en un pedestal espiritual, se elevan junto con ella todos los de-

Un mosquito que estuvo preso una eternidad

ALBERTO CARSÍ (Geólogo)



AS frías salas de los Museos de Historia Natural causan pavor, confunden y anonadan, a quien se fije en todos los ejemplares, hunda el dardo de sus inquietudes en la historia de los mismos y les interroga a fondo, disparándoles todo el cinturón de las cápsulas de que la historia ha provisto nuestro poder inquisitivo.

Se habla con mucha frecuencia de la liberación espiritual por la copiosa asimilación de conocimientos, por el cultivo de todas las ramas del saber, por lo que llamamos cultura.

No hay cosa alguna tan grande, efectivamente, como el penetrar hasta el alma de las cosas, conocerlas y amarlas; y con mayor motivo cuando estas cosas son los elementos naturales, las materias con que el destino construyó nuestra morada planetaria; las rocas, los minerales, los fósiles, el agua y los infinitos conjuntos que la combinación de varias de ellas se ofrecen a la observación del hombre culto.

Parece patrimonio de la Naturaleza imponer serenidad, sosiego y optimismo con la grandeza



de sus cuadros, y el hombre trivial se siente sobrecogido ante la complicación del tremendo laboratorio que le rodea en todas partes: en la ciudad, en el campo, en el monte, en la playa... y envidia al sabio, al que supone en relación íntima con los más recónditos secretos de lo que él considera acumulación desordenada y caótica de fuerzas y materias. Y le envidia todavía más cuando supone que esta comunión le fortalece con una robustez espiritual a prueba de todo choque, de toda colisión con las rudezas de la realidad; es decir, le cree a la altura de la realidad misma.

En cambio, es lo cierto, que no hay cosa alguna tan medrosa como el alma del sabio, nada tan inquieto y tan expuesto al influjo coaccionante de los más mínimos detalles de la complicada máquina de la Naturaleza. De lo cual se deduce que la cultura no es liberación sino aprisionamiento; y que la penetración hasta el alma de las cosas y el amor universal por la comprensión, no es un

talles, todas las cosas, todos los lugares, gestos y personas, que por guardar relación directa o indirecta con aquella, o por recordarla, tienen un valor simbólico para el enamorado.

Es la fase que se puede observar en los amantes que se extasían ante cualquier objeto, que simbolice a la Deseada o al varón amado.

En un segundo estadio — y advierto que estas fases que yo delimito para la mejor comprensión no se presentan tan claramente perfiladas en la realidad —, se adora más al recuerdo de una persona, que a ella misma; se ama con más ardor el símbolo que la persona simbolizada. Todos los valores espirituales que en un comienzo fueron por el pensamiento del enamorado trasladados desde la persona querida al objeto simbólico o fetiche, (por el mecanismo psicológico llamado de «transitivismo») aparecen ya como pertenecientes al objeto mismo.

La imagen de este momento nos la da, la diferencia entre la persona, para quien el dinero tiene valor tan sólo por las cosas que nos permite realizar, y el avaro para el cual el valor del dinero reside en la moneda misma, aun sin relacionarla con los objetos que nos permitiría adquirir.

Para el amante-fetichista, el símbolo amado comienza ya a tener más valor que la persona con la cual se relaciona.

Sobreviene entonces la última etapa: el símbolo o fetiche rompe sus conexiones con la persona simbolizada. En la mente del fetichista, se esfuma el sentimiento normal del amor, para restar tan sólo devoción hacia el fetiche. Ya no se le busca por lo que representa, sino por sí mismo.

Y en ese instante, resulta ya estructurado psicológicamente el fetichismo patológico. Como algún día detallaremos, esto tiene no sólo el sentido psicológico descrito sino también el valor antropológico, de un salto mental hacia el pensamiento atávico, hacia las formas mágicas de la mentalidad, en virtud de las cuales, adoraban los primitivos sus fetiches místicos.

Para nosotros, para todos los interesados en los problemas sexológicos, tiene el valor este asunto, de hacernos mirar con ojos llenos de comprensión y humanitarismo, a los que sufren víctimas de un fetichismo erótico, que tiraniza sus vidas y desvía por las rutas de la anormalidad, el cauce límpido y neto que debe seguir el amor.

goce plácido como generalmente se le califica, sino una amargura, tierna, dulce, si queréis, pero amargura al fin, cuya belleza y atractivo consiste, en que es vivificante, como el consuelo de las lágrimas.

El estudiante de Geología es un viajero eterno en el infinito; en el pequeño infinito de nuestro mundo. El hombre ansioso de saber recorre con las piernas materiales de su cuerpo, las montañas, los llanos, las marismas y las playas; es decir, el espacio; pero con las alas inmateriales que su imaginación le presta, recorre las formaciones geológicas, las hojas de piedra en que está escrita la historia natural; el Triásico, el Cretáceo, el Mioceno, etc., es decir, el tiempo. Y unas y otras excursiones, sensibilizan su ser, agudizan sus sentimientos, aumentan, en fin, la superficie de recepción de los latidos del alma colectiva, y siente, con ella, las inquietudes de lo eterno.

En este momento podría fácilmente brindaros excursiones volterianas a lo Micromegas, que va de lo pequeño a lo grande con las facultades que presta la imaginación. Podría ofreceros paseos fantásticos por cumbres nevadas de blancura absoluta de mil irisaciones y cambiantes, o por cordilleras volcánicas, madres de ríos ardientes de rocas líquidas, explosivas y destructoras como el odio. Podría llevaros al plácido fondo de los mares prolíficos de la Era Primaria o mostraros la monstruosa vida lacustre, fluvial y marítima de la Era Secundaria.

Podríamos hablar de las evoluciones en sentido de perfección de los cefalópodos del Secundario creadores excelsos del arte en sus conchas y navegantes indómitos en aquellas olas cálidas. De los primeros saltos soleados del pez convertido en reptil y los ensayos de vuelo de éste convertido en ave. Del solemne momento de la verticalización del simio, levantando su frente al Sol y a las ideas, lo cual daría brillantéz y lucimiento fácil a mi insegura y vacilante pluma. Pero por esta vez permitidme que quiera acongojaros, entristeceros, humillaros conmigo a la condición de impugnadores de detalles tristes que mosquetean la brillantéz excelsa de las páginas de roca que constituyen el memorándum del mundo.

Hojeemos las dispersas páginas del Mioceno; del Período geológico a que pertenece nuestro Montjuich; montaña simbólica de vida y muerte, de maldición y de bendición, de riqueza y de miseria, de humillación y de orgullo, y veamos al lado de los esqueletos del *Paleotherium* o animal terrible; del *Authacotherium*, gran carnívoro, el del *Hipparion* antecesor del caballo, restos feroces y gallardos de una fauna arrogante, los delicados vestigios de su delicadeza y elegancia, representados por huevos de sus pajarillos y sus propias plumas, encontradas fósiles entre las hiladas de las rocas; por las astas de sus tímidos Megaceros, renos esbeltos y graciosos; gotas de lluvia y huellas de pisadas de aves impresas en las calizas y areniscas que fueron playas apacibles de lagos y de ríos, llenos de rumores cadenciosos que ningún ser consciente percibía.

Y tras estas investigaciones, profundicemos más y acerquémonos más al detalle. Analicemos, hagamos la anatomía de una gota de resina fósil que hemos encontrado entre unas rocas carbonosas con impresiones de viejísimos troncos, substancia a que la industria moderna le da el nombre de ámbar y la emplea en objetos de lujo; en motivos de adorno y de placer.

En el interior de la gota de ámbar vemos un ápice que enturbia su pureza; una nota discordante en la melodía; un borrón en la página immaculada. Le dirigimos un potente rayo de luz y la enfocamos con nuestra lupa...; ya sabemos lo que es: un mosquito; un mosquito preso; un mosquito que vivió en la Era Terciaria, hace una cantidad de millones de siglos sobre la que los sabios todavía no se han pronunciado, que hundió sus finas patas en el caramelo que lloraba un árbol, y, cubierto y envuelto por nuevas capas de resina, que luego se petrificó y se hizo cristal, ha llegado hasta nosotros como testigo mudo de las injusticias de la grandeza; como detalle torturante de un cuadro de conjunto espléndido y grandioso.

Miremos y meditemos sobre la gota de ámbar; saquemos toda la filosofía que encierra, toda la melancolía que suscita la contemplación de «un mosquito que estuvo preso una eternidad».

NOTA ADMINISTRATIVA

Desde el presente número aumentamos en 48 páginas nuestra revista, con una gran lámina interior. El aumento de precio es sólo de 10 céntimos, con el 25 por ciento de descuento a los corresponsales

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGO ADELANTADO:

1'20 pts. trimestre - 2'40 pts. semestre - 4'80 pts. al año - Número suelto 0'40 pts.

Estos precios anulan los de la cubierta

TIEMPOS
NUEVOS 107



Los Tribunales de Urgencia

por
D. Zamora Gómez

Los Tribunales de Urgencia — un nombre, como muchos otros, que no responde al significado que enuncia — son tribunales de excepción. Un jurisconsulto como Ossorio y Gallardo sostiene su necesidad y conveniencia, y contra esa opinión, el autor de este artículo, desde un punto de vista estrictamente jurídico y de derecho positivo, expone una tesis relativa a la inconstitucionalidad de esos Tribunales en los períodos en que las garantías de la Constitución no están suspendidas.

Nos ha parecido interesante comenzar así una labor que cada día se ha hecho más necesaria: la de la revisión de todas las causas instruidas por los Tribunales de Urgencia, organismos que no han sido urgentes, que no han ofrecido garantías de defensa para los procesados y que han cometido verdaderos delitos, condenando inocentes y aplicando penas de un rigorismo extremo. La lucha por la supresión de esos Tribunales debe coincidir con la revisión de toda su actuación, única manera de reparar los daños causados al sentido de la justicia.

¿Es mucho pedir cuando pedimos a la República que por lo menos no empeore la legislación represiva y reaccionaria de la monarquía? Sin embargo, ese es el resultado práctico y tangible del régimen inaugurado el 14 de abril de 1931.

Entre las ficciones políticas no había de faltar la «Consulta Presidencial». Con la dimisión del Gobierno se abre siempre el período consultivo para que las personas iniciadas en la gobernación de los pueblos aconsejen al Jefe del Estado aquello que en el Poder no han podido realizar y en la oposición no han sabido exigir.

A la masa neutra, superior en número y no inferior en cultura a los grupos dirigentes, no le interesa el análisis de las notas que los hombres públicos acostumbra entregar a los periodistas en el momento de evacuar la consulta política. Y no le interesa porque en realidad la crisis significa para unos el término del disfrute de grandes prebendas y para otros un medio de conquistar el Poder.

La crítica, pues, de un cambio de Gobierno no tiene cabida en una revista de divulgación como es TIEMPOS NUEVOS.

Pero se ha dado el caso en la penúltima y última crisis que un hombre de toga se ha permitido aconsejar al Presidente de la República la conveniencia de aplicar la Ley de Orden público con agravio de su propio espíritu y vulneración de su contenido. Y tal proposición, por su trascendencia y ser además el parecer de un eminente jurisconsulto, no debe silenciarse en el terreno jurídico.

El señor Ossorio y Gallardo, según nota facilitada a la Prensa, entre otras cosas aconsejó al Jefe del Estado el restablecimiento de las Garantías Constitucionales, aunque manteniendo los Tribunales de urgencia.

Cree el insigne jurista que entre los requisitos que integran la solución del problema político-social se encuentra el mantenimiento de los Tribunales de urgencia y las disposiciones relativas al orden público dictadas por el señor Portella Valladares, actualmente Presidente del Consejo de ministros.

Si las leyes represivas, y forma de enjuiciar, fuera una función de los vaivenes políticos, estaría en lo cierto el señor Ossorio y Gallardo. Pero desde el momento que el Derecho procesal descansa sobre normas previamente establecidas con respecto a la competencia del Tribunal sentenciador, es inadmisibles en técnica jurídica el funcionamiento obligado de instituciones creadas para casos excepcionales. Por esta razón no se concibe que en un cerebro bien organizado brote la idea de mantener la paz pública mediante la aplicación de procedimientos desechados por la derrumbada monarquía al condicionar sus métodos coercitivos.

Hubiera sido más propio de un legista y de sentido más profundo evacuar la consulta aconsejando el inmediato cumplimiento de lo dispuesto en los artículos 43 y 46 del Código fundamental del Estado; ya que la mayoría de los hombres incurso en delitos de carácter social no son individuos que estando bien desean estar mejor, sino unos pobres seres que bajo las torturas del hambre, unos, y en defensa de un derecho derivado de un pacto bilateral, otros, se desvían fatalmente del cauce legal.

Quisieron las Cortes Constituyentes que el Texto constitucional fuera un tratado comprensivo de derechos y deberes, y al efecto, en forma descriptiva, consignaron:

«El trabajo, en sus diversas formas, es una obligación social, y gozará de la protección de las leyes.

»La República asegurará a todo trabajador las condiciones necesarias de una existencia digna. Su legislación social regulará: los casos de seguro de enfermedad, accidente, paro forzoso, vejez, invalidez y muerte; el trabajo de las mujeres y de los jóvenes y especialmente la protección a la maternidad; la jornada de trabajo y el salario mínimo y familiar; las vacaciones anuales remuneradas; las condiciones del obrero español en el extranjero; las instituciones de cooperación; la participación de los obreros en la dirección, la administración y los beneficios de las Empresas, y todo cuanto afecte a la defensa de los trabajadores.» (Artículo 46.)

Por otra parte, el artículo 43 dice: «La familia está bajo la salvaguardia especial del Estado».

Examinando formalmente los preceptos preinsertos en su relación con la situación de hecho en que se encuentra la clase trabajadora, con sus 800,000 obreros en paro forzoso, se deduce la existencia de un pacto constitucional incumplido. Pero como en el campo contractual no basta señalar el incumplimiento de una obligación solemnemente contraída, sino que es necesario indicar la ley reguladora de la materia, y en el caso presente dicha ley no existe, resulta que nos encontramos ante un derecho sin acción.

La Ley Orgánica del Tribunal de Garantías Constitucionales dispone en su artículo 44, que los derechos individuales que ha de garantizar el recurso de amparo establecido en el artículo 121 de la Constitución, serán los consignados en los artículos 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 38 y 39 del mencionado Texto constitucional.

Como se ve, excluye, sin fundamento, a nuestro juicio, los artículos 43 y 46.

Las Cortes Constituyentes consideraron que bastaba, a los fines de convivencia social, con asegurar la libertad de conciencia; el que sólo se castigaran los hechos declarados punibles por ley anterior a su perpetración; el que nadie fuera detenido ni preso sino por causa de delito; el que todo español pudiera circular libremente por el territorio nacional y elegir en él su residencia y domicilio; en garantizar la inviolabilidad de la correspondencia; en que toda persona eligiera libremente su profesión; en que se pudiera emitir libremente las ideas y opiniones sin sujetarse a la previa censura; el que todo ciudadano pudiera reunirse pacíficamente, y, por último, el que los españoles podían asociarse o sindicarse libremente para los distintos fines de la vida humana.

Resulta que los hombres del nuevo régimen se acordaron de todo menos de asegurar de modo eficiente los medios necesarios para mantener y conservar la existencia.

Era de esperar que en el Código fundamental de la nación figuraran en lugar preferente las garantías jurídicas de la vida. Porque no puede prescindirse de que la vida tiene un origen, tiene un destino, y, tiene en suma, «una valoración» en el sistema universal de las cosas. Y siendo esto así, en el Derecho positivo de los pueblos cultos el origen y destino de la vida humana constituye un primer principio real de tipo económico.

En las sociedades jurídicamente organizadas el Estado responde a sus fines con la bondad de sus leyes, y los hombres de ciencia con su crítica contribuyen a la emienda del error y a la reparación de la injusticia: ténganlo presente los legisladores y no lo olviden los intelectuales.

Ocurre con nuestra Constitución lo mismo que pasó con la famosa «Declaración de los Derechos del hombre y del ciudadano», de 1789, que no se encuentra en ella la menor alusión al derecho primario, origen y raíz de todos los demás derechos del hombre: el derecho a la vida.

Consideraron aquellos legisladores revolucionarios como derechos naturales e imprescriptibles del hombre la propiedad, la libertad, la seguridad y la resistencia contra la opresión. Y hablar de derechos naturales y no mencionar la vida, la base, la condición física indispensable, la fuente de los derechos, la causa de la persona civil, es más que suficiente para juzgar del valor científico de aquel solemne documento, expresión del verbo revolucionario de sus autores. Lo mismo acontece con nuestro Código, que los republicanos, bajo la embriaguez que produce la victoria, constituyeron un continente sin contenido: un cuerpo sin vitalidad.

El abstraccionismo jurídico que la omisión supone explica entre otras cosas el atraso en que nos encontramos en política social. Y es de esperar que, en la reforma constitucional, las futuras Cortes se inspiren en que, por encima del concepto de Estado y forma de gobierno, se encuentra como postulado el sentimiento humano y la posibilidad de convivencia dentro de un sistema posible y racional.

Basta con lo que dejamos expuesto para comprender que no es posible encontrar la solución de un problema político-social dentro del establecimiento o mantenimiento de un estado represivo.

La Ley de Orden público dispone que, cuando la alteración del orden exija que sean adoptadas medidas no aplicables en régimen normal, podrá el Gobierno declarar el estado de prevención. Y desde este momento se constituirán los Tribunales de urgencia para conocer de los delitos que enumera el artículo 64 de la misma.

De manera que no es posible atribuir competencia a los mencionados Tribunales sino desde el momento que el cuerpo social entra «en descomposición». Y no existiendo acción — como hemos dicho ya — que permita al ciudadano exigir los derechos consignados en la Constitución del Estado, ha de valerse por imperio de las circunstancias de los medios que le proporciona los artículos 31, 34, 38 y 39 del repetido Texto. Pero como el ejercicio de estos derechos se encuentra restringido en el artículo 28 de la Ley de Orden público, se llega lógicamente a la conclusión siguiente:

Que sólo pudiendo actuar legalmente los Tribunales de urgencia en los casos de encontrarse declarado el estado de prevención, alarma o guerra, y resultando que los derechos individuales quedan reducidos o suspendidos al proclamarse el estado excepcional, es imposible mantener al ciudadano en el goce de sus derechos constitucionales aplicando al mismo tiempo el procedimiento de urgencia.

Hay que ser consecuente en la interpretación de las leyes.

Bibliografía

Juan Andrade: *La burocracia reformista en el movimiento obrero*. Un vol. de 272 págs. Ediciones Gleba, Madrid. Precio, 5 pesetas.

Juan Andrade ha llevado a cabo un esfuerzo meritorio, no sólo por la descripción documentadísima que hace de una de las peores plagas del movimiento obrero moderno, sino por ser el primero que se dispuso a tratar el asunto de un modo completo en idioma español. Sólo conocemos un libro que puede colocarse a la altura del presente, el de Robert Michels, *Zur Psychologie der Parteiwessens*, publicado hacia 1925, pero no divulgado como habría sido necesario.

Coincidimos plenamente en que la burocracia reformista de los sindicatos «es el obstáculo más serio y grave que se opone en el camino de los trabajadores progresivos y el freno que en los momentos de angustia para el capitalismo obliga a la clase obrera a aceptar situaciones que encadenan su porvenir»; y pensamos también que, después de la guerra, la agonía del capitalismo era un hecho, y sólo los balones de oxígeno que la burocracia sindical le aplicó le salvaron de la muerte.

Si, por una parte, conviene mantener despierto en los trabajadores el sentido de su propia responsabilidad y la desconfianza hacia el liderazgo burocrático, era preciso, por otra, resumir ya, para hablar a la razón, el cuadro sombrío de ese cáncer del proletariado. Y esta obra lo ha hecho.

Es lástima que algunos detalles revelen demasiado la tesis política del autor y que matice algunas páginas con afirmaciones que no corresponden a la realidad, como la de un Jouhaux anarquista, y algunas otras. Pero queremos pasar

por encima de esos detalles para recomendar, como digno de ser leído, meditado y tenido en cuenta, el fondo moralizador y revolucionario de este libro, que expone sistemáticamente y con gran acopio de datos lo que nosotros decimos todos los días en nuestra Prensa y en nuestra actuación social.

Ignotus: *El anarquismo en la insurrección de Asturias*. La C. N. T. y la F. A. I. en el movimiento de octubre de 1934. Un volumen de 210 págs. Ediciones «Tierra y Libertad», Barcelona, 1.ª edición, diciembre de 1935; segunda edición, enero 1936.

El autor de esta obra ha querido resumir de una manera serena y documentada la significación del anarquismo en la región asturiana, el desarrollo histórico de sus fuerzas, su posición peculiar en el movimiento libertario español, su intervención en octubre de 1934 y la participación saliente que ha tenido en aquella insurrección proletaria inolvidable.

Ese estudio hacía falta, y prueba de ello es que se agotó la primera edición de 5.000 ejemplares en sólo quince días, sin haber tenido tiempo siquiera de anunciar su aparición. La segunda edición repetía en absoluto el texto de la primera, aunque hubiese sido desable ampliar su contenido, sobre todo en relación con la parte de León y Palencia, y también de Vizcaya. Se hará, a ser posible, aparte.

Nosotros recomendamos la lectura de este escrito, no sólo a nuestros lectores habituales, sino a cuantos han creído que era fácil difamar nacional e internacionalmente un movimiento como el de la C. N. T. y la F. A. I. En

este libro se ponen las cosas en su punto y de su documentación se deduce más bien la acusación a los acusadores. El autor ha visto de cerca las cosas de Asturias y puede hablar con conocimiento de causa sobre la situación en general en octubre de 1934.

OTRAS PUBLICACIONES RECIBIDAS

B. de Ligt: *Mobilisation contre toute guerre!* Discours. Un volumen 4.º Ed. Pensée et Action, Bruxelles.

M. Rico y Rico: *Tierra, trabajo, capital y privilegio*. Estudios elementales de economía política y de moral social al alcance de todos. Un vol. de 208 págs. Editorial Maucci, Barcelona.

A. de Carlo: *Seamos felices. Más cuentos breves de una nueva moral*. 96 págs. Editorial Fénix, Buenos Aires, 1936. Precio, 0'20.

Défense faite par Pietro Gori devant le Tribunal de Gênes, 2 Juin 1894. Ed. La Brochure Mensuelle, Paris.

De *L'Adunata dei Refrattari*, New York, recibimos el siguiente lote de obras de Luigi Galleani:

Mentana: *Faccia a faccia col nemico*. Cronache giudiziarie dell'anarchismo militante. Un vol. 505 páginas. Ed. Gruppo autonomo, East Boston, Mass., 1914.

Mentana: *Madri d'Italia!* (Per Augusto Masetti). 24 págs. Lynn, Mass., 1913.

Luigi Galleani: *La fine dell'anarchismo?* Un vol. 130 páginas, 1925.

Luigi Galleani: *Contro la Guerra, contro la pace, per la rivoluzione sociale*. Bca. de L'Adunata dei Refrattari, Newark, N. J.

Luigi Galleani: *Medaglioni. Figure e Figuri*. Biblioteca de L'Adunata dei Refrattari, Newark, N. J., 1930. Un vol. de 232 págs.

J. Maguid: *Todos, ahora, contra la guerra*. Un volumen de 122 páginas. Ediciones Nervio, Buenos Aires, 1935. Precio 0'30 céntavos.

Maguid es uno de los jóvenes valores del movimiento anarquista en la Argentina; después de la caída de Uriburu fué redactor de *La Protesta*, de Buenos Aires, y ha sabido destacar allí su personalidad combativa. Es ingeniero y, como muchos otros, participa en la propaganda oral y escrita con calor y convicción.

Todos, ahora, contra la guerra es un librito de actualidad, en el que recoge el material más saliente de la gran industria mundial de la guerra en todas sus manifestaciones, exhortando a la lucha contra esa plaga cada vez más aplastante. Resume así lo que compete hacer en la lucha contra la guerra:

No fabricar armas ni municiones; no transportar armas ni municiones; no proveer a países en guerra; no comprar productos de países en guerra; combatir el militarismo; repudiar la prédica nacionalista; denunciar el armamentismo estatal; demostrar públicamente el repudio de la guerra; no participar en ninguna guerra. Además preparar la resistencia efectiva: Creando una conciencia popular antiguerrera, creando fuerzas populares de resistencia, vigorizando las organizaciones obreras revolucionarias, rechazando toda política guerrerrista, intensificando el internacionalismo proletario, preparando la negativa colectiva y la huelga general en caso de movilización.

Sin dejar por eso de plantear en todos los ambientes populares: que el capitalismo causa las guerras, que el Estado origina las guerras, que ninguna guerra es justa ni resuelve nada, que el fascismo y nazismo son productos de la guerra, que el fascismo y la democracia son igualmente sistemas provocadores de guerras, y que no habrá, en consecuencia, paz efectiva, sin transformar el régimen actual, sin suprimir el capitalismo y el Estado, sin implantar el comunismo libertario.

Las Ediciones «Nervio» enriquecen así, con un valioso aporte, su catálogo.

Por los torturados de Bragado.

Ediciones Comité pro libertad de los presos de Bragado, La Plata, 1935, 96 págs. — *Los presos de Bragado*. Una campaña de urgente necesidad. Ed. Comité pro presos y deportados de la F. O. R. A., Buenos Aires, 1934. 48 págs. — ¡*Justicia!*, órgano del Comité provincial pro libertad de los presos de Bragado, año I, núm. 1, diciembre de 1935, La Plata.

Los anarquistas de la Argentina desarrollan una vasta e intensa propaganda en favor de varios compañeros: Vuotto, De Diago y Mainini, condenados a reclusión perpetua por un supuesto complot terrorista en Bragado (provincia de Buenos Aires), allá por 1930. Manifiestos, folletos, artículos de prensa, actos públicos en todo el país han llevado a la opinión uno de los tantos crímenes de la justicia de clase, cuyas víctimas han sido horrorosamente torturadas para arrancarles declaraciones a gusto y paladar de la policía criolla. Los condenados son compañeros bien conocidos y de una cultura no superficial y merecen la solidaridad que el anarquismo argentino les testimonia.

Hay que desear fervientemente que el éxito corone esa generosa campaña de protesta, como ha sido coronada la otra de 20 años para arrancar a Simón Radowitzky de Tierra del Fuego, el presidio polar.

B. DE LIGT: *Pour vaincre sans violence. Réflexions sur la guerre et la révolution*. — Editions G. Mignolet et Storz, 2 rue Fléchier, Paris IV^e. — 254 pags. Precio: 6 fr.

Nobilísima es la tarea que se ha impuesto B. de Ligt y brillantes son los resultados de sus esfuerzos tenaces y consecuentes por la paz, por la humanización y dignificación de la vida. Heredero espiritual de Domela Nieuwenhuis, el gran anarquista holandés, De Ligt ha tomado vuelo propio, a pesar de los puntos de contacto que le asocian siempre a la memoria del maestro. Figura hoy en los primeros puestos de la vanguardia intelectual de la lucha por la paz y es de los escritores modernos el que sabe defender su posición con

más solidez y comprensión. Su plan de lucha contra la guerra fué aprobado en 1932 por la conferencia de los resistentes a toda guerra en Welwyn (Inglaterra) y difundido en diversos idiomas. Y uno de sus últimos libros, *La paz creadora*, será publicado por nosotros en español.

La obra que acaba de ver la luz en francés, *Pour vaincre sans violence*, es un complemento de sus publicaciones anteriores y resume la metodología de su lucha por la paz y contra la religión de la violencia, esfuerzo que De Ligt ha elevado a la categoría de una nueva ciencia, la ciencia de la paz, como el enemigo ha elaborado a través de los siglos la ciencia de la guerra.

Estas páginas incitan a hondas reflexiones, pues no se destinan a desterrar la violencia en la guerra entre Estados, sino también a desterrarla de la lucha revolucionaria, donde perpetúa los errores y los males que pretende combatir. Nos limitamos a reproducir el título de los capítulos que forman este libro, pues su riqueza de contenido haría necesario un amplio estudio: La religión de la violencia. — La violencia y la guerra en la historia. — La violencia y la burguesía. — El absurdo del pacifismo burgués. — La violencia y las masas oprimidas. — Eficacia de la lucha no violenta. — Las lecciones de la historia. — La violencia y la revolución. — Rusia y la violencia. — El ejército nuevo. — ¿Defensa armada contra Hitler? — El peligro japonés. — ¡No esperar la última hora!

GASTÓN LEVAL: *El Prófugo*. Un volumen de 231 págs. Ed. Estudios, Valencia, 1935. Precio, 2 pesetas.

Gastón Leval, que había hecho el relato de su niñez en *Infancia en Cruz*, nos relata en *El Prófugo* su vida de desertor durante la guerra, sus andanzas por España, sus impresiones sobre acontecimientos, hombres y cosas. Se lee el relato con fruición; son páginas bien escritas que guardan tristes recuerdos de una época trágica que no está lejos de reaparecer con mayor intensidad que en 1914.

Alguno de los capítulos de esta obra, publicados por Barbusse en «Monde», merecieron altos elogios de la crítica.

TIEMPOS 111
NUEVOS

CONSULTORIO MEDICO - EUGENICO

Las preguntas - no más de dos - deben redactarse clara y concisamente y dirigirse, junto con el cupón que en otro lugar se publica, a esta Redacción. Las que hayan de ser contestadas particularmente deben enviarse al doctor Martí Ibáñez, Benet y Mercadé, 15 Barcelona (Gracia), acompañando cupón y sello de Correos.

Las preguntas se contestan por riguroso orden de recepción.

PREGUNTAS:

Primera. — *Percibo fuertes dolores de los genitales en días intercalados y no muy frecuentes, ignoro si son los ovarios o la matriz. ¿Puede ser esto algún síntoma de gravedad? ¿Qué aconseja el doctor Martí Ibáñez?*

Segunda. — *¿Cómo evitar el flujo sanguíneo?* — Una lectora de Zaragoza.

RESPUESTAS:

Primera. — Lo más probable es que se trate de un proceso ovárico inflamatorio. Caso de tratarse de una afección de la matriz, irían acompañados de hemorragias, etc. Puede atenuar los dolores mediante baños de asiento calientes de 10 minutos de duración y compresas de agua caliente aplicadas en la región dolorosa y cubiertas con un paño de lana. La ovarina belladonada — a dosis de 20 gotas dos veces al día — puede ayudarle si se trata de una insuficiencia ovárica.

Si con lo dicho y un régimen vegetariano, no cesan los dolores, debe consultar al ginecólogo por si se trata de un proceso uterino.

Segunda. — El flujo sanguíneo es sintomático de un proceso de irritación genital, de causa variada o de un defectuoso estado general (anemia, raquitismo, etc.). Puede combatirse mediante el agua hervida a 40° con una cucharadita de bicarbonato sódico, por litro de agua.

Una medicación cálcica y ferruginosa general, darán buen resultado en caso de ser un flujo, de origen en un estado de agotamiento orgánico. Mas como pudiera ser también a causa de una lesión interna, su caso ya es más propio para consulta particular.

PREGUNTA:

¿Puede procrear una mujer que sufre mucho en la menstruación tanto como para guardar cama el primer día? — Go-Ta-vacha.

RESPUESTA:

Indudablemente que sí, si es que al dolor no acompañan síntomas de irregularidad menstrual manifiesta. El dolor en el período mensual, no es indicio siempre de grave lesión orgánica, puesto que depende de la sensibilidad nerviosa de cada mujer y así existen mujeres que con un período muy doloroso, no presentan alteración alguna genital. En tal caso, se trata de resonancias nerviosas del normal proceso menstrual, que

pueden corregirse con un tratamiento antinervioso adecuado.

PREGUNTA:

Las preguntas formuladas por los consultantes: R. Rochel, de Córdoba; R. Ariza, de Tetuán; J. Domínguez, de Melilla, constituyen consultas; por lo cual deben formularlas con todo detalle, particularmente, y ateniéndose a las instrucciones que rigen para el caso.

PREGUNTA:

1.^a *Sobre una herida.*

2.^a *¿Existe alguna pastilla digerible para evitar el embarazo?* — José Garrote.

RESPUESTA:

1.^a Un elemental deber de ética profesional me impide contestarle.

2.^a Hasta el momento actual, no; si bien se está ensayando la prevención por medio de productos opoterápicos tomados por vía alimenticia.

Acerca de su enfermedad, pídame cuestionario.

PREGUNTA:

Sobre temblores. — Un lector de Madrid.

RESPUESTA:

Su caso — temblores, raquicardia y palpitaciones — requiere un plan completo de tratamiento. Envieme todos los detalles del mismo o pida cuestionario. Creo que curará del todo.

PREGUNTA:

Sobre un aumento de la consistencia seminal. — B. Maldonado.

RESPUESTA:

Si no tiene otras molestias generales o genitales, no dé más importancia a un hecho que, como ese, es muchas veces efecto de reflejismos psicológicos; de la misma preocupación, como se ha demostrado actualmente.

Si coincide con otros síntomas, envíeme más detalles, o pida cuestionario.

A. Lorenzo: <i>Hacia la emancipación</i>	1'50	Dr. Lazarte: <i>La R. Sexual de nuestros tiempos</i>	0'40
A. Lorenzo: <i>El banquete de la vida</i>	1'50	J. Peirats: <i>Glosas anárquicas</i>	0'20
S. Faure: <i>Temas subversivos</i>	3'—	F. Alba: <i>La labor cultural de los Ateneos</i>	0'20
P. R. Barcos: <i>Libertad sexual de las mujeres</i>	3'—	R. Chauchi: <i>Inmoralidad del matrimonio</i>	0'20
Jean Marestan: <i>La educación sexual</i>	3'50	F. Salvochea: <i>La contribución de la sangre</i>	0'20
R. Rocker: <i>Socialismo constructivo</i>	0'50	Han Ryner: <i>La sabiduría riende</i> (160 páginas).	1'50
Ch. Cornelissen: <i>Evolución de la sociedad moderna</i>	0'50	Quiroule: <i>Sobre la ruta de la anarquía</i>	1'80
M. Nettlau: <i>Esbozo de la historia de las utopías</i>	0'70	S. Faure: <i>Los crímenes de Dios</i>	0'20
C. Berneri: <i>El delirio racista</i>	0'75	B. Mota: <i>Ni Dios ni Patria</i>	0'20
A. Müller Lehnin: <i>Estado y marxismo</i>	0'50	A. J. Torres: <i>¡A la lucha!</i>	0'20
F. G. Nicolai: <i>Cerebro e inteligencia</i>	0'75	A. Lorenzo: <i>El Sindicalismo</i>	0'20
Ch. Cornelissen: <i>Evolución de Einstein: La lucha contra la guerra</i>	0'50	Blázquez de Pedro: <i>El derecho al placer</i>	0'20
Fabbri: <i>El último filósofo del Renacimiento</i>	0'70	Reclus: <i>La Anarquía</i>	0'20
Pierre Ganivet: <i>Alemania, ayer y hoy</i>	0'50	Converti: <i>República y Anarquía</i>	0'20
A. Longuet: <i>El cinema y la realidad social</i>	0'50	Ricardo Mella: <i>Cuestiones de enseñanza</i>	0'20
Lunazi: <i>Reconstrucción educacional</i>	0'70	P. de Lydia: <i>El ideal del siglo XX, y En tiempo de elecciones</i> , Malatesta	0'20
A. Mierson: <i>Crítica de la teoría sexual de Freud</i>	0'50	Merlino: <i>¿Por qué somos anarquistas?</i>	0'20
J. Vives: <i>Anselmo Lorenzo</i>	1'—	Pelloutier: <i>El arte y la rebeldía</i>	0'20
E. Relgis: <i>Bulgaria desconocida</i>	1'60	Gori: <i>El Primero de Mayo</i>	0'20
Lamennais: <i>Sobre el pasado y el porvenir del pueblo</i>	1'—	Malatesta: <i>Entre campesinos</i>	0'20
Pedro Gori: <i>Ensayos y conferencias</i>	1'—	Chaughi: <i>Inmoralidad del matrimonio</i>	0'20
Carlos Malato: <i>Filosofía del Anarquismo</i>	1'—	José Prat: <i>A las mujeres</i>	0'20
Marañón: <i>La educación sexual</i>	0'50	José Prat: <i>Necesidad de la Asociación</i>	0'15
G. de Maupassant: <i>La Mancebía</i>	1'—	M. Rey: <i>¿Dónde está Dios?</i>	0'15
V. March: <i>¡Cómo nos diezman!</i>	0'75	Kropotkin: <i>La tramoya de las guerras</i>	0'15
		A. Lorenzo: <i>Justo Vives</i>	1'—
		Néstor Makhno: <i>La revolución rusa en Ucrania</i>	3'—
		Diego Ruiz: <i>Vacunar es asesinar; dejarse vacunar, suicidarse</i>	3'50

FOLLETOS

Isaac Puente: <i>Apuntes sobre el Comunismo Libertario</i>	0'20	Anselmo Lorenzo: <i>Evolución proletaria</i>	2'—
L. Fabbri: <i>Mi credo social</i>	0'20	Vicente March: <i>Cómo nos diezman</i>	0'75
S. Faure: <i>La crisis económica y el paro forzoso</i>		Dr. Lazarte: <i>Limitación de los nacimientos</i>	0'60
(Un folleto de 40 páginas.)	0'30	Elemer von Karman: <i>Niños indisciplinados</i>	0'75
Carlos Caffiero: <i>Anarquía y Comunismo</i>	0'15	G. Yvetot: <i>A B C sindicalista</i>	0'70
(Para repartir gratis. Gran oportunidad.)		J. Grave: <i>Las aventuras de Nono</i>	2'—
Varios: <i>Cancionero revolucionario</i>	0'25	Frank Harris: <i>La bomba</i>	2'—
P. Kropotkin: <i>Justicia y Moralidad</i>	0'20	G. Landahuer: <i>Incitación al socialismo</i>	2'—
		R. Mella: <i>Ideario</i>	4'—
		R. Mella: <i>Ensayos y conferencias</i>	3'50



Precio: 3 ptas.
← 345 páginas



Precio: 50 cts.
80 páginas →



Precio: 2'50 pts.
← 208 páginas



Precio 3 ptas.
300 páginas →

TIEMPOS NUEVOS

REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, ARTE Y ECONOMIA

TIEMPOS NUEVOS

Consultorio médico-eugénico

CUPÓN

que deberá recortarse y enviarse, tanto para las preguntas que hayan de responderse en la revista, como para obtener el descuento especial en las consultas individuales

Mes de Febrero de 1936

Redacción y Administración:

UNION, 19, 1.º, 2.º - BARCELONA

Precio del ejemplar 0'30 ctsm.

Suscrip. trimestre adelantada . 0'80 »

Semestre 1'50 ptas.

Año, doce números 3'00 »